

www.americasocialista.org

AMÉRICA SOCIALISTA

REVISTA POLÍTICA DE LA CORRIENTE MARXISTA INTERNACIONAL Nº16 AGOSTO 2017



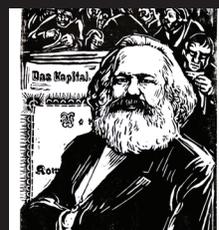
1917
2017 por la revolución socialista



P4
1977-2017
40 años de "democracia"
en España - historia de una
gran estafa



P17
Cuba:
a 50 años de la revista
Pensamiento Crítico



P42
A 150 años:
la historia de
El Capital de Marx

Presentación

En nuestro segundo número de la revista del año 2017 volvemos a dedicar la portada a la Revolución Rusa de 1917 de la que celebramos el centenario. La foto de la portada es de la Guardia Roja de la fábrica Putilov, uno de las fortalezas bolcheviques durante la revolución. La formación de la Guardia Roja fue un paso más en el camino de la clase obrera hacia la toma del poder. Publicamos en éste número un artículo de Alan Woods haciendo un balance de **Qué logró la revolución rusa y por qué degeneró**. Es necesario aprender las lecciones de la historia, en este caso de la única ocasión en la que los trabajadores tomaron el poder y lo mantuvieron, para prepararnos para las luchas que se desencadenan hoy ante la crisis del capitalismo.

Como es sabido, las mujeres jugaron un papel dirigente en la revolución rusa, particularmente durante la revolución de febrero que derrocó al antiguo régimen zarista. Además, uno de los aspectos en los que los avances de la revolución rusa fueron más radicales fue el de la lucha contra la opresión de la mujer. Elisabetta Rossi hace un detallado recuento de **la lucha por la emancipación de la mujer en Rusia, antes y después de la revolución**, así como de los métodos que utilizaron los bolcheviques para el trabajo entre las mujeres obreras.

Este año también marca otros aniversarios que no queremos dejar pasar. En primer lugar los **80 años del Guernica de Pablo Picasso**, el genial cuadro que captura todo el horror del bombardeo nazi de esta ciudad vasca durante la guerra civil española. David Rey explica el contexto y la importancia del Guernica, además de combatir los intentos de la cultura oficial burguesa por robarle su contenido anti-fascista.

También David Rey hace un balance de los tan cacareados **“40 años de democracia” en el estado español**,

explicando el contenido real de esos acontecimientos, la llamada Transición española, cuyo contenido real fue un levantamiento revolucionario de jóvenes y trabajadores, cuyos dirigentes (del partido comunista y socialista) traicionaron, llevando de nuevo las aguas desbordadas al cauce seguro de la democracia burguesa limitada y la impunidad de los crímenes del franquismo.

Publicamos también un artículo de Frank Josué Solar Cabrales sobre los **50 años de la revista cubana Pensamiento Crítico**. Desde 1967 hasta su cierre en 1971, la revista representó el intento de los revolucionarios cubanos de apropiarse del marxismo de manera crítica, rechazando los anquilosados y estériles manuales soviéticos de “marxismo-leninismo”. El artículo además hace una serie de observaciones muy importantes acerca de la encrucijada actual a la que se enfrenta la revolución cubana, ante el peligro de restauración capitalista. Sirva también este artículo como homenaje póstumo al que fue director de Pensamiento Crítico, el comunista cubano Fernando Martínez Heredia, que falleció en La Habana el 12 de junio de este año.

Finalmente, cerrando esta edición llena de aniversarios, publicamos un largo artículo de nuestros camaradas mexicanos sobre los **150 años de El Capital de Marx**, cuyo primer tomo fue publicado en alemán en 1867. Es un artículo largo que explica tanto las principales ideas contenidas en esta obra magna como también la génesis del libro y los conceptos que en él versó Marx, con la inestimable colaboración de su camarada Engels. Esperamos que el artículo sirva para animar a nuestros lectores a leer y estudiar El Capital, una obra indispensable que analiza el funcionamiento del sistema capitalista y sus inevitables crisis, y por lo tanto para luchar por su derrocamiento revolucionario.

4 80 aniversario del Guernica de Picasso

David Rey

8 Estado español: 40 años de "democracia" - historia de una gran estafa

David Rey

17 Cuba: Pensamiento Crítico en la transición socialista

Frank Josué Solar Cabrales

20 La emancipación de la mujer en Rusia, antes y después de la Revolución

Elisabetta Rossi

32 Qué consiguió la revolución rusa y por qué degeneró

Alan Woods

42 A 150 años: la historia de El Capital de Marx

David García Colín Carrillo y Ninnette Torres Ramírez

Puedes contactar con la CMI en las Américas y en el Estado Español en estas direcciones:



INTERNACIONAL

www.marxist.com/es

Correo: contacto@marxist.com

CANADÁ

Fightback

366 Danforth Ave., Suite 201

Toronto, ON M4K 1N8

Correo: fightback@marxist.ca

www.marxist.ca

Tel.: (416) 461-0304

La Riposte

La Riposte socialiste

Boîte Postale CP 2, SUCC. H

Montréal, Québec

H3G 2K5

Correo: lariposte@marxiste.qc.ca

www.marxiste.qc.ca

ESTADOS UNIDOS

Workers International League /

Liga Internacional de los Trabajadores

www.socialistapeal.org

Wellred

PO Box 1575

New York, NY 10013

MÉXICO

La Izquierda Socialista

<http://www.laizquierdasocialista.org>

Correo: laizquierdasocialista.org@gmail.com

EL SALVADOR

Bloque Popular Juvenil

www.bloquepopularjuvenil.org

Correo: redaccion@bloquepopularjuvenil.org

Tel.: +503 22218004

HONDURAS

correo: izquierdamarxista.hn@gmail.com

COLOMBIA

Correo: colombiamarxista@gmail.com

VENEZUELA

Lucha de Clases

Tel.: +58 416-5182623 / +58 426-9160382

www.luchadeclases.org.ve

Correo: cmi.venezuela@gmail.com

BOLIVIA

Lucha de Clases

www.luchadeclases.org.bo

correo: info@luchadeclases.org.bo

cel: (+591) 72439678

BRASIL

Esquerda Marxista

www.marxismo.org.br

Correo: esquerda@marxista.com.br

Fone Brasil: +55 11 3104-0111

ARGENTINA

Corriente Socialista Militante

www.argentina.elmilitante.org

Correo:

elmilitante.argentina@gmail.com

Tel.: +54 9 3416 565104

ESTADO ESPAÑOL

www.luchadeclases.org

Correo: contacto@luchadeclases.org

Tel.: 646 630 889



80° aniversario del Guernica una obra maestra del arte de todos los tiempos

AS

4

David Rey

«¿Qué cree usted que es un artista? ¿Un imbécil que sólo tiene ojos si es pintor, oídos si es músico, una lira que ocupa todo su corazón si es poeta, o incluso sólo músculos si es boxeador? Por el contrario, es un ser político, constantemente consciente de los acontecimientos estremecedores, airados o afortunados a los que responde de todas maneras. ¿Cómo sería posible dissociarse de otros hombres; en virtud de qué indiferencia de marfil debes alejarte de la vida que tan abundantemente te proporcionan? No, la pintura no se hace para decorar apartamentos. Es un instrumento para la guerra ofensiva y defensiva contra el enemigo”.

Pablo Picasso, Les Lettres Françaises. Marzo de 1945



FOTO Manuel Galrinho, FLICKR

En junio de este año se cumplió el 80° aniversario de una de las obras de arte más importantes del siglo XX: el Guernica, de Pablo Picasso.

Sin duda, se trata de una obra icónica contra la barbarie de la guerra pero no de “cualquier guerra”, como les gusta afirmar a los especialistas amancebados del establishment, sino contra las guerras de los poderosos que persiguen la opresión, la esclavización y el asesinato en masa de la gente común y corriente.

En enero de 1937, en plena guerra civil, el gobierno de la República española encargó a Pablo Picasso una obra de gran formato para ser exhibida en el Pabellón de España de la Exposición Mundial de París, que debía celebrarse en el mes de junio. El cometido del gobierno español era utilizar esta exposición como un alegato en defensa de la España republicana.

Durante meses, Picasso, que atravesaba en aquel momento una fase depresiva en su labor creativa, trató de buscar en vano una imagen que le inspirara y que estuviera a la altura de lo que él consideraba que debía expresar el cuadro.

EL BOMBARDEO DE GUERNICA El 26 de abril de 1937, el ejército franquista del norte peninsular, bajo la dirección de los generales Mola y Kindelán, encargó al Alto Comando Alemán el bombardeo aéreo de la ciudad vasca de Guernica, de unos 10.000 habitantes. El bombardeo fue llevado a cabo por la Legión Cóndor alemana, con apoyo de la aviación italiana.

Es ya conocido que la aviación alemana diseñó este bombardeo como un ensayo para posteriores bombardeos en la guerra mundial que se avecinaba, utilizando para ello los bombarderos Junker y Heinkel, que lanzaron cerca de 40 toneladas de bombas destructivas e incendiarias, algunas de hasta 250 kilos. Esto fue completado con el ametrallamiento desde el aire de la población que corría despavorida para ocultarse en los refugios y en los campos colindantes.

El bombardeo duró 3 horas, en oleadas regulares. El 85% de la ciudad quedó devastada. La cifra exacta de muertos oscila, según las fuentes, desde varios cientos hasta más de 1.000. Como en los bombardeos anteriores de las ciudades vascas de Eibar y Durango, el cometido

AS

5

era llevar el terror a la población civil, pero también había un elemento político en la elección de Guernica como objetivo militar, al hospedar los símbolos más importantes del pueblo vasco, como la Casa de Juntas y el roble centenario, símbolo de las libertades vascas.

Las noticias del bombardeo de Guernica y las fotografías de la matanza y devastación fueron reproducidas por la prensa europea en los días siguientes. Picasso quedó conmocionado por la magnitud de la masacre y las imágenes. La inspiración para su obra, que había permanecido comprimida en los pliegues ocultos de su cerebro durante meses, se desató explosivamente con una fuerza telúrica. El 1 de mayo realizó el primer esbozo de la obra, y tras 35 días de una labor frenética pudo presentarla a tiempo al mundo para que fuera exhibida en la Exposición.

Picasso era consciente de que estaba creando una obra imperecedera. El impacto de la misma fue enorme, y recibió una aclamación unánime. Después de la Exposición, el cuadro realizó una gira itinerante por media Europa, como instrumento de propaganda a favor de la República española. En mayo de 1939, la pintura fue embarcada hacia Nueva York, en un traslado auspiciado por el Museo de Arte Moderno (MOMA), para recaudar fondos para los refugiados republicanos españoles. En EEUU, el cuadro fue exhibido en nuevas giras por todo el país, hasta que a mediados de los años 40 quedó definitivamente expuesto en el MOMA.

El Guernica es una de las expresiones más elevadas del arte comprometido políticamente, que nada tiene que ver con el arte de propaganda. El Guernica es Arte con mayúsculas porque, como dice Alan Woods, tiene algo que decirnos, no es meramente una obra para admirar de un

instante congelado, sino que suscita emociones en el espectador que le obligan a tomar conciencia y partido sobre un hecho, sobre una idea.

CONTRA EL “REVISIONISMO” DEL GUERNICA Ocurre frecuentemente con las obras de arte que simbolizan el compromiso político, lo mismo que con los hechos históricos o los personajes revolucionarios, y es que pasado el tiempo se los trata como iconos inofensivos, castrando su contenido revolucionario. De la misma manera, se oculta frecuentemente la militancia comunista de Picasso.

Así, Paloma Esteban Leal, conservadora del Museo Reina Sofía de Madrid –donde está instalado el Guernica– comentaba hace unos años en una entrevista para el diario español El Mundo:

«En ‘Guernica’ no hay bombas, ni aviones, ni nada por el estilo porque no es una guerra u otra guerra, ni ésta ni aquella; es la manera en que Picasso muestra su rechazo a cualquier tipo de violencia de la guerra» (<http://www.el-mundo.es/especiales/2011/10/cultura/guernica/grito.html>).

No es casual que los críticos convencionales de arte traten de castrar el contenido concreto de esta obra, la masacre de la población de Guernica por el fascismo. Al presentarla como un mero lloriqueo “pacifista”, matan su verdadero mensaje que es la denuncia militante del militarismo opresor.

Despojar a una obra de arte, particularmente de arte comprometido, de su contenido concreto es una falsificación artística e histórica ¿Cómo separar el gran antecedente del Guernica, el gran cuadro de Goya “Los fusilamientos del 3 de mayo”, de los hechos que le dieron la vida: la brutal ocupación napoleónica, y el levantamiento popular



“Los Fusilamientos del 3 de Mayo” Goya

de Madrid? Lo que estas grandes obras de arte tienen de general, de simbolismo para otras experiencias humanas, parte precisamente de los hechos concretos en que están inspiradas. Algo que nunca podrá alcanzar una obra que exponga el motivo de la guerra “en general”.

En la misma línea, el Museo Reina Sofía ha diseñado una exposición para conmemorar este 80º aniversario que se llama: “Piedad y terror en Picasso: el camino a Guernica”, donde se exhiben obras de Picasso desde 1924 con motivos de guerra y violencia que, supuestamente, le habrían ayudado a inspirarle el Guernica. Lo escandaloso de esta exposición es que ¡no contiene ni una sola referencia a la guerra civil española ni al bombardeo de Guernica!

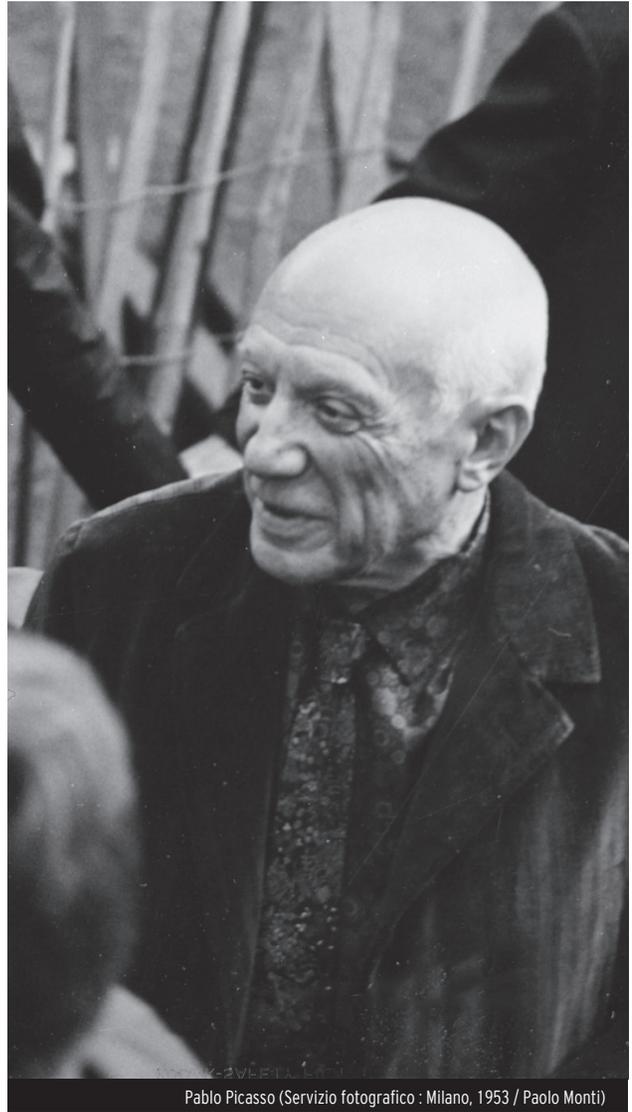
El objetivo es similar al que señalamos antes, no mostrar la inspiración del Guernica en la barbarie fascista, sino en obras anteriores del artista, como si estuviéramos ante una expresión del “arte por el arte”, en lugar del arte por la vida. Ideas similares han venido a plantear numerosos “especialistas”, señalando que algunas de las figuras del Guernica se inspiran en cuadros de Girolamo Miróla, de Rubens, o en imágenes de la película “Adiós a las armas” de Frank Borzage ¡Algunos han llegado al punto de ver en el Guernica un trasfondo psicológico de la turbulenta vida afectiva del pintor!

Afortunadamente, el propio Pablo Picasso respondió por adelantado a estos “críticos”, cuando declaró en una entrevista mientras trabajaba en su obra:

“La guerra española es la lucha de la reacción contra el pueblo, contra la libertad. Toda mi vida como artista no ha sido más que una lucha continua contra la reacción y la muerte del arte. ¿Cómo podría alguien pensar por un momento que podría estar de acuerdo con la reacción y la muerte? ... En el panel sobre el que estoy trabajando, que llamaré Guernica, y en todas mis recientes obras de arte, expreso claramente mi aborrecimiento por la casta militar que ha hundido a España en un océano de dolor y muerte”.

Por si hiciera falta una palabra final sobre el carácter “político” del Guernica, baste decir que Picasso dejó por escrito su mandato –ya que nunca cedió la propiedad del cuadro– de que el Guernica sólo residiera en España cuando fueran restablecidas las libertades políticas, y no fue hasta 1981 que el cuadro quedó instalado en el país.

EL SIMBOLISMO DEL GUERNICA Sobre el contenido mismo del cuadro, mucho se ha escrito y dicho, y sólo reflejaremos aquí unos cuantos apuntes. Lo primero que capta nuestra atención es la ausencia de colores vivos, sólo el blanco y el negro matizados por los grises, el reflejo de la guerra, la desolación y la barbarie. La escena fundamental del cuadro recurre a un motivo profundamente español, como es la corrida de toros. El toro, impassible e inexpressivo, ubicado a la izquierda, representa la Bestia, que se yergue vencedora sobre el pueblo, representado por el torero que yace agonizante con su cuerpo destrozado y su espada rota, aunque su mano se aferra a una flor, que simboliza la vida. El caballo del “picador”, que ocupa el centro, aparece ensartado por una lanza, relincha de dolor y de injusticia con su cabeza y expresión desencajada vuelta hacia el toro. Debajo de este, una madre grita desgarradoramente al toro con su hijo muerto en sus brazos. A la derecha, devorada por el fuego, una figura humana –claramente inspirada en



Pablo Picasso (Servizio fotografico : Milano, 1953 / Paolo Monti)

el “fusilado” del famoso cuadro de Goya que antes mencionamos– levanta sus brazos en señal de injusticia.

Dos mujeres se apresuran hacia el caballo y hacia el centro del cuadro, una extiende el brazo por encima de la cabeza sosteniendo una vela iluminando el alboroto, mientras la otra, semi-erguida y con sus piernas quebradas, parece suplicar.

Arriba en el centro, la bombilla eléctrica en forma de ojo y sol, es el testigo de la barbarie, que se encarga de ver para el resto del mundo, para que el crimen quede registrado.

EL GUERNICA: UN LLAMAMIENTO PARA LA ACCIÓN El capitalismo es horror sin fin. Multitud de Guernicas han tenido lugar décadas después: en la 2ª Guerra Mundial, en Vietnam, Irak, Siria, Palestina, y otros sitios. Como dice Alan Woods: “El objetivo del gran arte no es entretener, no es sólo mostrar de una manera superficial y neutral, sino penetrar debajo de la superficie y exponer la realidad que reside debajo”. El Guernica nos sigue conmoviendo porque refleja la realidad actual del capitalismo. También es un manifiesto, un llamamiento de atención sobre lo que nos destina el capitalismo si no es derribado.

Pero otro mundo está pugnando por nacer, un mundo socialista sin guerras, explotación ni opresión. El Guernica debe inspirarnos para hacerlo realidad.

1977-2017: 40 años de "democracia"

Historia de una gran estafa

David Rey

Este año se cumple el 40º aniversario del que fue, sin duda, el año decisivo de la llamada Transición. En el año 1977 tuvieron lugar los asesinatos de Atocha, que elevaron la temperatura revolucionaria de la sociedad a su grado máximo, la legalización de los sindicatos y de los partidos de izquierda, entre ellos el PCE; la celebración de las elecciones semi-democráticas del 15 de junio, así como la firma de los infames Pactos de la Moncloa, que sellarían la traición a las expectativas populares despertadas a la muerte del dictador.

La actual crisis económica, social y política en el Estado español –que es parte de la crisis orgánica global del sistema capitalista– ha conducido a una crisis del régimen surgido de la Constitución de 1978. Éste, a su vez, fue el resultado del período conocido como La Transición, iniciado tras la muerte del dictador Franco en noviembre de 1975.

No es casual que una capa cada vez más amplia de la población, particularmente de la joven generación, esté tratando de indagar, estudiar y revisar críticamente aquel período de nuestra historia.

No sorprende que los sectores de la izquierda más derechistas e integrados al sistema, tanto en el PSOE – las viejas momias, como Felipe González y Guerra, y la burocracia dominante en el partido– como en el PCE e IU –Gaspar Llamazares y Cayo Lara, entre otros– den el visto bueno a lo sucedido en La Transición, por su responsabilidad personal en la misma. Pero llama la atención que sean los herederos del Franquismo, como el Partido Popular –fundado por 7 ministros franquistas– quienes aparecen como los máximos adalides de este período de nuestra historia reciente y de la Constitución de 1978.

Hay algo que no cuadra en la “modélica” Transición que nos han contado, cuando quienes celebran con más entusiasmo lo ocurrido en aquellos años, sean los que nunca condenaron el alzamiento fascista de Franco ni los crímenes de la dictadura.

Es imposible encarar con éxito una transformación profunda de nuestro país, sin un conocimiento preciso de nuestro pasado reciente. Es imposible ajustar cuentas con el presente injusto, sin ajustar cuentas antes con nuestro propio pasado. Un pueblo que no aprende de la Historia, está condenado a repetirla.

LA NECESIDAD DE REVISAR CRÍTICAMENTE LA TRANSICIÓN

Los dirigentes de Unidos Podemos y de sus diversas confluencias políticas en el resto del Estado, están en lo correcto al exigir una revisión de la “versión oficial” de aquel proceso histórico. Han insistido repetidas veces, y con razón, en que la conquista de las libertades democráticas fue obra de las luchas de la clase trabajadora, de las mujeres de los barrios, de los estudiantes, de las naciones oprimidas en demanda de sus derechos democrático-nacionales en Catalunya, Euskadi y Galicia.

Esas libertades no las trajeron personalidades como el rey Juan Carlos o el ex presidente del gobierno Adolfo Suárez. No hay nada más patético que pintar como héroes de la democracia a quienes fueron aupados a las máximas responsabilidades del gobierno desde la propia dictadura franquista. Juan Carlos fue nombrado sucesor de Franco por el mismo dictador en 1969, y juró los principios del “glorioso” Movimiento Nacional (la declaración de principios fascista que dio inicio al golpe militar de Franco) en su toma de posesión como rey el 22 de noviembre de 1975. Adolfo Suárez, antes de ser nombrado a dedo por Juan Carlos como presidente del gobierno en julio de 1976, había sido secretario nacional del Movimiento Nacional, el partido único del régimen franquista. En ningún momento, ni Juan Carlos ni Suárez emitieron una sola queja, una sola crítica, en los años previos ni tampoco en los meses siguientes a la muerte del dictador, por la falta de libertades en nuestro país. Ninguna protesta hubo de estas personas por las torturas en las comisarías, por los obreros asesinados por la policía en las huelgas ilegales, ni por las condenas a muerte de los últimos gobiernos del dictador.

Hay una parte particularmente enojosa de la versión “oficial” de la Transición que ha permeado los discursos de las direcciones de la izquierda a lo largo de estos 40 años, y que se sigue repitiendo con machacona intensidad: que “no se pudo conseguir más”, que “hubo que aceptar la monarquía”, que “hubo que pactar la amnistía de los crímenes del franquismo”, que “hubo que dejar tranquilos a los grandes empresarios que apoyaron la dictadura”, que “no se pudo depurar el aparato del Estado de torturadores y de colaboradores con la dictadura”, que “hubo que pactar la Constitución de 1978”, etc. porque ‘había miedo’ en la mayoría de la población, ‘miedo’ a la continuidad de la dictadura y a un nuevo golpe militar.

Lo grave no ha sido sólo esta actitud fatalista y pusilánime en las tareas que encararon en aquellos años los dirigentes de la izquierda, sino que aun antes de las elecciones de junio de 1977, ya comenzaron a lavarle la cara a los herederos del franquismo, otorgándoles el título de nuevos y convencidos demócratas. Este fue el caso de reconocidos ministros franquistas firmantes de penas de muerte, como Manuel Fraga; de ministros y gobernadores civiles (antecesores de los actuales delegados del gobierno) responsables de los aparatos policiales que ordenaban detenciones, torturas y asesinato de trabajadores en huelga o en manifestaciones, como Martín Villa; o de altos cargos del aparato del estado franquista, como lo fueron casi todos los ministros de la UCD de Suárez y los principales dirigentes de la Alianza Popular de Fraga (antecesora del PP).

Fueron los dirigentes del PCE y del PSOE en aquellos años –con la excusa de no remover los odios del pasado, como vuelve a repetir frecuentemente el nuevo monarca Felipe VI– los principales responsables en silenciar a las víctimas del franquismo, en volver a sepultar, esta vez con el silencio, a los 140.000 desaparecidos que yacen bajo montañas de tierra en las cunetas y junto a las tapias de los cementerios.

Fueron ellos quienes aceptaron mantener intacto –incluso bajo los gobiernos de “izquierda”– el mismo aparato franquista con sus altos cargos, sus mandos y torturadores policiales, y sus oficiales del ejército.

Dentro de la izquierda crítica con el régimen del 78 hay quienes hablan, incluso, como Íñigo Errejón y Juan Carlos Monedero, de que la Constitución de 1978 –como si no hubiera habido alternativa– fue un “contrato social” entre la clase dominante y su aparato de Estado salido de la dictadura, con la izquierda y la clase trabajadora y el pueblo en general; dejándole a aquéllos sus puestos de mando, a cambio de un sistema de libertades democráticas formales, semejante al de Europa occidental.

¿QUIÉN TENÍA VERDADERO MIEDO EN LA TRANSICIÓN? Los marxistas de Lucha de Clases discrepamos de la falsificación histórica de la Transición pregonada por la “vieja” izquierda. Y aunque celebramos que la “nueva” izquierda haya roto parcialmente con esa visión idílica de la Transición, lamentamos que acepten todavía algunas de sus conclusiones, incluida la más tergiversada, como la de que no se pudo hacer mucho más de lo que los dirigentes del PCE y del PSOE hicieron, debido a la “desfavorable correlación de fuerzas” y al “miedo” de las masas populares.

Si realmente “había miedo” en la mayoría de la población ¿qué necesidad tenía el bando franquista de hacer concesiones democráticas relevantes? ¿No sería más verosímil concluir que si el sector decisivo del régimen franquista se vio obligado a hacer concesiones democráticas fue porque el miedo estaba realmente en su bando?

Presentaremos unos pocos datos que avalan nuestra posición.

Uno de los hechos más significativos de la lucha contra la dictadura fue el papel de la clase obrera, que ya representaba en aquella época el 70% de la población activa. Desde inicios de la década de los años 60, los trabajadores españoles dieron lugar a un movimiento huelguístico que no tenía precedentes en la historia bajo un régimen de dictadura.

En la curva ascendente de la lucha huelguística podemos ver el proceso de la toma de conciencia de los trabajadores: en el trienio 1964/66 hubo 171.000 jornadas de trabajo perdidas en conflictos laborales; en 1967/69: 345.000; en 1970/72: 846.000 y en 1973/75: 1.548.000. Posteriormente, después de la muerte de Franco, el movimiento huelguístico adquiere unas dimensiones insólitas: desde 1976 hasta mediados de 1978 se perdieron nada menos que 13.240.000 jornadas en conflictos laborales.

La principal fuerza impulsora de estas luchas fue CCOO, dirigida por el PCE. En 1975, CCOO había copado desde dentro del sindicato franquista (el llamado Sindica-



Francisco Franco y el entonces príncipe Juan Carlos, en el balcón del Palacio Real, en el acto de apoyo al régimen el 1 octubre 1975.



to Vertical) la representación mayoritaria de los trabajadores en las grandes empresas. Los convenios laborales del régimen franquista eran rotos por la acción directa de los trabajadores quienes elegían a sus propios representantes a través de lo que se llamaban “Comisiones Representativas” ¡Y todo esto en una situación de dictadura!

En paralelo, en 1975-1977 se crearon cientos de Asociaciones de Vecinos a lo largo de toda España, que eran organizaciones populares de masas en los barrios obreros y pueblos, con decenas de miles de participantes, que luchaban contra las deficientes condiciones e infraestructuras de las barriadas populares.

Toda la superestructura sobre la que descansaba el viejo régimen –incluido el ejército y la Iglesia– estaba en crisis y fracturada. Un ejemplo de esto fue la creación en agosto de 1974, de manera clandestina, de la Unión Militar Democrática (UMD), por decenas de oficiales y suboficiales del ejército español contrarios a la dictadura franquista. En el momento de su desarticulación (julio de 1975) llegó a tener 200 miembros, entre oficiales y suboficiales, con ramificaciones hasta en la Guardia Civil. Y si éste era el ambiente en sectores de la oficialidad, podemos imaginarnos el ambiente que existía en la tropa.

En la Iglesia Católica, un número creciente de clérigos de base simpatizaba abiertamente con las luchas obreras y movimientos de izquierdas, dejando los salones parroquiales para todo tipo de reuniones clandestinas. La Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) y la Juventud Obrera Católica (JOC), diseñadas por la Iglesia para propagar la religión en los barrios obreros, giraron a la izquierda en sus planteamientos hasta el punto de considerar el “socialismo” como el verdadero ideal cristiano.

Lo cierto y verdad es que cada vez que los sectores “ultras” del franquismo se movieron en dirección a la represión sangrienta (Vitoria en marzo de 1976, Montejurra en mayo de 1976, los crímenes de los abogados laboristas en la calle Atocha de Madrid en enero de 1977, la Semana por la Amnistía en Euskadi en mayo de 1977...), lo que provocaron fue una radicalización y una respuesta

de tipo insurreccional entre la clase obrera y la juventud, y fue esto –y no otra cosa– lo que dio lugar a la lucha interna dentro de la burocracia franquista en la que se impuso el sector “reformista” de la misma. Es significativo que los sindicatos obreros y los partidos de izquierdas fueran legalizados en febrero de 1977 (salvo el PCE, que fue legalizado en abril) por el pánico del gobierno de Suárez y de los grandes empresarios a un estallido popular tras los crímenes de Atocha, un par de semanas antes.

En realidad, en la España de 1975-1977 se estaba incubando una crisis revolucionaria similar a la que tuvo lugar un par de años antes en Grecia y Portugal. Un intento de golpe militar en esos años hubiera provocado un estallido revolucionario abierto. Los intentos de un sector del aparato franquista de impulsar esta vía, por su miedo al alcance de la protesta social, a la venganza de los “rojos”, y a la pérdida de sus privilegios, simplemente reflejaba su pérdida de contacto con la realidad, por eso fueron desplazados.

Un personaje destacado del franquismo, como José María de Areilza expresaba así en su Diario el ambiente en las altas esferas del régimen:

“O acabamos en golpe de Estado de la derecha. O la marea revolucionaria acaba con todo” (Memorias de la Transición, El País, pág. 81).

EL PAPEL DE LA DIRECCIONES DE LA IZQUIERDA Debemos decirlo claramente: no fue la fortaleza de la reacción, sino la debilidad y la traición política de las direcciones de la izquierda (PCE y PSOE) las responsables de que la lucha de masas contra el régimen franquista no culminara en una transformación radical de la sociedad española en líneas socialistas democráticas.

Esta apreciación no es solamente nuestra. El periódico oficial del capital financiero británico, The Financial Times, declaraba en un artículo en diciembre de 1978:

“El apoyo del PCE, tanto a la primera como a la segunda administración Suárez, ha sido abierto y sincero. El señor Carrillo fue el primer líder que dio su apoyo a los Pactos de la Moncloa, e inevitablemente el PCE ha apoyado al Gobierno en el Parlamento.

“Pero, como partido que controla la central sindical mayoritaria CCOO y el partido político mejor organizado en España, su apoyo durante algunos momentos más tensos de la Transición ha sido crucial. La moderación activa de los comunistas, durante y después de la masacre de los trabajadores de Vitoria en marzo de 1976, el ametrallamiento de cinco abogados comunistas en enero de 1977, y la huelga general vasca en mayo de 1977, por poner sólo tres ejemplos, fue probablemente decisiva para evitar que España cayera en un abismo de conflictividad civil importante y permitir la continuación de la reforma”.

El régimen y la monarquía carecían de autoridad. Los grandes empresarios, temerosos de un estallido revolucionario, evadían masivamente capitales y divisas a Suiza, lo que provocó numerosos cierres de fábricas y una subida galopante del paro. Si los dirigentes del PCE y del PSOE hubieran llamado a organizar una Asamblea Constituyente Revolucionaria desde abajo, que eligiera un gobierno alternativo al oficial –heredero del régimen franquista

amasado con la sangre, la cárcel y la represión del pueblo trabajador durante 40 años— eso hubiera tenido un apoyo masivo.

Las bases para convocar esa Asamblea Constituyente eran las Comisiones Representativas de las empresas y las Asociaciones de Vecinos, ya presentes. Lo que hacía falta era extenderlas al conjunto de las empresas y de las ciudades y pueblos del país. Una Asamblea Constituyente Revolucionaria de delegados elegidos en dichos organismos de base hubiera sido un millón de veces más representativa que el parlamento surgido de las elecciones semi-democráticas de junio de 1977. En éstas, como explicaremos más adelante, se impidió votar a los jóvenes de entre 18 y 21 años, y a los emigrantes españoles —que eran votos mayoritarios para la izquierda— y se dio un peso desmedido a la representación de las provincias más despobladas para diluir el peso de las grandes ciudades donde se concentraba la clase obrera.

Un gobierno de “los de abajo”, de la clase trabajadora, de los sectores progresistas de la clase media, de la juventud, de las nacionalidades históricas, habría sido seguido por millones. Con la potencia demostrada por el movimiento obrero entonces, una huelga general indefinida bien preparada y organizada, inundando las calles con millones de trabajadores, habría paralizado cualquier intentona golpista o de represión popular. Las fuerzas represivas se habrían partido por la mitad, con un sector decisivo en la base de la policía y del ejército pasándose al lado del pueblo. Una transición relativamente pacífica podría haber tenido lugar, con la nacionalización de las palancas fundamentales de la economía bajo el control de organismos populares democráticos de base, y con la proclamación de una república democrática con las máximas libertades, incluido el derecho de autodeterminación para las nacionalidades históricas, que abrumadoramente habrían elegido permanecer en una república federal, socialista y democrática.

LA CORRELACIÓN DE FUERZAS Y EL PROGRAMA POLÍTICO Los dirigentes del PCE, que era la fuerza hegemónica en la oposición al franquismo, con 150.000 militantes en condiciones de clandestinidad antes de su legalización, han tratado de justificar todos estos años su posición de entonces, apelando a la manida excusa de la “desfavorable correlación de fuerzas”. Con los datos aportados en apartado anteriores ya hemos demolido este argumento falso.

Cabe suponer que los compañeros consideren que la correlación de fuerzas favorable sólo puede darse cuando la mayoría de la clase obrera y de la juventud haya llegado a conclusiones socialistas perfectamente claras sin necesidad de un partido revolucionario que las oriente, que les haga ver su fuerza, que formule las consignas y el programa adecuado en cada momento, y que aproveche los momentos de división y confusión del enemigo para lanzar la ofensiva decisiva. Pero en tal caso, deberíamos esperar mil años para ver una revolución socialista porque no hay, y no puede haber, una madurez revolucionaria tal en la conciencia de la clase obrera, sin un partido (es decir, sin la vanguardia organizada de la clase obrera) enraizado en las masas, que realice esa labor y ayude a los trabajadores

a sacar las conclusiones últimas de sus luchas revolucionarias. Porque si fuera así, lo que habría que preguntarse es: ¿para qué existe un partido comunista?

En la España de principios de los 70 sí existía un partido, el PCE, que agrupaba a la vanguardia de la clase obrera, que estaba enraizado en las masas, y que podía movilizar a cientos de miles y, potencialmente, a millones de trabajadores. El problema fue que la dirección de ese partido nunca se fijó como objetivo consciente luchar por el socialismo, sino llegar a un acuerdo con el viejo régimen para mantener el capitalismo a cambio de la concesión de derechos democrático formales —derechos que, por otra parte, las masas ya estaban conquistando en la práctica con sus luchas— sin exigir ningún tipo de responsabilidades ni ajuste de cuentas a los herederos del franquismo por sus crímenes.

Lamentablemente, los dirigentes de la izquierda carecían de confianza en la clase trabajadora y demás sectores populares en lucha. Ya en 1956, la dirección del PCE había proclamado la “Reconciliación Nacional” y buscaba un acuerdo “democrático” con los herederos del franquismo.

Así, en una resolución del Comité central del PCE de junio de 1956, aprobada con motivo del 20º aniversario del comienzo de la Guerra Civil, se decía:

“En la presente situación, y al acercarse el XX aniversario del comienzo de la guerra civil, el Partido Comunista de España declara solemnemente estar dispuesto a contribuir sin reservas a la reconciliación nacional de los españoles, a terminar con la división abierta por la guerra civil y mantenida por el general Franco”

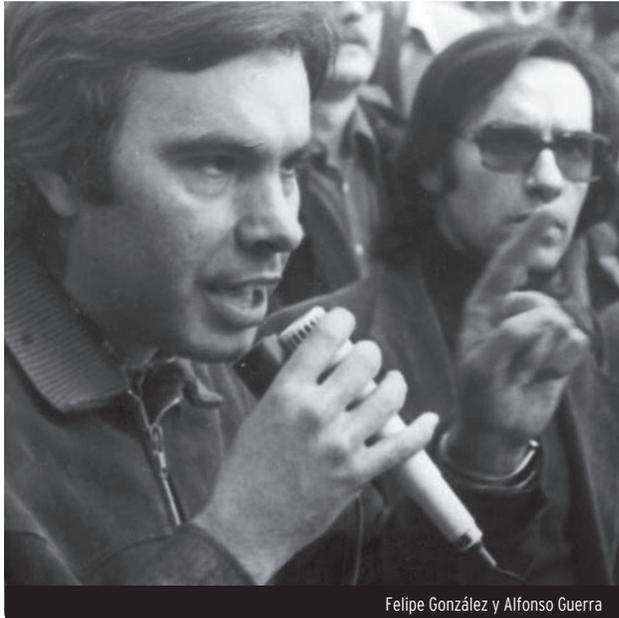
“...Existe en todas las capas sociales de nuestro país el deseo de terminar con la artificiosa división de los españoles en «rojos» y «nacionales», para sentirse ciudadanos de España, respetados en sus derechos, garantizados en su vida y libertad, aportando al acervo nacional su esfuerzo y sus conocimientos”.

Y añadía:

“El Partido Comunista de España, al aproximarse el aniversario del 18 de julio, llama a todos los españoles, desde los monárquicos, democristianos y liberales, hasta



Carrillo, González y Suárez



Felipe González y Alfonso Guerra

los republicanos, nacionalistas vascos, catalanes y gallegos, cenetistas y socialistas a proclamar, como un objetivo común a todos, la reconciliación nacional”. (Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español, declaración del Partido Comunista de España, junio de 1956 - Boletín de Información Año VI, número extraordinario, Praga).

Es difícil resistir la indignación y el sonrojo que producen leer hoy estas líneas ¡“Artificiosa división de los españoles en ‘rojos’ y ‘nacionales’”! dicen ¡Como si no hubiera habido una guerra civil, ni centenares de miles de muertos, ni cientos de miles de exiliados, ni la destrucción de dos generaciones de trabajadores, sepultadas en una dictadura feroz!

Es importante retener en la mente este importante documento histórico, porque el manido argumento esgrimido por los dirigentes del PCE durante La Transición—y que siguen repitiendo machaconamente los actuales dirigentes del PCE, Izquierda Unida y de Podemos— de que los avances democráticos y sociales conseguidos estuvieron limitados por la “desfavorable correlación de fuerzas” de la izquierda en aquellos momentos, oculta una falsificación grotesca de la realidad.

No fue la “desfavorable correlación de fuerzas” sobre el terreno en los años 70 lo que condujo a un acuerdo espurio con los sucesores del régimen franquista; sino que este acuerdo, en sí mismo, era el objetivo político declarado y buscado por la dirección del PCE, no en los años 70, sino desde décadas antes de que el régimen franquista entrara en crisis por el empuje revolucionario de las masas trabajadoras.

Lamentablemente, lo que ocurrió realmente es que desde hacía décadas, la dirección del PCE había abandonado cualquier perspectiva de luchar por el socialismo. Esa fue la verdad de lo sucedido. El recurso a “las desfavorables relaciones de fuerzas” es sólo una excusa conveniente.

En los años 50, el franquismo despreció arrogantemente el ofrecimiento de los dirigentes del PCE porque su régimen aún no había entrado en dificultades, pero cuando la clase obrera se recompuso de la durísima derrota de la guerra civil y puso al régimen contra las cuerdas, un par

de décadas después, el sector dominante del franquismo mandó a callar al “búnker” y aceptó sin chistar el generoso ofrecimiento de reconciliación que le ofrecía el PCE — que estaba al frente de la lucha antifranquista— para salvar su pellejo.

El PSOE, todavía en 1976, aprobó una resolución política en su 27º Congreso que recogía la “superación del modo de producción capitalista mediante la toma del poder político y económico y la socialización de los medios de producción, distribución y cambio por la clase trabajadora”. Sin embargo, muy pronto siguió la estela de la dirección del PCE de buscar un acuerdo pactado con el viejo régimen. PCE y PSOE circunscribieron su objetivo político a un régimen democrático formal que dejaba intacto el poder económico y el aparato del Estado del franquismo, traicionando las expectativas socialistas de millones que, correctamente, vinculaban el franquismo con el propio régimen capitalista. Además, se dedicaron a alabar y lavarle la cara al Rey, a Suárez y a decenas de antiguos cargos franquistas reconvertidos en “demócratas de toda la vida”.

Lo más grave fue que los dirigentes del PCE y del PSOE no utilizaron la fuerza descomunal desplegada por millones de trabajadores, mujeres, jóvenes, profesionales, pequeños propietarios empobrecidos, e intelectuales progresistas, no ya para asegurar un régimen socialista democrático, sino tan siquiera para conseguir una democracia avanzada: se mantuvo la monarquía heredada del franquismo con su odiada bandera, se mantuvo intacto el aparato franquista con sus miles de fascistas, torturadores y asesinos, se aceptó la “unidad indisoluble” de España bajo la vigilancia del ejército franquista, etc.

Los dirigentes obreros y de la izquierda también avalaron todo tipo de “pactos sociales” y económicos (como los Pactos de la Moncloa) que cargaban todo el peso de la crisis capitalista de aquellos años sobre los hombros de las familias obreras. Todo esto condujo a un reflujo de la movilización social y a una profunda decepción y desmoralización política que duró décadas. La Constitución de 1978 no fue ningún “contrato social” suscrito amigablemente entre dos partes de la sociedad, sino el fruto de una traición política a las expectativas de un cambio revolucionario anhelado por la mayoría de la sociedad. Fueron las direcciones de la izquierda, fundamentalmente del PCE, las inventoras del cuento de “viene el lobo” sobre el peligro de golpe militar si las demandas populares iban demasiado lejos, que fue utilizado para contener y frustrar el proceso revolucionario que estaba incubándose en el seno de la sociedad española.

Que no nos vengan con el argumento de que este “aviso” era real, recurriendo al intento de golpe de 1981. Por no hablar de las oscuras implicaciones que rodearon ese intento de golpe, que permanecen ocultas como “secreto de Estado”, aquél se produjo no en el auge del movimiento revolucionario (1976-1977), sino justamente en el momento de mayor profundidad del reflujo político y social de aquellos años, provocado por las políticas de las direcciones del PCE y del PSOE.

EL CARÁCTER FRAUDULENTO DE LAS ELECCIONES DEL 15 DE JUNIO DE 1977 En estas semanas está habiendo todo tipo

de celebraciones sobre el 40º aniversario de las primeras elecciones tras 40 años de dictadura franquista. Hemos visto la condecoración de los diputados de esa primera legislatura, incluyendo a viejos franquistas reconvertidos, como Martín Villa, buscado por la justicia internacional por su implicación en los crímenes del franquismo y en los primeros años de la Transición.

El discurso de “su Majestad” en el Congreso, ayer 28 de junio, tuvo palabras de agradecimiento a demócratas de viejo y nuevo cuño, incluyendo a su padre, Juan Carlos, pero no tuvo una sola palabra de aliento y agradecimiento a los miles de luchadores antifranquistas que se jugaron la piel y la vida por traer las libertades democráticas a este país.

Hay que reconocer la valentía y audacia de los dirigentes de Unidos Podemos en tomar distancia de ese acto oficial y en organizar un acto paralelo en el Congreso, en agradecimiento y reconocimiento a los luchadores antifranquistas con una representación de los mismos y de los familiares de algunos de los asesinados.

Sin embargo, los dirigentes de la izquierda, los de entonces y los de ahora, han utilizado el resultado de aquellas elecciones, donde el partido creado por el ala “reformista” del franquismo, la Unión de Centro Democrático (UCD) quedó en primer lugar, para reafirmarse en la idea de que la mayoría de la población no quería socialismo sino terminar simplemente con la dictadura y que, por tanto, no se podía hacer más de lo que se hizo.

Esta es también una conclusión que escamotea la verdad histórica. Responderemos a esto de manera pormenorizada:

a) Se oculta, o se hace pasar a un segundo plano, que durante cerca de dos años, antes de las elecciones del 15 de junio de 1977, desde el mismo noviembre de 1975, la clase trabajadora, principalmente, desplegó una lucha potentísima, que brindó decenas de muertos a manos de la policía —¡sí, muertos que hay que colocar en los gobiernos del “demócrata” rey Juan Carlos I! y que permanecen impunes.

b) Se oculta que el resultado de esas luchas y de la represión del régimen postfranquista generaron situaciones

potencialmente revolucionarias que podrían haber conducido a una transformación socialista de la sociedad, de manera relativamente pacífica, como mínimo en dos oportunidades: en marzo de 1976 tras los crímenes de Vitoria y, sobre todo, en enero de 1977 tras la masacre de Atocha.

c) Si esas situaciones potencialmente revolucionarias, no llegaron a desarrollarse hasta su conclusión final fue, principalmente, por el papel de freno y de parálisis del movimiento que conscientemente jugaron las direcciones del PCE y de CCOO, en aquellas situaciones, negándose a movilizar, enfriando los ánimos, aislando los conflictos en lugar de extenderlos a nivel estatal; frustrando en definitiva la indignación de la clase trabajadora por ajustar las cuentas al viejo régimen.

d) La razón porque los dirigentes del PCE y de COO actuaron así, era simple: no creían ni confiaban en la lucha por el socialismo, no creían ni confiaban en la capacidad de la clase obrera para dirigir la sociedad, no tenían otro horizonte que un régimen democrático-burgués y cualquier otra cosa les parecía ir hacia un abismo. Ellos mismos se creían sus propios cuentos de la amenaza del “golpe militar”, que luego transmitían a sus cuadros y, a través de ellos, a sectores de la vanguardia y de las masas.

e) Desviaron todas las ilusiones de las capas avanzadas sobre las que tenían autoridad y, a través de ellas, de las masas más amplias, hacia el parlamentarismo burgués. De esta manera, apagaban y rebajaban el nivel de conciencia de las capas avanzadas, y de las más atrasadas recién despertadas a la lucha política.

f) Al desviar la lucha revolucionaria hacia el parlamentarismo burgués, donde confrontarían derechas e izquierdas, los dirigentes del PCE se prestaron a otorgarle credenciales democráticas a los políticos franquistas reconvertidos en demócratas: Suárez, Fraga, Juan Carlos, y demás.

g) A las capas más atrasadas, recién despertadas a la política, en la medida que se les cerraba la perspectiva de un cambio radical en el sistema a través de la lucha revolucionaria de la clase obrera, se les planteaba otro camino aparentemente “más fácil”, “más indoloro”, de terminar con la dictadura, y era confiar en los “nuevos demócratas” del viejo régimen franquista a quienes los dirigentes de la izquierda les acababan de otorgar sus credenciales democráticas. Fue este sector de las masas el que fue engañado a favor de confiar en el “centro” de Adolfo Suárez.

Hay que desterrar un mito, y es calificar las elecciones del 15 de junio de 1977 como democráticas. El PCE no fue legalizado hasta el mes de abril, un par de meses antes de celebrarse. Pese a que fue el partido de la izquierda que más concesiones hizo al régimen, éste premió al PSOE, al que consideraba más domesticable por sus vínculos con la socialdemocracia internacional, pese a que en palabras, sus posiciones sonaban más izquierdistas que las del PCE. Así, el PSOE fue promocionado con el dinero de la socialdemocracia internacional y del mismo gobierno de Suárez, como ha trascendido recientemente. Legalizado en febrero tuvo más tiempo a su disposición para promocionarse.

La izquierda tuvo un acceso muy limitado a los medios de comunicación oficiales que se volcaron desvergonzadamente hacia la UCD de Suárez que disponía a su favor de



La lucha de la clase obrera durante la Transición



Adolfo Suárez

todos los recursos económicos del Estado y de los grandes empresarios y banqueros.

Como mencionamos al principio, se impidió votar a los 2 millones de jóvenes de 18 a 21 años, que eran mayoritariamente votos de la izquierda, lo mismo que a los emigrantes, 1 millón, que eran fundamentalmente trabajadores y también basculaban a favor de la izquierda.

En la representación parlamentaria, como también se dijo, se dio una mayor representación a las provincias rurales y despobladas, más atrasadas políticamente -igual que ahora- para castigar el voto de izquierdas concentrado en las grandes ciudades y núcleos industriales. También se introdujo un sistema de asignación de diputados antidemocrático y no auténticamente proporcional (el sistema D'Hont), para favorecer la lista más votada, que premiaba a la UCD al haber en la izquierda una mayor división del voto por la existencia de hasta tres partidos con posibilidades de conseguir representación parlamentaria (el PSOE, el PCE y el Partido Socialista Popular, de Tierno Galván, percibido como más izquierdista que el PSOE).

Por si esto fuera poco, el régimen impuso un sistema bicameral, con el Senado, que tenía, y tiene, derecho de veto en primera instancia sobre las decisiones del Congreso. La elección del Senado era aún más antidemocrática si cabe, ya que le daba la misma representación a todas las provincias (3 senadores) independientemente de su población, lo que sobre representaba a las provincias más despobladas, rurales y conservadoras. Para hacerlo aún más antidemocrático, 41 de los 258 senadores fueron elegidos por Designación Real; es decir, a dedo por Juan Carlos, en los que destacaban una mayoría de senadores derechistas y ex-franquistas, para asegurar también la mayoría derechista en la segunda cámara.

Lo lamentable de todo esto es que la izquierda aceptó participar en estas elecciones en estas condiciones de clara desventaja. Más grave aún era el hecho de que estas elecciones tenían un carácter constituyente; es decir, el parlamento elegido tenía como cometido elaborar un proyecto de Constitución. Una amenaza de boicot a las elecciones, sustentada en la movilización popular, habría obligado al régimen a dar marcha atrás y asegurar unas elecciones en

condiciones más democráticas. Pero los dirigentes de la izquierda lo aceptaron sin protestar, porque ya habían llegado a un acuerdo con el régimen y habían consentido en la idea de que fueran los “nuevos demócratas” ex-franquistas quienes pilotaran la “transición” y no la izquierda. Habían acordado en los despachos y negociaciones a puerta cerrada con el régimen, el mantenimiento de la monarquía y del aparato de estado franquista, y habían renunciado a la república. Que un parlamento con mayoría de izquierdas renunciara a la República habría sido visto como una traición descarada por la clase obrera española. Por eso se trataba de enfriar el ambiente revolucionario en la clase trabajadora y en sus expectativas sobre la escala de los cambios por venir. Por eso se habían avenido a participar en unas elecciones semi-democráticas que aseguraran una mayoría parlamentaria relativa al partido “demócrata” del viejo régimen. Esta es toda la verdad del asunto.

La UCD de Suárez consiguió el 34,4% de los votos y la Alianza Popular de Fraga, el 8,1%. El PSOE obtuvo el 29,3%, el Partido Socialista Popular de Tierno Galván (que más tarde se fusionaría con el PSOE) el 4,5% y el PCE el 9,3%. Así, a pesar de todo, PSOE, PCE y PSP sacaron más votos que UCD y AP juntos, y ganaron ampliamente en las grandes ciudades y centros industriales. Si a estos resultados se hubieran unido los votos de los jóvenes y emigrantes que no pudieron votar, la victoria de la izquierda habría sido aplastante.

Para que podamos percibir la trampa del escrutinio electoral, baste decir que la UCD, con el 34,4% de los votos se llevó 165 escaños, ¡el 47,1% de los diputados! Eso, junto con los 16 diputados conseguidos por AP, hacía que la derecha franquista y “ex-franquista” se asegurara la mayoría absoluta del Congreso, con 181 diputados, e impusiera sus vetos a las medidas más avanzadas presentadas por la izquierda en la futura Constitución. La izquierda en cambio, con el 43,1% de los votos, consiguió apenas 144 diputados, el 41,1% de la representación popular.

En el Senado, de los 258 senadores elegidos, con la colaboración del “dedazo” de Juan Carlos, fueron elegidos 145 senadores derechistas y “ex-franquistas”.

Baste esto para mostrar el carácter fraudulento del resultado electoral del 15 de junio de 1977. Una auténtica burla a la voluntad popular.

¿POR QUÉ GANÓ LA UCD? Aparte de los trucos y trampas parlamentarios, había también una explicación política de la victoria de la UCD, que no es difícil de entender. Como explicamos anteriormente, después de muchos meses, la lucha huelguística no había llegado a un resultado decisivo, debido a la negativa de la dirección, sobre todo del PCE, a plantear su generalización. Esto tuvo como consecuencia que un amplio sector de las masas volviera su mirada hacia otras opciones. Las aspiraciones democráticas, confusas y ambiguas, de un sector de la población que despertaba por primera vez a la política -constituida por los millones de pequeños comerciantes, campesinos, amas de casa, jubilados, funcionarios, profesores, las capas medias y los sectores más atrasados políticamente de la clase obrera- fueron presas de la demagogia de la UCD que, aparentemente, representaba “el camino de menor re-

sistencia, el más fácil” hacia la democracia. Era el voto del miedo, la indecisión y la incertidumbre ante el futuro, reforzado porque nadie les señalaba una alternativa clara. El hecho de que, tanto antes como durante la campaña electoral, los propios dirigentes del PSOE y PCE, dedicaran todo tipo de elogios a Suárez, diciendo que éste y el Rey habían traído la democracia, también fue un factor decisivo. En lugar de desenmascarar ante las masas a estos burgueses demócratas, en lugar de educar a la clase obrera en la idea de confiar solamente en su propia fuerza, organización y conciencia, y de enseñar a desconfiar de todas las promesas y la demagogia democrática de la UCD, se prestaron a la colaboración de clases y al lavado de cara de una inexistente burguesía progresista.

El fracaso electoral del PCE tiene una explicación totalmente política. Toda la política de Carrillo antes de las elecciones fue hacer concesión tras concesión (aceptando la Monarquía y la bandera nacional franquista que exhibía en los actos públicos, el apoyo a Suárez, etc.). En menor medida, también le afectaba al partido su asociación con el estalinismo, en los sectores más atrasados de la clase obrera, que veían con rechazo los regímenes burocráticos de la URSS y del Este europeo.

En el campo de la izquierda existían dos grandes opciones: el PCE, que contaba con varios centenares de miles de militantes abnegados, y el PSOE, que a pesar de su menor militancia conectaba con la memoria histórica de una parte muy importante de los trabajadores y la juventud. En el fondo, las diferencias políticas entre los dirigentes del PSOE y del PCE eran inapreciables. El PCE se había encargado de enfriar cualquier expectativa hacia un cambio revolucionario, exagerando y difundiendo el peligro de un “golpe”. Consecuentemente, esto benefició al PSOE. Este obtuvo el apoyo de la Internacional Socialista, aparecía sin el lastre del estalinismo y con más facilidades de llegar al poder a través de las urnas sin provocar a la reacción, lo que junto con su legado histórico, permitió que obtuviera un apoyo electoral muy superior al PCE.

El PSOE emergió como el partido obrero más importante entre la clase obrera, ganando claramente en Asturias, Andalucía, Barcelona, Vizcaya, Valencia, Zaragoza, Alicante, Guipúzcoa, etc. En la entonces provincia de Madrid, los votos unidos de los partidos obreros representaban el 53% frente al 47% de UCD y AP.

Los nacionalistas burgueses catalanes y del PNV tuvieron un porcentaje significativo de votos, debido al abandono de PSOE y PCE de la lucha por los derechos nacionales de Catalunya y Euskadi. A pesar de todo, el PSOE fue el partido más votado en ambas comunidades.

De cualquier manera, la UCD no consiguió la mayoría absoluta en el Parlamento, debiendo apoyarse en la muleta parlamentaria que pronto le prestarían el PSOE y el PCE, como se vio en los meses y años posteriores.

En cualquier caso, las elecciones en condiciones de democracia burguesa limitada, y mucho más en la España de 1977, tenían un valor relativo. Los resultados no reflejaron la auténtica correlación de fuerzas, tremendamente favorables para la clase obrera y para la superación del capitalismo. Eran una foto fija de una situación dinámica y muy cambiante, donde el odio a la dictadura y a la derecha

postfranquista estaba muy presente en cada lucha, en cada reivindicación.

EL TRÁGICO DESTINO DEL PCE Si en el Estado español en junio de 1977 hubiera habido un partido verdaderamente marxista o comunista con un 10% de apoyo electoral, sumado a su hegemonía en las grandes fábricas, en las Asociaciones de Vecinos y en el movimiento estudiantil, y controlando el principal sindicato del país, CCOO –como era el caso del PCE en todos esos casos– con una política correcta, ese partido podía haber escalado su apoyo en los meses siguientes en capas cada vez más amplias de los trabajadores y de las clases medias golpeadas por la crisis. Lo que se necesitaba era una explicación paciente, planteando una alternativa socialista consecuente, dejando que las capas más atrasadas y vacilantes de la clase obrera hicieran su experiencia con el gobierno de UCD y con la oposición de medias tintas del PSOE que empezaba a girar a la derecha, en condiciones crecientes de crisis económica y malestar social.

La condición para que esto se hubiera dado, era que el PCE girara claramente a la izquierda, que se pusiera a la cabeza de las innumerables luchas que se dieron en los meses siguientes, y se opusiera a los pactos y consensos que demandaba la burguesía española para hacer pagar a las familias obreras la crisis del sistema.

Lamentablemente, la conclusión que sacaron los dirigentes del PCE de las elecciones de junio del 77 era que el partido aparecía todavía demasiado radical, y giraron aún más a la derecha. El PCE y CCOO fueron quienes lideraron e impusieron los Pactos de la Moncloa al conjunto de la clase (inicialmente, la UGT se opuso), que básicamente consistieron en trasladar a la clase trabajadora todo el peso de la crisis.

Es una ley que cuando existen dos partidos importantes en la izquierda, pero defienden programas muy similares, en este caso reformistas, las masas trabajadoras se orientan al que parece más grande y tiene más posibilidades de llegar al poder. Por eso, el debilitamiento del PCE provocó un trasvase mayor de votos y de apoyo al PSOE



en los años posteriores.

El PCE, que partió siendo la organización más poderosa al inicio de la Transición, terminó prácticamente destruido a comienzo de los años 80, fruto de las falsas políticas que emanaron de su dirección a lo largo de los años. Esta es la razón de que la burguesía española y los antiguos franquistas reconvertidos en demócratas, en la UCD, en Ciudadanos y en el PP, le hayan dedicado tantos elogios al PCE de la Transición y a Santiago Carrillo, al que justamente consideran el salvador de la crisis de régimen que vivió el capitalismo español a la muerte del dictador.

CONCLUSIONES Está claro que el régimen actual y su Constitución son incapaces de encarar las transformaciones básicas para satisfacer las necesidades sociales y democráticas de la mayoría de la población. Unidos Podemos debe señalar las tareas democráticas inconclusas que exigen una resolución: la depuración del aparato del Estado de personas vinculadas directamente con la dictadura, la completa separación de la Iglesia del Estado, la elección del Jefe del Estado por el pueblo – República – y de los jueces por la población, así como el “derecho a decidir” de las nacionalidades históricas.

La oligarquía económica de los bancos y grandes empresas, y las altas instituciones del Estado, han fracasado completamente en ofrecer un futuro a millones de trabajadores y jóvenes. Al contrario, sólo ofrecen desempleo, pobreza creciente, salarios bajos, empleo precario, emigración, el desmantelamiento de los servicios sociales, impunidad, corrupción y enriquecimiento de los poderosos, y el incremento de la represión policial y judicial contra los trabajadores y la juventud que luchan.

La corriente marxista Lucha de Clases apoya la apertura de un nuevo proceso constituyente para superar el Estado monárquico actual, sustentado en un aparato burocrático procedente, sin apenas cambios, del franquismo. Defendemos una República basada en las conquistas y derechos democráticos más avanzados, que incluya el

derecho de autodeterminación de las nacionalidades históricas, pues la única unión que nos interesa es la unión voluntaria de los pueblos que conforman el Estado español.

Sin embargo, consideramos imposible avanzar hacia este modelo de Estado sin transformar paralelamente las estructuras económicas del sistema capitalista, de donde se sustentan y nutren las fuerzas reaccionarias sociales y represivas que se oponen al avance, al progreso y al bienestar de la mayoría de la sociedad.

La soberanía popular no puede consistir en una serie de derechos políticos enumerados en un papel; sino que debe completarse con la propiedad colectiva, democráticamente gestionada, de las palancas fundamentales de la economía (la gran propiedad industrial, terrateniente, financiera y comercial) y de los recursos naturales de nuestros territorios, para planificarlos democráticamente a fin de ponerlos al servicio del bienestar general y dar plena satisfacción a las acuciantes necesidades sociales.

Por lo tanto, debemos vincular la lucha por la República con la expropiación de esas palancas fundamentales y arrancarlas de las 200 familias que las poseen.

En definitiva, vinculamos la lucha por una República democrática y avanzada de los pueblos ibéricos, federados en pie de igualdad, a la lucha por la transformación socialista de la sociedad. Nuestra alternativa se resume en la consigna de República Socialista Federal.

“La vida enseña” como le gustaba repetir a Lenin. La profundidad de la crisis orgánica del sistema capitalista a nivel internacional mostrará cada vez más palpablemente a la clase obrera que bajo el capitalismo no hay salida; y la necesidad de tomar en sus manos el control de la sociedad para gestionarla en interés de la inmensa mayoría que somos los trabajadores y nuestras familias.

La clase trabajadora española, una vez despejadas las nieblas de la inercia social en este nuevo período que ahora comienza, recuperará sus tradiciones revolucionarias y el movimiento obrero en nuestro país, y a escala internacional, hará realidad la tarea que la historia le ha confiado: **la sociedad socialista.**



Pactos de la Moncloa: Tierno Galván, Carrillo, Triginer, Raventós, González, Ajuriaguerra, Suárez, Fraga, Calvo Sotelo y Roca

Pensamiento Crítico en la transición socialista

Frank Josué Solar Cabrales

Este es el texto de una ponencia presentada en la Conferencia con motivo del 50 aniversario de la revista *Pensamiento Crítico* que tuvo lugar en La Habana el 21 de febrero de 2017. La revista se publicó de manera mensual en Cuba desde 1967 hasta 1971. Editada por Fernando Martínez Heredia (1939-2017), *Pensamiento Crítico* formó parte de una discusión abierta sobre el marxismo en la revolución cubana, en la que muchos rechazaron el encorsetado enfoque estalinista adoptado por los manuales soviéticos de "marxismo-leninismo". Frank Josué Solar Cabrales es un comunista cubano y profesor de la Universidad de Oriente en Santiago de Cuba. Publicamos aquí su ensayo porque pensamos que, a partir de una valoración del *Pensamiento Crítico*, plantea una serie de puntos muy agudos y relevantes sobre la situación actual en Cuba y el camino a seguir para la revolución cubana.

La distancia que nos separa hoy de la salida del primer número de *Pensamiento Crítico* es exactamente la misma que mediaba entre esa aventura intelectual y revolucionaria y la Revolución de Octubre: medio siglo. La coincidencia en este caso no se limita solo al azar temporal.

La Revolución Rusa y la Cubana desataron la energía creadora de las masas, que por primera vez se sintieron dueñas de todo y se apropiaron de todo; propiciaron un ambiente de debate libre y abierto entre revolucionarios, impulsaron una ola de luchas revolucionarias en todo el mundo, que apoyaron con todas sus fuerzas, y ambas confiaron su destino al éxito de esas contiendas. De igual modo el resultado desfavorable de la lucha de clases a nivel internacional produjo, aunque con diferencias enormes de grado y calidad en cada caso, retrocesos y recortes en sus proyectos revolucionarios.

En los años finales de la URSS las corrientes revolucionarias que pretendían la defensa y profundización del socialismo reclamaban una vuelta a Lenin y los bolcheviques para encontrar allí sustento a sus posiciones. Nosotros hoy, ante el descalabro del modelo burocrático de socialismo que se ensayó en la Unión Soviética y la Europa del Este, y ante los peligros reales de restauración capitalista que nos amenazan, podemos encontrar la alternativa en nuestra propia historia, en los aportes originales de nuestra suerte de "bolchevismo" cubano de la primera década de poder revolucionario, del cual formó parte, por derecho propio, *Pensamiento Crítico*, y del cual fueron principales exponentes el Che y Fidel. A esa fuente original acudió Fidel en otra coyuntura vital para la Revolución Cubana, cuando en los años 80 se inició el proceso de rectificación de errores y tendencias negativas.

Pensamiento Crítico fue una hija intelectual de su

tiempo y de la Revolución, nacida de la necesidad de formación teórica que era sentida entonces como una urgencia. En contraste con el empobrecimiento del pensamiento social que vino después, la revista exhibía una amplia diversidad y pluralidad en la publicación del pensamiento de izquierda mundial. Su único criterio de selección era la calidad y el rigor intelectual. En sus páginas encontraron espacio los principales exponentes del pensamiento revolucionario universal, incluso escuelas, tesis y teorías opuestas a las posiciones que mantenía el equipo de redacción de la revista. Era parte de la libertad de pensar que la Revolución inauguraba, de ese leer y no creer expresado como principio, de esa democratización del conocimiento y del acceso a la cultura que inauguró la Revolución Cubana. Ella reflejó los grandes temas que eran ejes transversales a todas las investigaciones sociales de la época: la Revolución, las luchas de liberación nacional y las resistencias populares, las estructuras económicas y de dominación, la teoría del socialismo.

Como se cerró en 1971, *Pensamiento Crítico* solo puede estar relacionada con lo más creativo y liberador de la Revolución Cubana, y no con los errores y grisuras que vinieron después, es decir, con la parte de la Revolución que no es la Revolución. Hoy, a cinco décadas, *Pensamiento Crítico* no se cansa de servir, y sus escasos e intensos cinco años de existencia siguen siendo una herramienta útil para el avance de las liberaciones y el socialismo en Cuba. Claro, para que su recuperación nos sea verdaderamente valiosa, deberá ser creadora, no una copia mecánica.

Hoy casi nadie habla de la transición socialista, a algunos le parece un concepto viejo y anticuado, pero es indispensable para nuestro proyecto que se rescate del olvido y sean retomados los debates sobre ella. Urge recuperarlo por su utilidad política, teórica y metodológica. El estable-



Portada del primer número de Pensamiento Crítico

cimiento del comunismo como principal meta a alcanzar no tiene solo la función del horizonte utópico que sirve para avanzar, sino que provee el referente ideal con el cual contrastar nuestras prácticas y realidades cotidianas durante la transición.

El socialismo, más que un estado, un modelo o un momento determinado, un modo de producción específico, es un período de transición, un movimiento, un proceso. Más que un lugar de llegada es un camino. Visto de esta manera, que es la de los clásicos, el socialismo es el período de construcción del comunismo, y su objetivo fundamental sería hacer avanzar el modo de vida comunista sobre el capitalista. Esa era la concepción que sustentaba la posición radical de los revolucionarios cubanos en los 60 cuando hablaban de la construcción paralela del socialismo y el comunismo.

Con los criterios de sostenibilidad de tecnócratas y capitalistas no hubiera sido posible la Revolución y sus conquistas. Para una estrecha visión economicista no será nunca sostenible la conquista de toda la justicia, la garantía de una vida digna para todas las personas. Eso será solo sueño de locos o fanáticos. El desarrollo social alcanzado por los cubanos en tantos órdenes de la vida en estos casi 60 años está al nivel del mundo capitalista desarrollado, muy por encima de sus condiciones materiales de reproducción. Él hubiera estado fuera de lo posible, de lo sostenible, de lo que podía ser alcanzado por esta pequeña isleta sin en ella no se hubiera producido una Revolución Socialista que derribara todos los límites de posibilidad y racionalidad que la realidad parecía imponerle.

El mercado y las categorías económicas del capitalismo no sirven para construir el socialismo. Deben entenderse como un mal necesario que deberá tolerarse por un período transicional, pero precisamente uno de los datos

del avance del socialismo en la transición socialista es su paulatina reducción. Si existe la imperiosa necesidad de generalizarlos y extenderlos, obligados por circunstancias adversas, debemos entenderlo y explicarlo como un retroceso, como lo hizo Lenin cuando aplicó la Nueva Política Económica (NEP), y nunca, en ningún sentido, como un paso de avance en dirección al comunismo. Es decir, el mercado y los mecanismos capitalistas de producción pueden ser utilizados coyunturalmente, para sobrevivir y recuperarnos, pero no para generar la riqueza y la base material indispensables al socialismo, porque ellos solo pueden conducir al capitalismo.

Todo esto parte de un equívoco bastante extendido, que se ve constantemente reforzado desde el sentido común: el socialismo es muy justo, una maravilla en cuanto a la garantía de derechos sociales y culturales, pero un desastre económico, es ineficiente y no crea riqueza, no incentiva la producción ni el desarrollo. Por tanto, la solución parece bastante clara: combinemos lo mejor de ambos sistemas, utilicemos los mecanismos y categorías del capitalismo, ya probados en su eficiencia, para producir la riqueza, y el modelo político y social del socialismo para distribuirla de la manera más justa posible, sobre todo para asistir a los más desamparados. El viejo sueño, siempre incumplido por su absoluta desconexión de la realidad, del reformismo socialdemócrata. El pragmatismo chino lo sintetizaba ejemplarmente en una frase: “No importa el color del gato, lo importante es que cace ratones”.

Lo de menos es el color del gato. Por supuesto que al socialismo le interesa que el gato cace ratones, mientras más mejor, pero tanto como eso también le importa cómo los caza. O sea, si entendemos que el socialismo no puede ser un mero sistema de distribución, más o menos justa, de la riqueza, sino la creación de una nueva cultura, de nuevas relaciones sociales, de seres humanos nuevos, junto con la creación de una base material indispensable para la satisfacción de las necesidades de las personas, entonces no nos sirve cualquier tipo de desarrollo económico, sobre todo si es uno basado en la explotación del trabajo ajeno, en la potenciación del egoísmo, de la desigualdad, de la pobreza. No se pueden naturalizar la miseria y las inequidades.

El crecimiento económico necesario al socialismo debe lograrse por medios socialistas, no con las herramientas melladas del capitalismo. Ni siquiera se trata de que la creación de la llamada base material del socialismo y la creación del hombre nuevo sean dos procesos paralelos, que deben darse al unísono, o sea, por un lado socialismo económico y por el otro moral comunista. Porque, como ha dicho el Che, en realidad son un mismo proceso.

Imposibilitados de usar los viejos látigos del capitalismo si de verdad queremos alcanzar objetivos trascendentes de emancipación, el único modo que tenemos de aumentar la productividad y la eficiencia, de generar crecimiento económico por medios socialistas, es a través de la conciencia, de la educación, de la formación de nuevos hombres y mujeres, y de nuevas relaciones sociales de producción entre ellos. En este sentido, el control real de los trabajadores sobre la política y la economía, no es un adorno o un lujo, sino una necesidad vital de la transición, su modo de existencia, y la principal forma que tiene para desarrollar las fuerzas productivas en un sentido socialista.

Comprender el período de transición como un proceso de tensión entre lo viejo que se niega a desaparecer y lo

nuevo que no termina de nacer no significa que debemos aceptar esas contradicciones como normales y tolerables. Debemos identificarlas y conocerlas bien pero para resolverlas en un modo favorable al socialismo. Es decir, nuestra función no puede ser la de velar por la buena salud del viejo orden capitalista, sino la de ser parteros, y trabajar con todas nuestras fuerzas para ayudar a la Era en el doloroso parto del corazón de un nuevo mundo de justicia.

El marxismo revolucionario, además de guía para la acción y la transformación de la sociedad, no puede ser solo una herramienta de análisis para comprender el funcionamiento del capitalismo, tiene que servir también para la disección rigurosa y honesta de la sociedad de transición socialista, dar cuenta de sus tendencias y contradicciones, evaluar sus avances y retrocesos, prefigurar su desarrollo. En caso contrario dejaría de ser un instrumento para la liberación y se convertiría únicamente en una teoría justificativa y legitimadora del poder de grupos.

La crítica de izquierda, al menos una digna de tal nombre, no es peligrosa para la Revolución, sino para la burocracia. Crítica de izquierda fue la que hizo el Che cuando advirtió sobre los peligros que se cernían sobre la construcción socialista y sobre las posibilidades de regreso al capitalismo en la URSS, la que hizo Fidel de forma constante a lo largo de toda la revolución, como cuando el 17 de noviembre de 2005 arremetió contra los corruptos y los nuevos ricos, la que sigue haciendo Raúl cuando alerta de la necesidad de una ideología anticapitalista y antimperialista, de no perder la sensibilidad ante los problemas que afectan al pueblo, y a las presentes y futuras generaciones de dirigentes de mantener siempre la perspectiva de que esta es una Revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes.

Hoy esa crítica de izquierda es más necesaria que nunca, para evitar una restauración capitalista en Cuba. La unidad de los revolucionarios es condición sine qua non para defender la Revolución de los ataques imperialistas y de la derecha, y profundizarla, pero su uso por parte de la burocracia pudiera servir para defender intereses espurios y grupales, que en última instancia pondrían en peligro la Revolución, y prepararían su derrota y entrega, sin la posibilidad de un rechazo fuerte. No se pueden olvidar las

lecciones de la Historia.

La acusación de una burocracia corrupta, usurpadora del poder, a revolucionarios de izquierda, de atentar contra la unidad, y por tal razón, de hacerle el juego al enemigo y perseguir sus mismos objetivos llevó al asesinato y al destierro a miles de comunistas en la antigua Unión Soviética, consumió la contrarrevolución burocrática que exterminó la generación de bolcheviques que hizo la revolución junto con Lenin y desembocó a la larga en la restauración capitalista. La misma burocracia que acusó a los revolucionarios de socavar la unidad del pueblo se reconvirtió en una nueva clase capitalista, sin que una numerosa militancia comunista, acostumbrada a obedecer sin crítica las orientaciones superiores para no afectar la unidad, pudiera hacer nada por impedirlo.

Como demuestran las experiencias socialistas del siglo XX, la unidad es imprescindible para defender la Revolución, pero por sí sola será insuficiente para profundizarla, que es el único modo de evitar su derrota. Ella deberá ir acompañada de un control popular sobre la burocracia, es decir, de un efectivo ejercicio de poder popular, y de un activo, propositivo y comprometido pensamiento crítico de izquierda.

¿Qué tipo de socialismo? Al decir de Francois Houtart, ni el que da risa, el socialdemócrata, ni el que da miedo, el estalinista. Por supuesto que buena parte de los regímenes que ocuparon el nombre del socialismo en el siglo XX no tenían nada que ver en realidad con él. Confundir el modelo estalinista, que con diferencias de grados y matices se extendió a otras latitudes, con el socialismo, es como confundir a la Inquisición con el cristianismo primitivo, revolucionario, colectivista y ligado a las entrañas populares. El socialismo al que aspiramos, aquí y en todo el mundo, es uno de libertad, igualdad y desarrollo pleno, que apunte a una sociedad de trabajadores libres asociados, donde el libre desenvolvimiento de cada uno sea la condición para el libre desenvolvimiento de todos, donde el poder y la propiedad pertenezcan a todos. Un mundo nuevo, sin César ni burgués. Un revolucionario no puede conformarse con menos.

[Este texto se publicó originalmente en La Tizza: www.medium.com/la-tizza]



Conferencia 50 aniversario de Pensamiento Crítico. (FOTO: Rosa Encinas)

La emancipación de la mujer en Rusia antes y después de la Revolución

Elisabetta Rossi

La revolución rusa de octubre de 1917 fue el acontecimiento más importante en la lucha por la emancipación de la mujer en historia rusa. Comprender este acontecimiento hace que sea más fácil entender la evolución del movimiento de liberación de las mujeres hasta el día de hoy. Además, la experiencia de la maravillosa lucha de las mujeres bolcheviques contiene muchas lecciones vitales para nosotros, es un ejemplo de la forma más efectiva para acabar con la opresión de la mujer.

La revolución rusa de octubre de 1917 fue el acontecimiento más importante en la lucha por la emancipación de la mujer en historia rusa. Comprender este acontecimiento hace que sea más fácil entender la evolución del movimiento de liberación de las mujeres hasta el día de hoy. Además, la experiencia de la maravillosa lucha de las mujeres bolcheviques contiene muchas lecciones vitales para nosotros, es un ejemplo de la forma más efectiva para acabar con la opresión de la mujer.

Como el resto del mundo, el desarrollo industrial de los siglos XVII y XVIII, que cambiaron radicalmente las relaciones dentro del núcleo familiar, también tuvo un efecto profundo sobre el desarrollo de la conciencia de las mujeres rusas con relación a su propia explotación. Con

la consolidación del modo capitalista de producción, el viejo modelo económico familiar se desintegró. Se basaba principalmente en la producción para el consumo familiar, las mujeres estaban condenadas a quedar físicamente exhaustas. En el contexto de la vieja familia basada en el modo de producción, aunque oprimidas firmemente por los hombres, las mujeres no eran conscientes de los límites que imponían sobre su desarrollo individual y menos aún sobre sus derechos sociales fundamentales. Primero como hija, después como esposa y madre, una mujer podía pasar su vida dentro de los límites del hogar y la única sociedad que realmente conocía era el núcleo familiar. Cuando el modo capitalista de producción se impone, y con ello la extensión del uso de la maquinaria, la opresión de género comienza a ser percibida como una limitación de la libertad de las mujeres. Por eso estas máquinas socavaron totalmente la producción independiente (o familiar) y permitió a las mujeres de la clase obrera ocupar un papel fuera del hogar. Las mujeres comenzaron entonces a adquirir la conciencia que las empujó a defender sus intereses, comenzaron a ver que estaban discriminadas, fueron conscientes de que tenían menos derechos que los hombres.

Históricamente, las reivindicaciones de la emancipa-



Revolución de Febrero, 1917

ción de las mujeres surgieron inicialmente dentro del movimiento feminista burgués que contaba con mayores recursos financieros y culturales. Sin embargo, sólo cuando estas reivindicaciones fueron adoptadas por las mujeres de la clase obrera, adquirieron la fuerza necesaria para conseguir victorias importantes. No obstante, las mujeres de las clases superiores tendían a ver la lucha por los derechos civiles como una manera de defender su propio estatus social. Esto no necesariamente también debía beneficiar a las mujeres trabajadoras.

El marxismo no considera la cuestión de la mujer como un problema de género, la ve también como la opresión de los empresarios que existe bajo el capitalismo, y un papel fundamental en ella es la opresión de las mujeres. Es una explotación capitalista que favorece el mantenimiento de la discriminación de sexo. Dentro de las diferentes clases sociales, la discriminación de las mujeres, así como los métodos y objetivos de las luchas de las mujeres, por necesidad asume una naturaleza distinta. En el momento decisivo, cada mujer apoyará la clase social a la que pertenece. Una mujer de la burguesía no vacilará en apoyar leyes antisindicales, incluso aunque vayan dirigidas contra los intereses de sus “hermanas” de la clase obrera, si contribuyen a aumentar su riqueza. Esta situación no significa que los movimientos feministas burgueses, si sienten necesidad de hacerlo, nunca busquen el apoyo de las mujeres de la clase obrera, lo que demuestra que el poder real en la lucha por la emancipación de la mujer, tanto organizativa como numéricamente, está en las mujeres de la clase obrera.

LA MUJER DURANTE EL REINADO DE LOS ZARES Como señalaba Engels, el círculo Tchaikovsky (1) fue “el primer grupo en Rusia donde las mujeres jugaron un papel activo e independiente”. Este grupo se fundó a principios de 1870 y fue organizado por estudiantes de ambos sexos, unidos por principios éticos y morales, pero sin una ideología común. El objetivo de este grupo era extender la propaganda socialista entre la población, para concienciarla tanto de la explotación económica que sufría como de la posibilidad de superar esta situación con una revolución basada en los campesinos. Los grupos socialistas que trabajaban dentro de las organizaciones políticas que se formaron en esa época, tendían a concentrar su atención en el problema del analfabetismo y la necesidad de elevar el nivel cultural de las capas más explotadas de la sociedad. Con ese objetivo desarrollaron la organización de conferencias sobre el capitalismo y la explotación de clase, además de distribuir escritos políticos y económicos con carácter diverso a un precio muy bajo.

La mayor contribución del grupo Tchaikovsky a la lucha por la emancipación de la mujer fue cómo implicaban a las mujeres en las discusiones y en la actividad política al mismo nivel que los hombres. Las mujeres de estos círculos, sin embargo, procedían de grupos que prohibían la participación masculina. El separatismo y la sospecha hacia la mezcla de grupos no debería sorprendernos si recordamos que se producía dentro del contexto de una Rusia zarista atrasada, donde el temor a la dominación masculina se experimentaba en diferentes maneras dentro de la familia y de la sociedad, las activistas socialistas consideraban la presencia masculina como una amenaza a su autonomía. Esta actitud sólo era una fase necesaria, en ese contexto particular, de un proceso de emancipación perso-



nal. El separatismo estaba determinado por la necesidad de las mujeres de desarrollar libremente su propia conciencia de su situación de explotación, superar su propia falta de confianza y prepararse para actuar políticamente junto con los hombres, pero sin sentido de subyugación hacia ellos. Después de haber alcanzado cierto grado de conciencia económica, le necesidad de ir más allá de la lucha “personal” y abrazar una lucha más amplia de un carácter social evidente. Mucho del desarrollo político de las mujeres siguió el mismo patrón general, la conquista de la independencia individual las empujaría a abandonar el feminismo, en su forma más limitada (burguesa), este proceso llevó a la radicalización del grupo Tchaikovsky y otras iniciativas similares, donde ambos sexos se unían para hacer propaganda y agitación socialista.

La mayoría de los grupos estudiantiles (2) estaban influenciados por la ideología bakuninista (anarquista), entre ellos estaba el grupo Rosalie Jakesburg (1872). Estaba muy próximo al Partido Tierra y Libertad, reflejaban -no es sorprendente- la orientación hacia la “mayoría campesina” de la época, incluso entre la vanguardia obrera y estudiantil. En los grupos de estudiantes, se educaba políticamente a las mujeres para que hicieran su actividad de propaganda entre los trabajadores, que condenaban a las mujeres la doble opresión del trabajo en la fábrica y en casa, junto con la implicación directa en la gestión democrática de los procesos de producción y la organización de la sociedad, se podría garantizar la emancipación efectiva de las mujeres. Sólo de esta manera las mujeres serían capaces de decidir y crear servicios y estructuras que las emancipara de los deberes privados del cuidado familiar.

Estos eran los objetivos que animaron a muchas mujeres a participar directamente en el trabajo de propaganda en toda una serie de huelgas en Moscú en 1875. Sin embargo, la mayoría de los organizadores de estas huelgas fueron arrestados y pasaron mucho tiempo en prisión hasta que se realizaron los juicios. Éstos fueron conocidos como el “juicio de las cincuenta” o el “juicio de las mujeres moscovitas”. Tuvieron una enorme influencia en la elevación de la conciencia política, no sólo de las entonces organizaciones de mujeres, sino también en las futuras generaciones de mujeres trabajadoras. Así es como Kravinsky, el



periodista revolucionario del siglo XIX, describe el juicio:

“Antes de este juicio, los socialistas sólo eran conocidos por la juventud. Ahora un público asombrado mira las caras radicales de estas jóvenes mujeres que con sus sonrisas dulces como las de un niño, se dirigían hacia un camino sin retorno, sin esperanza, hacia la prisión central, hacia largos años de trabajo forzoso. La gente se decía: ‘Regresamos a la época de los primeros cristianos, empieza a existir una nueva fuerza’”. (3)

Muchas de las mujeres que fueron a la huelga o simpatizaban con las detenidas “moscovitas” se unieron al grupo terrorista Narodnaya Volya. Este grupo luchaba con un enorme espíritu de abnegación, aunque con métodos muy cuestionables (más tarde criticados por el propio Lenin), en defensa de la causa de la mujer contra la opresión zarista. Entre sus mejores militantes estaban Vera Figner, miembro del comité ejecutivo y activista socialista desde 1850, junto con su hermana Lydia, que fueron llevadas a juicio en Moscú.

Desde entonces, el movimiento de las mujeres se desarrolló junto a un movimiento obrero más amplio en muchas huelgas espontáneas, especialmente en las industrias textiles, que tuvieron lugar entre 1870 y 1880, donde se empleó a las mujeres a una escala masiva. El resultado de este movimiento fue una ley que prohibía a los niños y a las mujeres trabajar por la noche. Más tarde llegaron las huelgas económicas de 1894-6 de San Petersburgo y la gran huelga del textil de 1896.

LA REVOLUCIÓN RUSA DE 1905 Y EL MOVIMIENTO FEMINISTA BURGÜÉS

Con la revolución de 1905 cambió radicalmente el cuadro general, muchas mujeres participaron en los acontecimientos como el encabezado por el padre Gapón. Las luchas para la extensión del sufragio, así que las mujeres tendrían el derecho a votar en las elecciones a la Duma, contaron con una participación masiva de las mujeres. Las dificultades iniciales para vincular las luchas contra la opresión específica de género con la lucha de clases más generalizada, a menudo hizo de estas mujeres una presa fácil para el movimiento feminista burgüés. Este último jugaba un papel reaccionario porque quería canalizar to-

das las luchas de las mujeres a través de organizaciones separadas de mujeres, concentrándose sólo en los problemas “universales” de género. La Liga por la Igualdad de las Mujeres y el Partido de las Mujeres Progresistas promovían la armonía entre las empresarias femeninas y las trabajadoras ya que ¡todas eran mujeres! Sin embargo, no tardaron mucho las trabajadoras en alejarse de este tipo de organizaciones y comenzar a integrarse más en el movimiento obrero más amplio, y concentrarse en las reivindicaciones sindicales como trabajadoras. Desgraciadamente, la guerra contra Japón creó un empobrecimiento general en las zonas rurales, pero también tuvo el efecto de provocar un mayor grado de radicalización entre las campesinas, porque ellas solas tenían que soportar la carga principal de la guerra. Estas mujeres campesinas se convirtieron en dirigentes importantes en las luchas de las mujeres durante los años 1904-1905.

Desafortunadamente, desde un punto de vista político, en 1905-1906, las ideas del movimiento feminista burgüés se habían extendido entre los mencheviques, los social revolucionarios e incluso entre algunos activistas bolcheviques. En 1905, en la primera gran conferencia de mujeres celebrada en San Petersburgo, hubo pocas voces en la oposición defendiendo la unidad de la clase obrera frente a la opresión de las mujeres trabajadoras. Para combatir esta influencia burguesa, un grupo de mujeres socialdemócratas (bolcheviques y mencheviques) decidieron dedicar una parte de su actividad de propaganda socialista específicamente a extender las ideas del socialismo entre las mujeres. Estas activistas organizaron una campaña contra el feminismo burgüés, oponiendo la interpretación marxista de la cuestión de la mujer. También realizaron un trabajo específico en el partido y los sindicatos destinado a los problemas de las mujeres trabajadoras.

Las diferencias reales en los derechos civiles y políticos entre mujeres y hombres pertenecientes a la misma clase social, se habían ignorado demasiado tiempo dentro del movimiento tradicional de la clase obrera, y era uno de los factores que llevaba a las mujeres a simpatizar con los grupos feministas burgueses que concentraban su atención en la opresión de género. Sin embargo, el trabajo de bolcheviques como A. Kollontai hizo posible que el movimiento de las mujeres asumiera proporciones de masas ya en 1907, sus dirigentes ya organizaban mítines públicos que se oponían públicamente a las feministas burguesas. La propaganda paciente y consecuente de las mujeres socialistas en los centros de trabajo, y en las reuniones organizadas por las feministas, finalmente dio frutos.

El primer círculo de mujeres trabajadoras, la Asociación para la Ayuda Mutua de las Mujeres Trabajadoras, se creó en 1907. Podían entrar hombres y mujeres pero los puestos de dirección estaban reservados a las mujeres, la estructura interna del círculo estaba diseñada de tal manera que facilitaba la implicación de las activistas y las permitía participar directamente en las luchas específicas relacionadas con la opresión de la mujer. El objetivo de la asociación era extender las ideas del socialismo entre el proletariado, atraer a las trabajadoras aisladas en los sindicatos y el partido socialdemócrata. No tenían la ambición de convertirse en una entidad política autónoma, separada de las organizaciones tradicionales de la clase obrera, todo lo contrario, proponía que las mujeres deberían entrar en ellas. De esta manera, abrían las puertas a la participación de la mujer en la política. El grupo no centraba su atención

sólo en cuestiones relacionadas con la opresión de género, sino que vinculaba estas cuestiones a las condiciones políticas, sociales y económicas que la determinaban. El objetivo no era realizar sólo una agitación feminista limitada, sino también agitación socialista entre las mujeres.

En particular, la asociación tenía fuertes vínculos con el sindicato de trabajadores textiles y estaba representada en diferentes sectores del partido. Participó en la Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas que se celebró en 1907 en Stuttgart. En esa conferencia se discutió qué reivindicaciones plantearían, pero también los métodos que utilizarían para conseguirlas. Clara Zetkin también participó en la conferencia y consiguió que se aprobara una resolución que apelaba a los partidos socialistas de todos los países a “luchar enérgicamente por el sufragio universal (...) tanto en las asambleas legislativas como municipales” (4) Mientras presentaba esta resolución, Zetkin insistió en que el derecho al voto no era un fin en sí mismo, sino simplemente un medio para un fin. Serviría para fortalecer la lucha contra la dominación de clase y la propiedad privada de los medios de producción, la verdadera fuente de la opresión de género, conseguiría que las mujeres trabajadoras estuvieran representadas en las asambleas legislativas y municipales.

La resolución provocó discusiones tanto dentro como fuera de la conferencia, porque algunos activistas (tanto hombres como mujeres) de los distintos partidos socialistas tenían reservas sobre esta cuestión. Uno de ellos fue Wally Zapler, por citar un ejemplo, que pidió que la extensión del derecho al voto se limitara sólo a las elecciones municipales. Victor Adler, el dirigente socialista austriaco, quería que la decisión de defender el “sufragio femenino universal” quedara en manos de cada partido.

Después de 1907, las relaciones con las organizaciones feministas burguesas se volvieron particularmente tensas. Sin embargo, cuando éstas decidieron celebrar un congreso de todas las mujeres de Rusia en 1908, las activistas socialdemócratas, con el apoyo importante de Alexandra Kollontai, aprovecharon este acontecimiento para llevar la propaganda socialista a capas más amplias de la sociedad. Organizaron reuniones y discusiones individuales en condiciones de semiclandestinidad para elegir delegados de los grupos del partido y el sindicato. A pesar de sus esfuerzos, las delegadas de la clase obrera que participaron en la conferencia sólo fueron 45, frente a las 700 feministas burguesas. Las participantes socialdemócratas no se desanimaron y aprovecharon cada oportunidad para dejar clara ante todas, su identidad política independiente. Formaron un grupo separado dentro de la conferencia y presentaron resoluciones revolucionarias sobre cada uno de los temas del orden del día, desde la seguridad en el trabajo, a las relaciones de las mujeres con los partidos políticos o el derecho al voto de las mujeres. La mayoría de las delegadas rechazó todas las resoluciones que presentó el ala revolucionaria. Las feministas burguesas rechazaron totalmente la necesidad de luchar contra la propiedad privada de los medios de producción. Cualquier intento de unir a los trabajadores en una única organización “interclasista” con las feministas burguesas demostró ser imposible. La intervención de las mujeres socialistas en esta conferencia sirvió para trazar una línea divisoria clara entre las feministas burguesas y el movimiento socialista revolucionario, sirvió para elevar la conciencia de clase de las trabajadoras.

EL SUFRAGIO UNIVERSAL La segunda Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas se celebró en 1910 en Copenhague y se centró en la cuestión del sufragio femenino. En esta cuestión, Clara Zetkin era la más experimentada ya que durante años luchó contra las tendencias burguesas que querían limitar este derecho sólo a aquellas mujeres que tenían propiedad.

La lucha por el “derecho al voto” dividió a las mujeres en líneas de clase. Había varias asociaciones feministas que veían la necesidad de unir a todas las mujeres en la lucha por los derechos de la mujer, además de las divisiones de clase. De una manera hipócrita, consideraban la lucha como un simple medio de obtener el voto para las mujeres propietarias. Clara Zetkin explicó que conceder el voto sólo a las que tenían propiedad fortalecería a los partidos burgueses frente a las reivindicaciones de más derechos y garantías para todos los trabajadores (ya fueran hombres o mujeres). De esta manera, socavarían la lucha por la emancipación de la clase obrera, conceder el derecho al voto a las mujeres burguesas de ninguna manera significaba que la lucha por el derecho al voto a todas las mujeres fuera más sencilla en el futuro. El proletariado y la burguesía eran clases antagónicas, tanto hombres como mujeres de la clase burguesa, consiguen el beneficio de la explotación de las mujeres trabajadoras, así que nunca apoyaran de buena gana su emancipación.

Estas son las palabras que en 1907 pronunció Clara Zetkin en el congreso de la Internacional Socialista en Stuttgart:

“El derecho al voto ayuda a las mujeres burguesas a derribar esas barreras en forma de privilegios para el sexo masculino que son un obstáculo para su propio desarrollo y actividad. Para las mujeres trabajadoras, este derecho se convierte en un arma en la batalla que debe realizar para que la humanidad supere la explotación y el dominio de clase. Les permite una mayor participación en la lucha por la conquista del poder político y construir el orden socialista, el único que permite una solución radical a la cuestión de la mujer (...). Las trabajadoras no pueden por tanto contar con el apoyo de las mujeres de la burguesía en la lucha por los derechos civiles. Las contradicciones



Clara Zetkin y Rosa Luxemburgo, 1910

de clase excluyen la posibilidad de que las trabajadoras se conviertan en aliadas del movimiento feminista burgués. Esto no significa que rechacen a las feministas burguesas si estas últimas, en la lucha por el sufragio universal femenino, están con ellas en la lucha contra el enemigo común en diferentes frentes. Sin embargo, las trabajadoras deben ser plenamente conscientes de que el derecho al voto no se puede ganar a través de la lucha del sexo femenino sin la discriminación de clase contra el sexo masculino, pero sólo a través de la lucha de clases de todos los explotados, sin discriminación de sexo, contra todos los explotadores, siempre sin ninguna discriminación de sexo". (5)

Los conflictos dentro del movimiento sufragista subrayaron las diferencias de clase. Estaban aquellas que consideraban el conflicto de género como el tema principal, pero luego estaban las que subordinaban esta lucha a la emancipación de la clase obrera en su conjunto. Aunque esta situación no resolvía la cuestión por sí misma, sí que era una condición previa necesaria para la emancipación de la mujer.

LAS ORGANIZACIONES DE LAS MUJERES TRABAJADORAS EN EL PERÍODO QUE LLEVÓ A 1917

El movimiento de mujeres socialistas estaba en la difícil situación de tener que responder a las tendencias burguesas mientras que, al mismo tiempo, debía hacer frente a la falta de confianza por parte de los miembros masculinos de los propios partidos socialdemócratas. Los activistas masculinos que no sufrían directamente la discriminación de género tendían a confundir las reivindicaciones de sus compañeras femeninas con un cierto radicalismo pequeño burugés. En este período, la oposición a nivel internacional de los partidos socialdemócratas demostró ser un obstáculo par la creación de un secretariado especial de agitación entre las trabajadoras, algo que había pedido Kollontai. No se entendía la importancia de tener estructuras adecuadas, con un cierto grado de autonomía organizativa, pero vinculadas estrechamente al partido política y estratégicamente, podían atraer a las mujeres al proceso revolucionario. Existía un temor a que si se hacían concesiones eso llevara a una política separada.

A pesar de estas dificultades, el 19 de marzo de 1911, se proclamó el primer día internacional de la mujer. Gracias al trabajo de la dirigente socialdemócrata alemana, Clara Zetkin, se organizaron en Alemania mítines y manifestaciones en los que participaron decenas de miles de mujeres. Gracias a un trabajo similar por parte de Samoilova y Kollontai, el 8 de marzo de 1913, el Día Internacional de la Mujer, consiguió un éxito similar en Rusia.

Cada vez aparecían más artículos en la prensa del partido sobre la necesidad de hacer un trabajo entre las mujeres y sobre los problemas específicos de la mujer. Después, bajo la presión de Lenin, apareció un periódico especial dedicado a las mujeres trabajadoras: La obrera (Rabotnitsa). (7) Los miembros del primer comité de redacción fueron detenidos por la política zarista, pero aún así, el primer número apareció en 1914. Ese mismo año, el Comité Central bolchevique decidió crear un comité especial para organizar los actos del Día Internacional de la Mujer. Se celebraron reuniones en las fábricas y lugares públicos para discutir temas relacionados con la opresión de las mujeres, eligieron representantes entre los participantes en las discusiones y propuestas, para crear un nuevo comité.

Pero también fue el año en que los partidos de la Se-



Ejemplar de La Obrera de 1923

gunda Internacional traicionó las aspiraciones de millones de trabajadores al votar a favor de la guerra mundial imperialista, apoyaron a sus respectivas burguesías nacionales en el parlamento. En este contexto, los bolcheviques jugaron un papel importante en la defensa de la posición revolucionaria sobre la cuestión de la mujer y fueron capaces de reconstruir una nueva internacional marxista sobre una base sólida.

Mientras tanto, la guerra imperialista significó que muchos trabajadores fueron enviados al frente, y que las mujeres y los niños ocuparon sus lugares en las fábricas. En Petrogrado, entre 1914 y 1917, los trabajadores constituían un tercio de la fuerza laboral total. Una nueva masa de trabajadores comenzó a participar en la producción capitalista a gran escala, en las fábricas, la conciencia de los trabajadores crecía. Empezaban a ser conscientes del papel que su clase podía jugar en la construcción de una nueva sociedad, según participaban en la organización industrial del trabajo y en las estructuras sindicales iban ganando confianza.

LA REVOLUCIÓN DE 1917 Durante 1917, aumentó el consenso general de oposición a la guerra imperialista, fortaleciendo a los bolcheviques que desde 1914 habían denunciado valientemente la guerra. El 23 de febrero, el gobierno intentó detener las manifestaciones convocadas para conmemorar el Día de la Mujer y provocó enfrentamientos con los trabajadores, especialmente en Putilov, la fábrica de San Petersburgo, que acabó con una movilización de masas de los trabajadores. Las mujeres salieron a las calles y se dirigieron a los soldados, que después se negaron a disparar contra los manifestantes volviendo sus bayonetas contra la monarquía zarista. De este modo, a los pocos días de las manifestaciones colapsó el corrompido régimen zarista y comenzó la revolución.

En un número cada vez mayor, los trabajadores jóve-

nes, tanto hombres como mujeres, se unieron a sus sindicatos y también al Partido Bolchevique. Desde ese momento, no se detendrían hasta que aplastaron la fuente de todo su sufrimiento, no sólo en el centro de trabajo, sino también la guerra imperialista. Los trabajadores de las lavanderías, considerados uno de los sectores más atrasados de los trabajadores, fueron a la huelga y exigieron la nacionalización de las lavanderías bajo el control de los ayuntamientos. No obstante, aunque los bolcheviques naturalmente apoyaron esta reivindicación, los mencheviques y los social revolucionarios [SRs], que eran la mayoría en esa época, consideraban que esta reivindicación era prematura y se opusieron a ella.

El trabajo de propaganda del periódico Rabotnitsa se convirtió en un punto central del trabajo de los bolcheviques. En su comité de redacción había partidarios de la liberación de la mujer como Krupskaya, Innessa Armand, Stahl, Kollontai, Eliazarova, Kudelli, Damailova y Nikolayeva, además de otras trabajadoras de San Petersburgo. Estas mujeres estaban absolutamente dedicadas a la causa revolucionaria, organizaron mítines, y en general centraron el trabajo desarrollando la revolución. Cada fábrica tenía sus propios representantes en el comité de redacción de Rabotnitsa y se reunía semanalmente, donde participaban todas y revisaban los artículos que recibían de las distintas zonas. El periódico también era utilizado como un instrumento para elevar el nivel de comprensión tanto en las estructuras sindicales como políticas, que todavía iban rezagadas con relación a la conciencia de las masas, para un mejor entendimiento del papel de las trabajadoras. En marzo de 1917 los bolcheviques crearon un buró para promover el trabajo revolucionaria entre los trabajadores, pero durante algún tiempo este plan se quedó sólo en el papel, con poca acción. Sin embargo, gracias a la obstinación y perseverancia de las compañeras, consiguieron finalmente implicar al partido en la convocatoria de un congreso de todas las trabajadoras, para discutir la mejor manera de participar y organizar a las mujeres en las luchas revolucionarias que tenían lugar. En este período, Lenin escribió muchos artículos sobre la necesidad de encontrar nuevas estrategias y modelos organizativos específicos para atraer a las trabajadoras al socialismo.

El congreso, organizado a través de los soviets, se celebró entre 1917 y 1918, pero se retrasó inicialmente durante los días de la conquista del poder por el Partido Bolchevique. Muchas mujeres participaron activamente en este proceso y consiguieron cambios importantes en la posición de las mujeres. La victoria sobre el régimen zarista permitió a la recién nacida Rusia soviética implantar varios derechos civiles que el régimen capitalista nunca podría haber concedido en ese período. La implicación de las trabajadoras en la administración y control directo de la producción de mercancías y servicios, a través de los soviets, abría una nueva época de verdadera emancipación de la mujer.

Las “Mujeres de Oriente” saludaron a las trabajadoras y campesinas de la Rusia soviética con discursos en la primera Conferencia Pan-rusa de Mujeres y Militantes Comunistas celebrada en 1921:

“Nosotras, nacidas como esclavas y utilizadas hasta morir como esclavas. Así es como miles, millones de mujeres, pasan su vida, parece que sería su destino eterno, que nunca se romperían sus cadenas. Pero entonces, en octubre de 1917, apreció una estrella roja que nunca antes

se había visto y, de este modo, las trabajadoras y campesinas se unieron a la revolución que cambió sus vidas. Las noticias de estos acontecimientos llegaron a nosotros tarde y de una manera confusa y parcial, pero las noticias que nos llegan a Oriente, han derribado los muros, los barrotes de hierro y nuestro parandjâ [Velos largos que cubren a la mujer desde la cabeza a los pies].

“Durante mucho tiempo no lo creímos. Los mulás nos amenazaron y aterrorizaron con la condena celestial, mientras que nuestros maridos, padres y hermanos hicieron todo para impedir que tuviéramos contacto con el mundo exterior. Las compañeras trabajadoras que llegaron a nosotros desde la Rusia soviética ganaron nuestra confianza y muchas de nosotras comenzamos a responder a sus llamamientos, a seguir su ejemplo, a enseñar a otras mujeres cómo liberarse de la subyugación, a ya no estar avergonzadas ni temerosas... Creemos en vuestra energía y conocimiento de que en el futuro siempre vendréis en nuestra ayuda, así que nosotras, las mujeres de Oriente, ya no volveremos a la antigua esclavitud, a los barrotes de hierro cerrados, sofocadas bajo los velos de la sumisión y la soledad”. (8)

En este momento tan importante para el joven proletariado ruso, que necesitaba demostrar su capacidad de defender el nuevo modelo social de la agresión externa de los otros países capitalistas, la formación política era particularmente importante. Por eso el Congreso de Trabajadoras Industriales de Petrogrado decidió crear una comisión especial, con una participación mayoritaria de mujeres, para formar a las mujeres sobre cómo ejercer sus nuevos derechos. También, el nuevo gobierno bolchevique implantó la legislación más avanzada, garantizando en los centros de trabajo el derecho de las mujeres a participar directamente en la actividad social y política, eliminando todos los obstáculos formales y concretos que en el pasado habían significado la subordinación de su actividad social y política, y su servilismo ante el hombre. En diciembre de 1917 se propuso nueva legislación sobre maternidad y salud, se creó un fondo sanitario público que no deducía nada de los salarios de los trabajadores y que beneficiaba tanto a trabajadores como a trabajadoras, además de a las esposas de los trabajadores.

Después del triunfo de la revolución, Kollontai entró en el nuevo gobierno soviético como comisaria para los servicios sociales. Este puesto le permitió participar en la aprobación de nuevas leyes que reconocían a las mujeres como ciudadanas, con los mismos derechos que los hombres. Seis semanas después de la revolución, se introdujo el matrimonio civil y un año después el nuevo código civil reconocía en el matrimonio el mismo estatus entre el marido y la mujer. La distinción entre hijos legítimos e ilegítimos desapareció, el divorcio era mucho más fácil, se basaba en el concepto del acuerdo mutuo entre los cónyuges y permitía el divorcio inmediato, y el mantenimiento estaría garantizado en casos de desempleo o dificultades económicas.

En enero de 1916, el departamento para la “protección de la maternidad y la juventud” se estableció oficialmente. Garantizaba la ayuda a las trabajadoras embarazadas y a las madres que acababan de dar a luz, garantizando que esta ley se respetaba. Esta ley era particularmente firme antes y después del nacimiento. Se estableció que no deberían hacer trabajo duro, se prohibió el traslado o el despido de las mujeres embarazadas. También se prohibió el traba-



Delegadas al Congreso de Mujeres Comunistas de los Pueblos del Este

jo nocturno para las embarazadas y las madres que acababan de dar a luz, se crearon clínicas maternas especiales.

Las comisiones creadas durante el congreso de 1917 se clausuraron después de manifestarse a favor de una implantación rápida de todas estas reformas. Las comisiones estaban formadas por delegados de los Soviets de Trabajadores, Soldados y Campesinos, los sindicatos junto con especialistas sociales y en cuidado infantil. La atención que se dio a los problemas de las mujeres, especialmente por parte de los miembros del Partido Bolchevique, demuestra la importancia que daban a esta cuestión, que ya no estaba relegada a unas cuantas compañeras aisladas. La principal tarea de la comisión era promover la aceptación de las reformas por la gran parte de la población, tuvo que superar los viejos prejuicios que quedaban del período pasado de opresión capitalista.

En 1918 vimos el inicio de los ataques al nuevo estado soviético de las principales potencias imperialistas y el estallido de la guerra civil. Esto puso en primera línea las tareas concretas de preparar a las trabajadoras, junto a los hombres, para resistir la invasión imperialista. Los organizadores del congreso de San Petersburgo decidieron convocar una conferencia de todas las trabajadoras y campesinas, ya sean militantes de un partido político o no, de la nueva república soviética. Sverdlov, en nombre del Comité Central de los bolcheviques, apoyó esta iniciativa y participó activamente en la organización de las reuniones para elegir a las delegadas que asistirían a esta conferencia. Hubo una enérgica respuesta de las campesinas y las trabajadoras en las fábricas, y de todo el Partido Bolchevique. Finalmente, más de mil delegados consiguieron asistir a la conferencia, toda una conquista si se tiene en cuenta las condiciones de viaje difíciles que muchos delegados tuvieron que superar para llegar a San Petersburgo desde las diferentes regiones de la Unión Soviética.

La conferencia sirvió como un instrumento útil para el establecimiento de una mayor coordinación y unidad de acción entre las zonas desarrolladas y principalmente urbanas de la revolución, y de las zonas más distantes y lejanas. Muchas mujeres se sentían atraídas por el socialismo y se unieron al Partido Bolchevique, se crearon las milicias femeninas de las “Hermandades Rojas”, para oponerse activamente a los ejércitos blancos. Aunque las comisiones especiales hicieron un tremendo esfuerzo que finalmente consideró que sus estructuras organizativas eran inadecuadas para las tareas a las que se enfrentaban y en el otoño de 1919 se reorganizaron y se convirtieron en el sector formal del comité central y se les dio el nombre de

Genotdel, que publicó un periódico mensual, el *Kommunistka*. Se desarrolló una red de grupos en estrecho contacto con los comités locales del partido. (9) El Genotdel estaba dirigido por los bolcheviques pero no era una estructura de partido que estuviera dirigida por las mujeres, tanto militantes o no, con el objetivo de atraer a las mujeres no politizadas a las ideas del socialismo y el partido.

Alejandra Kollontai y Lenin tenían muy claros los objetivos de este organismo. Su papel era atraer a las mujeres al partido e implicarlas directamente en el trabajo de los soviets y el Estado. Su objetivo también era promover la conciencia dentro de los soviets y llevar adelante un verdadero trabajo de las reivindicaciones específicas de las trabajadoras. Para conseguir estos objetivos, eran necesarias organizaciones especiales y medidas de propaganda, porque era más difícil implicar a las mujeres y politizarlas debido a su aislamiento dentro de la familia. Además, algunas veces la presión violenta de los maridos y la oposición de los padres, ambos porque no toleraban su emancipación efectiva. Por tanto, el Genotdel nunca fue visto como una organización separada, inició la participación de las mujeres en la política, empujándolas al trabajo dentro de los sindicatos, el partido y los soviets.

EL PARTIDO BOLCHEVIQUE ORGANIZA A LAS MUJERES DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN

Los bolcheviques organizaron conferencias y congresos por toda Rusia a través del Genotdel, estos acontecimientos atraían a las mujeres campesinas y las ayudaba a participar en las luchas de las mujeres trabajadoras en general. En 1920, en el segundo congreso de la Tercera Internacional, se aprobaron las directrices para crear organizaciones, nacional e internacionalmente, de mujeres bolcheviques.

“Las militantes del Partido Comunista de cualquier país no deberían estar organizadas en asociaciones separadas, deberían miembros de pleno derecho, con las mismas obligaciones y derechos, de los órganos regionales del partido y deberían participar en todos los órganos y niveles del partido. Sin embargo, el Partido Comunista debe tomar medidas específicas y crear órganos especiales cuya tarea será llevar a cabo la agitación entre las mujeres, la organización y la formación de las mismas”. (10)

Se crearon una serie de comités para la “agitación entre las mujeres” en cada organizaciones regional y local, su tarea era promover actividades y la militancia de las mujeres en el Partido Bolchevique, sindicatos y otras organizaciones proletarias de lucha. Estos comités tendrían que papel de proporcionar formación política y teórica a los militantes del partido. También fueron importantes en la movilización y organización de las conferencias, cada comité tenía el mandato de trabajar en estrecho contacto con la dirección del partido, todas las resoluciones y decisiones debían estar aprobadas por la dirección nacional del partido. Para avanzar en esta cooperación con la dirección nacional se creó un secretariado para la mujer que mantenía contactos regulares con los comités a todos los niveles. En cuanto a la organización internacional citaremos lo siguiente:

“Dentro de la ejecutiva de la Internacional se formó un secretario para la mujer, estaba compuesto por entre tres y cinco compañeras, nombradas por el congreso de la mujer de la Internacional Comunista y ratificado por el Congreso de la Internacional Comunista o, lo representaba, por la Ejecutiva. El secretariado de la mujer trabaja de acuerdo

con la ejecutiva de la Internacional, a la que está vinculada por resoluciones y medidas adoptadas por este organismo. Un representante de este secretariado participa en todas las reuniones y deliberaciones de la Ejecutiva, con voto consultivo en las cuestiones generales, con voto decisorio en las cuestiones que conciernen particular al movimiento de las mujeres.

“Sus tareas son las siguientes:

“1. Lazos activos con los comités nacionales de la mujer de los partidos comunistas individuales y mantener relaciones entre los comités individuales.

“2. Agitación y material de documentación conjunto de las actividades de los comités nacionales para su consulta”. (11)

La necesidad de socializar el trabajo en el hogar y organizar servicios como comedores y lavanderías para el beneficio de toda la población trabajadora era crucial. Un nuevo avance llegó en 1920 con la legalización del aborto, con un apoyo social limitado las mujeres trabajadoras tenían difícil continuar sustentando a la familia debido a la pobreza entonces endémica del país. Rusia se había convertido en el primer país del mundo en introducir el derecho legal al aborto, esta medida por sí sola permitió terminar con el sufrimiento horrible e incluso la muerte en abortos clandestinos, tanto de la madre como del niño.

LOS PROBLEMAS SIN RESOLVER EN LA RUSIA POSTREVOLUCIONARIA Los primeros años de la revolución fueron muy difíciles y los bolcheviques tenían que luchar en muchos frentes, en condiciones duras, para consolidar la revolución. La Primera Guerra Mundial provocó enormes dificultades para conseguir suministros. Después comenzó la guerra civil, junto con la agresión de los imperialistas contra el recién creado Estado soviético, todo en medio del atraso general de la Rusia zarista. El triunfo de la revolución en uno o más países europeos desarrollados habrían permitido reducir el sufrimiento que soportaba el pueblo ruso, desgraciadamente, en este artículo no tenemos espacio para analizar por qué la revolución no triunfó fuera de

las fronteras rusas, sin embargo, la oleada revolucionaria de internacionalismo fue derrotada y durante el invierno de 1921, Rusia estaba devastada por la escasez de comida y la población estaba hambrienta.

Los bolcheviques, bajo la dirección de Lenin, evaluaron la situación e hicieron cuentas, se inició una política de concesiones y se introdujeron algunas leyes económicas capitalistas, se permitieron ciertos elementos de propiedad privada, particularmente en el campo, para mejorar la circulación de mercancías. Esta política se conoce como Nueva Política Económica (NEP) y, desafortunadamente, también provocó una desaceleración del movimiento hacia la emancipación de la mujer. La socialización del trabajo en el hogar se retrasó y muchas mujeres comenzaron a perder sus empleos. Las guarderías y comedores públicos, debido a sus bajos beneficios, no era una inversión atractiva para la naciente burguesía que estaba surgiendo con la CEP. El período de “comunismo de guerra” ya había dejado los servicios públicos en una situación precaria, pero la NEP los condenó totalmente. Después siguió el colapso de las organizaciones de arrendatarios, que se crearon para organizar la socialización de la vida familiar y, por tanto, promover el “espíritu comunista” durante la falta temporal de vivienda adecuada. Reaparecieron los viejos prejuicios que encontraron un terreno fértil en la miseria e infraestructura limitada que entonces existía y, aparentemente, no existía ningún medio de solucionarlo.

Así es como Trotsky describe la situación:

“La revolución trató heroicamente de destruir el antiguo “hogar familiar” corrompido, institución arcaica, rutinaria, asfixiante, que condena a la mujer de la clase trabajadora a los trabajos forzados desde la infancia hasta su muerte. La familia, considerada como una pequeña empresa cerrada, debía ser sustituida, según la intención de los revolucionarios, por un sistema acabado de servicios sociales: maternidades, casas cuna, jardines de infancia, restaurantes, lavanderías, dispensarios, hospitales, sanatorios, organizaciones deportivas, cines, teatros, etc. La absorción completa de las funciones económicas de la



Mujeres bolcheviques del Genotdel. Día Internacional de la Mujer, 1923

familia por la sociedad socialista, al unir a toda una generación por la solidaridad y la asistencia mutua, debía proporcionar a la mujer, y en consecuencia, a la pareja, una verdadera emancipación del yugo secular.

“[...] No fue posible tomar por asalto la antigua familia, y no por falta de buena voluntad; tampoco porque la familia estuviera firmemente asentada en los corazones. Por el contrario, después de un corto periodo de desconfianza hacia el Estado y sus casas cuna, sus jardines de infancia y sus diversos establecimientos, las obreras, y después de ellas, las campesinas más avanzadas, apreciaron las inmensas ventajas de la educación colectiva y de la socialización de la economía familiar. Por desgracia, la sociedad fue demasiado pobre y demasiado poco civilizada. Los recursos reales del Estado no correspondían a los planes y a las intenciones del partido comunista. La familia no puede ser abolida: hay que reemplazarla. La emancipación verdadera de la mujer es imposible en el terreno de la “miseria socializada”. La experiencia reveló bien pronto esta dura verdad, formulada hacía cerca de 80 años por Marx”. (12)

Muchos rusos huían de las comunas a pesar de los intentos que hicieron los bolcheviques por revitalizarlas (sobre todo Trotsky). Con la revolución limitada a sus propias fronteras y el capitalismo internacional imponiendo el aislamiento, y también la pobreza, la marea revolucionaria se detuvo y se tuvo que mantener en espera la gestión revolucionaria de la economía. El desempleo aumentó y el 58 por ciento de los parados eran mujeres, hubo momentos en que esta cifra alcanzó el 80-90 por ciento.

Aunque la burguesía decía que no era posible acabar con la prostitución, los bolcheviques sí se comprometieron a hacerlo, el problema era que en estas condiciones en lugar de disminuir se extendió. La venta del cuerpo de la mujer, un resto del pasado capitalista, se convirtió en una función económica para algunas mujeres y las relaciones

personales se regulaban por el beneficio. El capitalista que compraba la fuerza de trabajo de una trabajadora, ahora consideraba que podía hacer lo mismo con su cuerpo. Bajo el capitalismo, el nexo entre el dinero y la propiedad no permite el pleno florecimiento de una relación de igualdad entre el hombre y la mujer, en muchos matrimonios, a menudo, la esposa suministra servicios sexuales y trabajo en la casa a cambio de seguridad en el hogar. Una herencia cultural y tradiciones que siempre vimos la mujer dependiente del hombre, en ciertas circunstancias de dificultad económica, una mujer puede encontrarse en que su única salida está en la prostitución. Existe un vínculo estrecho entre crisis económica y crecimiento de la prostitución, igual que aumenta el desempleo, históricamente también lo hace el número de mujeres en las calles.

Aunque aparentemente condena las mujeres que son víctimas de la prostitución, el propio sistema capitalista promueve el sexo como una entidad económica. Tanto Lenin como Rosa Luxemburgo, explicaban que la única solución a esta plaga social se encontraba en la reinserción de estas desafortunadas mujeres en el mundo productivo, con su participación en los sindicatos y partidos obreros para luchar contra las causas de su pobreza. La explotación de la mujer que la obliga a vender su cuerpo sólo puede desaparecer con el derrocamiento del sistema económico, social y cultural que es endémico dentro del capitalismo. La única clase capaz de dirigir este proceso tiene primero que liberarse de esa influencia cultural burguesa, que durante este periodo aún está arraigada en muchos trabajadores. Por tanto, para que las prostitutas puedan conseguir su plena emancipación primero tienen que ser conscientes de su potencial revolucionario como parte de la clase obrera y, de este modo, unirse a los trabajadores abandonando la prostitución. Esto implicaba una rebelión contra su propia degradación y su sumisión total a las leyes de la economía de mercado.

No atajos legales que puedan eliminar este fenómeno, la prostituta no es un criminal que comete un crimen, es una víctima de la sociedad y de las condiciones económicas que ésta impone a las mujeres. En Rusia se estaba creando una nueva sociedad y tenía el potencial de sacar a los trabajadores de la pasividad que engendra la esclavitud capitalista. Se podría (y debería) haber construido una nueva sociedad basada en modelos culturales que eliminen la discriminación entre los trabajadores. Pero en su lugar, debido a las terribles condiciones económicas del país, rodeado por 21 ejércitos y una guerra civil contra el Estado soviético, el triste fenómeno de la prostitución ganó terreno una vez más en un clima fértil de devastación económica.

“El otoño último, Izvestia publicó repentinamente que ‘cerca de mil mujeres que se entregaban en las calles de Moscú al comercio secreto de su carne, acaban de ser detenidas’. Entre ellas: ciento setenta y siete obreras, noventa y dos empleadas, cinco estudiantes, etc. ¿Qué las arrojó a la calle? La insuficiencia de salario, la pobreza, la necesidad de ‘procurarse un suplemento para comprar zapatos, un traje’. En vano hemos tratado de conocer, aunque fuese aproximadamente, las proporciones de este mal social. La púdica burocracia soviética impone el silencio a la estadística. Pero ese silencio obligado basta para comprobar que la ‘clase’ de prostitutas soviéticas es numerosa. No puede tratarse aquí de una supervivencia del pasado, puesto que las prostitutas se reclutan entre las mujeres jóvenes.



Poster a favor de la educación femenina. Yelizaveta Kruglikova, 1923

Nadie pensará en reprocharle personalmente al régimen soviético esta plaga tan vieja como la civilización. Pero es imperdonable hablar del triunfo del socialismo mientras subsista la prostitución. Los periódicos afirman, en la medida en que les está permitido tocar este delicado punto, que la prostitución decrece; es posible que esto sea cierto en comparación con los años de hambre y, de desorganización (1931-33). Pero el regreso a las relaciones fundadas sobre el dinero provoca inevitablemente un nuevo aumento de la prostitución y de la infancia abandonada. En donde hay privilegios también hay parias”. (13)

LA DEGENERACIÓN ESTALINISTA El Estado soviético luchó magníficamente por la liberación de la mujer, veía esta lucha como parte de la necesidad vital de implicar directamente a las masas en la gestión del poder estatal. El nuevo estado obrero podría defender los intereses revolucionarios del proletariado sólo si los trabajadores controlaban la economía. La política bolchevique hacia la mujer formaba parte de una más amplia, destinada a mejorar la alfabetización y la formación cultural de las masas soviéticas, prepararlas para las tareas que la historia las había impuesto. Además, debido a la pobreza, la miseria y el bajo nivel cultural que existía entonces, los bolcheviques tuvieron que basarse en otras clases para la administración de la maquinaria estatal. Lenin y sus colaboradores más estrechos eran conscientes de que se trataba de una batalla para ganar tiempo que implicaba la vida o la muerte de la revolución. La realidad era que el proletariado ruso estaba demasiado subdesarrollado y así era incapaz de controlar solo el Estado. Era vital que la clase obrera elevase su nivel cultural y también que la revolución triunfase a nivel internacional, la extensión de la revolución a otros estados europeos. ¡Si estaba batalla se perdía ocurriría lo mismo con la revolución en Rusia!

En esta situación, la muerte de Lenin en 1924 aceleró el proceso de burocratización, ya evidente en la dirección y órganos dirigentes del partido. Toda una capa de funcionarios, encabezados por Stalin, cuyo objetivo principal era proteger sus privilegios, habían abandonado ya la perspectiva de la revolución mundial y ahora estaban en primera línea. El hambre y la guerra civil habían diezmando a los mejores elementos del proletariado y su presencia dentro de los soviets declinaba. Elementos que solían jugar un papel secundario ahora estaban en una posición prominente. Inicialmente, Stalin apoyó la NEP y permitió que a los “nepistas” unas libertades políticas y económicas enormes. En realidad, la NEP fue concebida como una concesión al capitalismo necesaria para salvar la revolución mientras se esperaba el éxito de una revolución en Occidente. Pretendía ser una medida temporal y se reconocía que era una amenaza porque reintroducía en el Estado obrero elementos de economía de mercado. Desde 1922, cuando se introdujo la NEP, el número de guarderías y casas protegidas para las madres comenzó a descender, hasta que rápidamente alcanzó la cifra absurda de 9,3 plazas por cada 1.000 mujeres. En los periódicos aparecían muchos artículos, sobre todo en *Kommunistka*, que explican el temor de los trabajadores del servicio público sobre el futuro incierto de su empleo.

Con el giro de Stalin hacia la industrialización forzosa después de 1929, el desempleo comenzó a descender. Sin embargo, la Oposición de Izquierdas, dirigida por Trotsky, consideraba el plan de industrialización de Stalin una

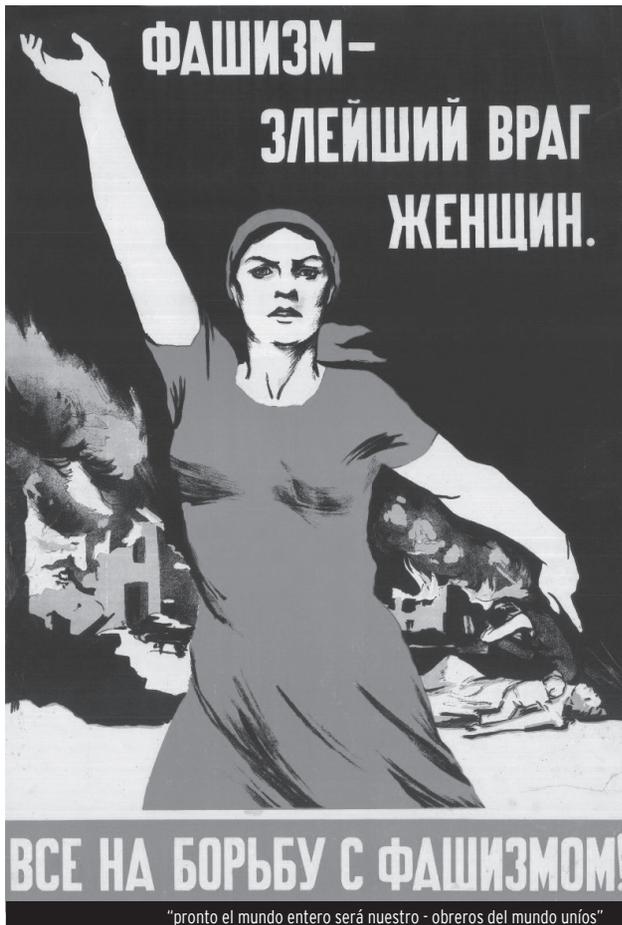


Milicianas bolcheviques durante la guerra civil

aventura, concebida sin tener en cuenta el atraso de la economía rusa, que en ese momento aún se basaba principalmente en la agricultura. Sin embargo, la industrialización se aplicó alocada e implacablemente, a un ritmo rápido. El desempleo, que en 1929 era de 1,74 millones, cayó a 1,08 millones en abril de 1930 y simplemente 250.000 en octubre de 1930. (14) Todo esto se consiguió sin los servicios sociales adecuados que habrían ayudado a facilitar la carga que tenían las mujeres que trabajaban largas horas y también en el hogar. Stalin subordinaba todo al fortalecimiento de la industrialización soviética, para que el llamado modelo “socialista real” se aplicara en Rusia y así demostrara su superioridad. El grueso de los recursos humanos y materiales se concentraban en la construcción de la industria soviética, pero sin crear la infraestructura educativa y social para los trabajadores que habría garantizado no sólo la cantidad, sino también la calidad productiva.

El plan de industrialización, que afectó principalmente a sectores de la industria pesada, implicó a muy pocas mujeres. En aquella época las mujeres estaban sobre todo empleadas en la industria ligera o en el hogar como amas de casa. El Genotdel, que era la única institución que se podría haber utilizado para aliviar la situación, fue desmantelado por ser considerado “inútil”. En realidad, esta institución había sido la responsable de muchas grandes conquistas para las mujeres trabajadoras. Promovió la extensión de los periódicos para las mujeres, hasta el punto que en 1927 había al menos 18, con una distribución superior a los 400.000 ejemplares. En 1929, más de dos millones y medio de mujeres participaban en su trabajo de formación política, además, jugó un papel importante en el incremento del número de delegadas a los soviets y de militantes en el Partido Bolchevique. En Oriente, la tarea del Genotdel había sido particularmente difícil, había hecho un enorme trabajo ayudando a las mujeres a liberarse de la opresión del velo y la reclusión dentro del hogar. Estas tareas no fueron fáciles y hay muchos ejemplos del precio tan elevado que con frecuencia pagaban las jóvenes, las golpeaban simplemente por haber participado en reuniones de los círculos de mujeres. En Uzbekistán, se informó de 203 casos de mujeres asesinadas por sus padres, maridos o hermanos por haber participado en la lucha por la liberación de la mujer.

Para garantizar un mayor margen de maniobra en el



reclutamiento de las mujeres para la industria pesada, era necesario eliminar el Genotdel. Eso se hizo mientras que al mismo tiempo se declaraba que la emancipación de la mujer ya se había conseguido. El plan industrial tenía ahora capítulos especiales dedicados a las trabajadoras, pero con unos servicios sociales mínimos. Así se reintrodujo la división histórica de género en el trabajo, por ejemplo, al calcular el número de comidas que se proporciona a los trabajadores en los comedores estatales, sólo era posible garantizar 700.000, los otros 3 millones de trabajadores tenían que basarse en sus esposas para la comida, una vez más, en Leningrado, donde 74.000 mujeres comenzaron a trabajar fuera del hogar, sólo se creó una guardería.

El esfuerzo de educar a las mujeres se volvió inútil porque a menudo tenían que dejar las clases para hacer el trabajo de la casa. Las mujeres que entraron en el mercado laboral durante el primer Plan Quinquenal fueron asignadas mayoritariamente a la categoría laboral más baja. En Leningrado, en 1932, las mujeres eran el 58,6 por ciento de la capa menos cualificada de la fuerza laboral, en Moscú era el 70 por ciento. En otras zonas más alejadas el porcentaje era aún mayor.

El número de trabajadores creció a la fuerza pero sin la formación necesaria que garantizaría una mejora cualitativa de la producción. El Partido Bolchevique de Lenin y Trotsky se había comprometido en erradicar la doble explotación de la mujer en la sociedad y en la familia, la burocracia estalinista, con su política, acentuó esa explotación. Los nuevos funcionarios soviéticos, separados de las masas e independientes de ellas, tenían la necesidad de tener un control firme de la sociedad. El modelo de familia burguesa era muy útil para conseguir este objetivo. El modelo burgués dividía a la clase obrera en sus respectivas unidades familiares, obligaba a buscar dentro de la fami-

lia lo que el Estado era incapaz de garantizar. La familia era ahora el lugar donde el trabajador se veía obligado a buscar aliviar sus dificultades económicas ajustando el presupuesto familiar, esclavizando tanto a la esposa como a los hijos, aislándoles dentro de la unidad familiar, no permitiéndoles que participaran en la actividad política. De este modo, el modelo burgués de familia se convirtió en un medio para cortar la disidencia contra la burocracia.

“El retroceso reviste formas de una hipocresía desalentadora, y ya mucho más lejos de lo que exige la dura necesidad económica. A las razones objetivas de regreso a las normas burguesas, tales como el pago de pensiones alimenticias al hijo, se agrega el interés social de los medios dirigentes en enraizar el derecho burgués. El motivo más imperioso del culto actual de la familia es, sin duda alguna, la necesidad que tiene la burocracia de una jerarquía estable de las relaciones sociales, y de una juventud disciplinada por cuarenta millones de hogares que sirven de apoyo a la autoridad y el poder”. (15)

La burocracia estalinista comenzó a eliminar todas las leyes introducidas al principio por los bolcheviques y que permitían tanto a hombres como a mujeres la plena expresión de su potencial. La homosexualidad y la prostitución se declararon ofensas criminales en 1934, castigadas con un mínimo de ocho años de prisión. En 1936 se ilegalizó el aborto y el divorcio para los trabajadores corrientes se convirtió en algo difícil y costoso.

“Después de haber demostrado su incapacidad para proporcionar los socorros médicos necesarios y las instalaciones higiénicas para las mujeres obligadas a recurrir al aborto, el Estado cambia bruscamente y se lanza a la vía de las prohibiciones. Y, como en otros casos, la burocracia hace de la necesidad virtud. Uno de los miembros de la Corte Suprema soviética, Soltz, especializado en problemas del matrimonio, justifica la próxima prohibición del aborto diciendo que, como la sociedad socialista carece de desocupación, etc., etc., la mujer no puede tener el derecho de rechazar ‘las alegrías de la maternidad’.

“[...] Evidentemente estos señores han olvidado que el socialismo debería eliminar las causas que empujan a la mujer al aborto, en vez de hacer intervenir indignamente al policía en la vida íntima de la mujer para imponerle ‘las alegrías de la maternidad’.

“[...] La rehabilitación solemne de la familia que se llevó a cabo -coincidencia providencial- al mismo tiempo que la del rublo, ha sido una consecuencia de la insuficiencia material y cultural del Estado. En lugar de decir: aún somos demasiado indigentes y demasiado incultos para establecer relaciones socialistas entre los hombres: nuestros hijos lo harán, los jefes del régimen recogen los trastos rotos de la familia e imponen, bajo la amenaza de los peores rigores, el dogma de la familia, fundamento sagrado del ‘socialismo triunfante’. Se mide con pena la profundidad de este retroceso”. (16)

La burocracia comenzó a inundar la prensa de alabanzas al matrimonio, la belleza del cuidado de los hijos y la familia, elevándose a un principio moral comunista, opuesto al “amor libre” degenerado de la sociedad burguesa. En 1945 se dejó de reconocer la “ley de matrimonio común”, a pesar de que estaba reconocido como legítimo desde los años veinte. La nueva conciencia sobre la igualdad de los sexos que se desarrolló en ese período fue duramente restringida.

La asombrosa victoria de la URSS sobre la Alemania

nazi en la Segunda Guerra Mundial, garantizó una mayor estabilidad al Estado soviético. A pesar del cáncer de la burocracia que sufría la sociedad soviética, la economía planificada permitió un desarrollo asombroso impensable en una economía de mercado. Este crecimiento de la economía fue lo que permitió al sistema adquirir un cierto grado de apoyo entre las masas, a pesar de los enormes reveses en el terreno político. Todos los esfuerzos titánicos de los bolcheviques por implicar a las masas directamente en el partido y el trabajo soviético, se evaporaron de la memoria de las masas.

Gracias a la economía planificada introducida por la Revolución de Octubre, a pesar del papel reaccionario de la burocracia estalinista, la mujer comenzó a jugar un papel más importante en la sociedad. En los años sesenta y setenta, el número de mujeres en la universidad sólo era sobrepasado por tres países occidentales: Francia, Finlandia y EEUU. Se aprobaron leyes que moraban la situación de la mujer, se prohibió el trabajo en las minas y nocturno. Entre 1960 y 1971, el número de plazas en preescolar pasó de medio millón a 5 millones, estos cambios permitieron a la mujer buscar empleo fuera del hogar. Unas estadísticas de 1971 mostraban que el número de mujeres en el terreno paramédico era del 98 por ciento de la fuerza laboral total. De modo similar, la mujer en la medicina y en la enseñanza estatal suponía el 75 por ciento de la fuerza laboral total, el 90 por ciento de los bibliotecarios eran mujeres. Las mejoras en la sanidad pública gracias al servicio nacional de salud garantizaron que la esperanza de vida de la mujer, que en 1927 era de 30 años, subiera en 1970 a los 74 años. La mortalidad infantil bajó un 90 por ciento. Estos resultados demostraban las ventajas de la economía planificada. Aunque también se hicieron mejoras en los niveles de vida de los países occidentales durante el mismo período, de ninguna manera se pueden comparar con los impresionantes cambios ocurridos en la URSS, sobre todo si consideramos que los países occidentales tenían como punto de partida un nivel económico muy superior.

La eliminación gradual de todos los beneficios derivados del crecimiento económico en el período de la posguerra, permitieron la rendición final a las leyes de la economía de mercado, que llevó inevitablemente al abandono de las conquistas del pasado, con el regreso a la barbarie del

capitalismo. Citaremos directamente a Ted Grant:

“El movimiento hacia el capitalismo hizo retroceder rápidamente las conquistas del pasado, retrocedió la posición de la mujer hasta la esclavitud abyecta en el nombre hipócrita de la ‘familia’. La parte más grande de la carga de la crisis se situó sobre los hombros de las mujeres. Las mujeres fueron las primeras en ser despedidas, para evitar tener que pagar subsidios sociales, como los de maternidad o por hijos. Dado que las mujeres formaban más del 51 por ciento de la fuerza laboral rusa y de éste el 90 por ciento de las mujeres trabajaba, el crecimiento del desempleo ha significado que más del 70 por ciento de los trabajadores parados en Rusia son ahora mujeres. En algunas cifras la cifra alcanza el 90 por ciento.

“El colapso de los servicios sociales y el aumento del desempleo significa que todos los beneficios de la economía planificada par las mujeres sistemáticamente desaparecieron.

“(…) En el régimen anterior, las mujeres recibían el 70 por ciento de los salarios masculinos. La cifra ahora es del 40 por ciento. Mantener a una familia con un salario ya era difícil en la antigua URSS. Ahora, con el aumento de la pobreza es prácticamente imposible. De este modo, las mujeres son las víctimas principales de este régimen reaccionario”. (17)

Nunca antes las palabras de Marx y Engels en *La sagrada familia* han sido tan verdaderas:

“El cambio de época histórica siempre se puede determinar por el avance de las mujeres hacia la libertad, porque aquí, en la relación de la mujer con el hombre, del débil con el fuerte, la victoria de la naturaleza humanidad sobre la brutalidad es más evidente. El grado de emancipación de la mujer es la medida natural de la emancipación general”. (18)

El empeoramiento de las condiciones de las mujeres bajo el capitalismo subraya la necesidad de continuar la lucha por el derrocamiento de este sistema social y económico, no sólo en un país, sino en todo el mundo. El capitalismo empuja a la sociedad hacia el atraso y es directamente responsable de la aparición de elementos de barbarie dentro de la sociedad. La transformación socialista de la sociedad es la única solución.

18 de julio de 2002

1. *Socialist Women. European socialist feminism in the nineteenth and early twentieth centuries*. Editado por M. J. Boxer & J. H. Quataert, Greenwood Pub, Gropu. 1978.
2. *Donne in rivolta nella Russia zarista*. Cathy Porter. Feltrinelli editore. 1977.
3. M. J. Boxer & J. H. Quataert. Op. cit.
4. *Zetkin femminista senza frontiere*. G. Badia. Erre emme edizioni. 1994.
5. G. Badia. Op. Cit.
6. *Natasha. A Bolshevik Woman Organiser. A short biography*. L. Katesheva.
7. *Bolshevism. The Road to Revolution*. A. Woods. Wellred Publications. Londres. 1999.
8. www.tightrope.it/user/chefare/donne/burga/dorient.htm
9. *Donne. Resistenza e Rivoluzione*. S. Rowbotham. Piccola Biblioteca Einaudi. 1972
10. *La questione femminile e la lotta al riformismo* by Clara Zetkin, Gabriel e Mazzotta editore, 1975.
11. *Zetkin femminista senza frontiere* by G.Badia, Erre emme edizioni, 1994
12. *La Revolución Traicionada: Qué es y a dónde va la unión soviética* (Chapter 7), By Leon Trotsky, 1936.
13. Ibid.
14. “The Five-Year Plan for Women’s Labour: Constructig Socialism and the ‘Double Burden’, 1930-1932”, by T.G. Schrand in Europe-Asia Studies, Dec 1999.
15. Trotsky, Op.Cit.
16. Ibidem.
17. Alan Woods’ Introduction to *Russia: from Revolution to Counter-Revolution*, by Ted Grant, Wellred Publications, 1997, page 32.
18. *La Sagrada Familia* Cap VIII, VII. Revelación del misterio de la emancipación de las mujeres o Luisa Morel. Marx y Engels (1845)

Qué consiguió la Revolución Rusa y por qué degeneró

Alan Woods

Este año se cumple el centenario de la Revolución de Octubre. Los apologistas del capitalismo, y sus fieles ecos en el movimiento obrero, tratan de consolarse con el pensamiento de que el colapso de la URSS significó la desaparición del socialismo. Pero lo que fracasó en Rusia no fue el socialismo sino una caricatura del socialismo. Al contrario de las repetidas calumnias, el régimen estali-

nista fue la antítesis del régimen democrático establecido por los bolcheviques en 1917.

“Independientemente de lo que se piense del bolchevismo, es innegable que la Revolución Rusa es uno de los mayores acontecimientos de la historia humana, y el gobierno de los bolcheviques un fenómeno de importancia mundial”. John Reed, 1 de enero de 1919. (J. Reed, *Diez*



Lenin y Trotsky en el aniversario de la Revolución de Octubre 1919

días que estremecieron al mundo).

El colapso de la URSS fue presentado por los defensores del capitalismo como el equivalente a la victoria final de la “economía de libre mercado” sobre el “comunismo”. Hace 25 años esto produjo una ola de euforia entre la burguesía y sus apologistas. Se habló del fin del socialismo, del fin del comunismo e, incluso, del fin de la historia y, desde entonces, hemos presenciado una ofensiva ideológica sin precedentes contra las ideas del marxismo a escala mundial. Esta exuberancia irracional no tuvo límites.

El entonces presidente estadounidense, George Bush, anunció triunfalmente la creación de un “Nuevo Orden Mundial” bajo el dominio del imperialismo estadounidense. “La Unión Soviética ya no existe”, escribió Martin McCauley. “El gran experimento ha fracasado... El marxismo en la práctica ha fracasado en todas partes, no hay un modelo económico marxista capaz de competir con el capitalismo”. (M. McCauley: *La Unión Soviética 1917-1991*) “¡Ganamos!” Exclamaba el editorial de *The Wall Street Journal* (24/5/89). Francis Fukuyama lanzaba su famosa predicción: “El período de la post-historia ha llegado... La democracia liberal ha triunfado, y la humanidad ha alcanzado su más alta sabiduría. La historia ha llegado a su fin”.

Veinticinco años más tarde no queda nada de estas imprudentes ilusiones. El capitalismo ha entrado en la crisis más grave desde la Gran Depresión. Millones de personas se enfrentan a un futuro de desempleo, pobreza, recortes y austeridad. Las guerras y los conflictos estropean todo el planeta, cuyo futuro se ve amenazado por las depredaciones causadas por la incontrolada economía de mercado. Ahora, a la fría luz del día, esas proclamas triunfalistas parecen irónicas. La crisis global del capitalismo y sus efectos han puesto en duda las confiadas predicciones. Todas las grandes promesas de leche y miel de los líderes occidentales que siguieron al colapso de la Unión Soviética se han evaporado como una gota de agua en una estufa caliente.

El sueño estadounidense de dominar el mundo está enterrado bajo las ruinas humeantes de Alepo. Todos los pronunciamientos triunfalistas de los estrategas burgueses se han demostrado falsos. La historia ha regresado para vengarse. Los mismos observadores occidentales que exageraron todos los defectos de la economía soviética están ahora luchando desesperadamente por explicar el fracaso manifiesto de la economía de mercado. Reinan el colapso económico, la inestabilidad política, la incertidumbre, las guerras y los conflictos. La euforia anterior ha dado paso al pesimismo más negro.

Es por esta razón que el centenario de la Revolución Rusa será inevitablemente la ocasión para intensificar la viciosa campaña anticomunista. La razón no es difícil de entender. La crisis mundial del capitalismo está dando lugar a un cuestionamiento general de la “economía de mercado”. Hay un renacimiento del interés en las ideas marxistas, que es alarmante para la burguesía. La nueva campaña de calumnias es reflejo, no de confianza sino de miedo.

MIEDO A LA REVOLUCIÓN La historia demuestra que no basta con que la clase dominante derrote a una revolución. Es



Boris Yeltsin, 1989 (ITAR-TASS)

necesario cubrirla con calumnias, ennegrecer el nombre de sus líderes y rodearla con una nube de malicia y sospecha, de tal modo que ni siquiera permanezca el recuerdo de ella para inspirar a las nuevas generaciones. No hay nada nuevo en esto. En el siglo XIX, el historiador Thomas Carlyle dijo, al escribir su libro sobre Oliver Cromwell, que antes de que pudiera comenzar tuvo que rescatar el cuerpo de Cromwell de debajo de una montaña de perros muertos.

Después de la Restauración de la monarquía en 1660, todos los recuerdos de Cromwell y la revolución burguesa inglesa tuvieron que ser borrados de la memoria colectiva. La monarquía restaurada de Carlos II fechó oficialmente su reinado desde el 30 de enero de 1649, fecha de la ejecución de Carlos I, borrando todas las referencias a la república y a sus actos revolucionarios. El arrogante Carlos II estaba tan imbuido por el espíritu de despecho, odio y venganza, que llegó a exhumar el cadáver de Oliver Cromwell, para luego colgarlo en público en Tyburn.

La misma malicia y el mismo rencor que nacen del miedo motivan los esfuerzos actuales para negar los logros y el significado revolucionario de la Revolución Rusa y oscurecer la memoria de sus líderes. La falsificación sistemática de la historia que está llevando a cabo la burguesía, aunque de forma algo más sutil que los linchamientos póstumos de los monarcas ingleses, no le otorga en absoluto más crédito moral. En última instancia, no resultará más eficaz. La locomotora del progreso humano es la verdad, no la mentira. Y la verdad no permanecerá enterrada para siempre.

Durante casi tres generaciones, los apologistas del capitalismo dieron rienda suelta a su rabia contra la Unión Soviética. No se escatimaron esfuerzos en el intento de ensombrecer la imagen de la Revolución de Octubre y de la economía nacionalizada y planificada que emanó de ella.

En esta campaña, los crímenes del estalinismo fueron muy útiles. El truco era identificar el socialismo y el comunismo con el régimen totalitario burocrático que surgió del aislamiento de la revolución en un país atrasado.

El odio a la Unión Soviética compartido por todos aquellos cuyas carreras, salarios y ganancias derivan del orden existente basado en la renta, el interés y el beneficio, no es difícil de entender. No tenía nada que ver con el régimen totalitario de Stalin. Los mismos “amigos de la democracia” no tenían escrúpulos en elogiar regímenes dictatoriales cuando convenía a sus intereses hacerlo. La clase dominante “democrática” británica observaba complaciente la llegada de Hitler al poder, siempre y cuando aplastara a los trabajadores alemanes y dirigiera sus atenciones hacia el Este.

Winston Churchill y otros representantes de la clase dominante británica expresaron su ferviente admiración por Mussolini y Franco, hasta 1939. En el período posterior a 1945, las “democracias” occidentales, en primer lugar los Estados Unidos, respaldaron activamente monstruosas dictaduras, desde la de Somoza a la de Pinochet, desde la Junta argentina al carnicero indonesio Suharto que subió al poder sobre los cadáveres de un millón de personas con el apoyo activo de la CIA. Los líderes de las democracias occidentales se postran ante el régimen empapado de sangre de Arabia Saudí que tortura, asesina, azota y crucifica a sus propios ciudadanos. La lista de estas barbaridades es interminable.

Desde el punto de vista del imperialismo, estos regímenes son perfectamente aceptables, siempre que se basen en la propiedad privada de la tierra, de los bancos y de los grandes monopolios. Su hostilidad implacable hacia la Unión Soviética no se basaba entonces en ningún amor a la libertad, sino en el desnudo interés de clase. Odiaban a la URSS, no por lo que tenía de malo, sino precisamente por lo que tenía de positivo y progresista. Se oponían, no a la dictadura de Stalin (muy al contrario, los crímenes del estalinismo les convenían muy bien como un medio de manchar el nombre del socialismo en Occidente), sino a las formas de propiedad nacionalizadas que eran todo lo que quedaba de las conquistas de Octubre.

Esta reescritura de la historia recuerda a los viejos métodos de la burocracia estalinista que puso la historia del revés, convirtió a figuras importantes en no-personas, o las demonizó, como en el caso de León Trotsky, y sostuvo generalmente que lo negro era blanco. Los escritos actuales de los enemigos del socialismo no son diferentes, excepto que calumnian a Lenin con el mismo odio y rencor ciegos que los estalinistas reservaban para Trotsky.

Algunos de los peores casos de este tipo se encuentran en Rusia. Esto no es de extrañar, por dos razones diferentes: en primer lugar, estas personas han sido criadas en la escuela estalinista de la falsificación, que se basa en el principio de que la verdad es sólo un instrumento al servicio de la élite gobernante. Los profesores, economistas e historiadores estaban acostumbrados, con algunas honrosas excepciones, a adaptar sus escritos a la “línea” de turno. Los mismos intelectuales que cantaron las alabanzas de Trotsky, fundador del Ejército Rojo y líder de la Revolución de Octubre, pocos años después no tuvieron nin-

gún reparo en denunciarlo como un agente de Hitler. Los mismos escritores que adoraron a Joseph Stalin, el gran Líder y Maestro, pronto saltaron al otro lado cuando Nikita Kruschev descubrió el “culto a la personalidad”. Los hábitos son difíciles de cambiar. Los métodos de prostitución intelectual son los mismos. Sólo el amo ha cambiado.

Hay también otra razón completamente distinta. Muchos de los capitalistas en Rusia no hace mucho tiempo llevaban un carnet del Partido Comunista en su bolsillo y hablaban en nombre del “socialismo”. En realidad, no tenían nada que ver con el socialismo, con el comunismo ni con la clase obrera. Formaban parte de una casta gobernante parasitaria que vivía una vida de lujo a espaldas de los trabajadores soviéticos. Ahora, con el mismo cinismo que siempre ha caracterizado a estos elementos, se han pasado abiertamente al capitalismo. Pero esta transformación milagrosa no puede consumarse tan fácilmente. Estas personas sienten una necesidad imperiosa de justificar su apostasía amasando maldiciones sobre lo que profesaban creer antaño. Por estos medios intentan tirar polvo a los ojos de las masas, mientras calman sus propias conciencias –suponiendo que posean tal cosa. Incluso al peor canalla le gusta encontrar alguna justificación para sus acciones.

LOS LOGROS DE LA REVOLUCIÓN El régimen establecido por la Revolución de Octubre no fue ni totalitario ni burocrático, sino el régimen más democrático que se haya visto hasta hoy en la tierra. La Revolución de Octubre abolió radicalmente la propiedad privada de los medios de producción. Por primera vez en la historia, se demostró la viabilidad de una economía planificada y nacionalizada, no en teoría sino en la práctica. En más de una sexta parte de la superficie terrestre, en un experimento gigantesco y sin parangón, se demostró que era posible dirigir la sociedad sin capitalistas, terratenientes ni prestamistas.

Hoy en día, está de moda atenuar los resultados alcanzados, o incluso negarlos por completo. Sin embargo, el mínimo análisis de los hechos nos lleva a una conclusión muy diferente. A pesar de todos los problemas, las deficiencias y los crímenes (que, por cierto, la historia del capitalismo nos proporciona en abundancia), la economía planificada y nacionalizada logró los avances más asombrosos en la Unión Soviética, en un espacio histórico notablemente corto. Esto es lo que provocó el miedo y el odio que caracterizó la actitud de las clases dominantes de Occidente. Esto es lo que las obliga, incluso ahora, a caer en las mentiras y calumnias más descaradas y sin precedentes sobre el pasado (por supuesto, siempre bajo el disfraz de la más exquisita “objetividad académica”).

Los burgueses tienen que enterrar de una vez por todas los ideales de la Revolución de Octubre. En consecuencia, el colapso de la URSS fue la señal de una avalancha de propaganda contra los logros de las economías planificadas de Rusia y Europa del Este. Esta ofensiva ideológica de los estrategas del capital contra el “comunismo” fue un intento calculado de negar las conquistas históricas que emanaron de la Revolución. Para estas damas y caballeros, desde 1917, la Revolución Rusa fue una aberración histórica. Para ellos, sólo puede haber una forma de so-

ciudad. El capitalismo siempre había existido y seguiría haciéndolo. Por lo tanto, nunca se podría hablar de logros de la economía nacionalizada y planificada. Se dice que las estadísticas soviéticas eran simplemente exageraciones o falsedades.

“Las datos no pueden mentir, pero los mentirosos pueden falsear los datos”. Todos los avances colosales en alfabetización, sanidad, cobertura social, se ocultaron bajo un mar de mentiras y distorsiones destinadas a borrar los verdaderos logros del pasado. Todos los defectos de la vida soviética —y hubo muchos— se han utilizado sistemática y desproporcionadamente para “probar” que no hay alternativa al capitalismo. En lugar de avanzar, hubo declive, se dice. Más que progreso, hubo regresión. “El nivel de atraso de la URSS en los ochenta con respecto a Estados Unidos equivalía al del Imperio ruso en 1913”, escribió el historiador económico Alec Nove, quien concluía que “las revisiones estadísticas han jugado un papel político en la deslegitimación del régimen soviético...” (Alec Nove, *Historia económica de la URSS*).

Frente a esta campaña sin precedentes de mentiras y calumnias, es esencial que pongamos las cosas en orden. No queremos sobrecargar al lector con estadísticas. Sin embargo, es necesario demostrar sin lugar a dudas los enormes éxitos de la economía planificada. A pesar de los monstruosos crímenes de la burocracia, los avances incomparables de la Unión Soviética representan no sólo un logro histórico, sino que dan ante todo una idea de las enormes posibilidades inherentes a una economía planificada y nacionalizada, sobre todo si se desarrolla en líneas democráticas. Dichas posibilidades sobresalen si se contrastan con la crisis de las fuerzas productivas del capitalismo a escala mundial en la actualidad.

AVANCE SIN PRECEDENTES La revolución de octubre de

1917 provocó el mayor avance de las fuerzas productivas de cualquier país en la historia. Antes de la revolución, la Rusia zarista era una economía extremadamente atrasada y semi-feudal, cuya población era predominantemente analfabeta. De una población total de 150 millones de personas sólo había aproximadamente cuatro millones de trabajadores industriales. Eso significa que era mucho más atrasada que Pakistán en la actualidad.

Bajo la terrible situación de atraso económico, social y cultural, el régimen de democracia obrera establecido por Lenin y Trotsky comenzó la titánica tarea de sacar a Rusia del atraso sobre la base de una economía planificada y nacionalizada. Los resultados no tienen precedentes en la historia económica. En el espacio de dos décadas, Rusia estableció una poderosa base industrial, desarrolló la industria, la ciencia y la tecnología y abolió el analfabetismo. Logró avances notables en los ámbitos de la salud, la cultura y la educación. Esto sucedió en un momento, en la Gran Depresión, en que el mundo occidental se sumergía en un estado de desempleo masivo y colapso económico.

La viabilidad del nuevo sistema productivo pasó una prueba severa en 1941-45, cuando la Unión Soviética fue invadida por la Alemania nazi con todos los recursos combinados de Europa a su disposición. A pesar de la pérdida de 27 millones de vidas, la URSS logró derrotar a Hitler, y siguió, después de 1945, reconstruyendo su destrozada economía en un espacio de tiempo notablemente corto, transformándose en la segunda potencia del mundo.

Tales avances asombrosos de un país merecen una reflexión. Se puede simpatizar con los ideales de la revolución bolchevique, u oponerse a ellos, pero una transformación tal en un espacio de tiempo tan corto llama la atención de cualquiera.

En un periodo de 50 años, la URSS multiplicó su producto interior bruto (PIB) por nueve. A pesar de la terri-



Guardia Roja de la fábrica Putilov. 1917

ble destrucción de la Segunda Guerra Mundial, su PIB se multiplicó por cinco entre 1945 y 1979. En 1950, el PIB de la URSS era sólo el 33% del de los EEUU. Ya en el año 1979 alcanzó el 58%. A finales de la década de los 70, la Unión Soviética se había convertido en una potencia industrial formidable que en términos absolutos ya había superado al resto del mundo en toda una serie de sectores clave. La URSS era el mayor productor de petróleo, acero, cemento, asbestos, tractores y muchos bienes de equipo. La producción industrial de la URSS era la segunda después de la de EEUU.

Pero el alcance de estos logros no se expresa sólo en estas cifras. Todo esto se consiguió prácticamente sin inflación ni paro. El desempleo como el que existía en Occidente era desconocido en la Unión Soviética. De hecho, era legalmente un delito (irónicamente esta ley sigue vigente hoy en día aunque no signifique nada). Podía haber ejemplos individuales fruto de una mala administración económica o de personas que entraban en conflicto con las autoridades y se les privaba de empleo, pero estos fenómenos no se derivaban del carácter de la economía planificada y tenían un mero carácter fortuito. No tenían nada en común ni con el desempleo cíclico del capitalismo ni con el cáncer orgánico que ahora está afectando al conjunto del mundo occidental y que actualmente condena a 35 millones de personas, sólo en los países de la OCDE, a una vida de ociosidad forzosa

Además, durante la mayor parte del período posterior a la guerra, hubo poca o ninguna inflación. La burocracia aprendió la verdad de la advertencia de Trotsky de que “la inflación es la sífilis de una economía planificada”. Después de la Segunda Guerra Mundial, la mayor parte del tiempo se cuidó en asegurar que la inflación se mantuviera bajo control. Este fue particularmente el caso con los precios de los artículos básicos de consumo. Antes de la *Perestroika* (reconstrucción, en ruso), a mediados de los años 80, la última vez que se incrementaron los precios de la carne y de los productos lácteos fue en 1962. El precio del pan, el azúcar y la mayoría de los alimentos había aumentado la última vez en 1955. Los alquileres eran extremadamente bajos, particularmente en comparación con Occidente, donde la mayoría de los trabajadores tenían que dedicar un tercio o más de su salario al pago de la vivienda. Sólo en el último período, con el caos de la *Perestroika*, esto se desmoronó. En la carrera hacia una economía de mercado, tanto el desempleo como la inflación se dispararon a niveles sin precedentes.

La URSS tenía un presupuesto equilibrado e incluso un pequeño superávit cada año. Es interesante señalar que ni un solo gobierno occidental logró este resultado (como lo demuestran las condiciones de Maastricht), así como no lograron el pleno empleo ni la anulación de la inflación, cosas que sí consiguió la Unión Soviética. Los críticos occidentales de la Unión Soviética se mantuvieron muy callados acerca de esto, porque demostró las posibilidades incluso de una economía de transición, no ya socialista.

De un país atrasado, semi-feudal, principalmente analfabeto, en 1917, la URSS se convirtió en una economía moderna y desarrollada, poseía un cuarto de los científicos del mundo, un sistema de salud y educación igual o



Sputnik

superior a cualquiera de los países de Occidente, lanzó el primer satélite espacial y puso al primer hombre en el espacio. En la década de 1980, la URSS tenía más científicos que los Estados Unidos, Japón, Gran Bretaña y Alemania juntos. Sólo recientemente Occidente se vio obligado a admitir a regañadientes que el programa espacial soviético estaba muy por delante del de los Estados Unidos. El hecho de que Occidente todavía tenga que usar cohetes rusos para poner hombres y mujeres en el espacio es una prueba suficiente de esto.

LAS MUJERES Y LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE El gran socialista utópico francés Fourier consideraba la posición de la mujer como el indicador más gráfico del progreso o no de un régimen social. El intento de introducir el capitalismo en Rusia ha tenido las consecuencias más calamitosas a este respecto. Todos los avances de la Revolución Rusa, que, por cierto, fueron iniciados por las trabajadoras textiles en el Día Internacional de la Mujer, están siendo sistemáticamente eliminados. La cara reaccionaria del capitalismo se revela gráficamente en la posición de las mujeres en Rusia.

La revolución bolchevique sentó las bases para la emancipación social de la mujer y, aunque la contrarrevolución política estalinista representó un retroceso parcial, es innegable que las mujeres de la Unión Soviética hicieron avances colosales en la lucha por la igualdad. “La Revolución de Octubre cumplió honestamente sus obligaciones en relación con la mujer”, escribió Trotsky. “El joven gobierno no sólo le dio todos los derechos políticos y legales en igualdad con el hombre, sino que, lo más importante, hizo todo lo posible, y en todo caso incomparablemente más que cualquier otro gobierno, para asegurarle el acceso

a todas las formas de trabajo económico y cultural”.

La Revolución de Octubre fue un hito en la lucha por la emancipación de las mujeres. Antes de eso, bajo el zarismo, las mujeres eran consideradas como meros apéndices del hogar. Las leyes zaristas permitían explícitamente a un hombre usar la violencia contra su esposa. En algunas zonas rurales, las mujeres se veían obligadas a usar el velo y se les impedía aprender a leer y escribir. Entre 1917 y 1927, se aprobó toda una serie de leyes que daban a las mujeres igualdad formal con los hombres. El programa del Partido Comunista de 1919 proclamó audazmente: “No limitándose a la igualdad formal de las mujeres, el partido se esfuerza por liberarlas de las cargas materiales del trabajo doméstico obsoleto reemplazándolo por casas comunales, comedores públicos, lavanderías, etc.”

Las mujeres ya no estaban obligadas a vivir con sus maridos o acompañarlos si un cambio de trabajo significaba un cambio de casa. Se les otorgó iguales derechos para ser cabeza de familia y recibir el mismo salario. Se prestó atención al papel de las mujeres en la maternidad y se introdujeron leyes especiales de maternidad, que prohibían largas horas de trabajo nocturno, así como permisos remunerados para el parto, subsidios familiares y guarderías. El aborto fue legalizado en 1920, se simplificó el divorcio y se introdujo el registro civil del matrimonio. También se abolió el concepto de hijos ilegítimos. En palabras de Lenin: “En el sentido literal, no dejamos un solo ladrillo de las leyes despreciables que colocaban a las mujeres en un estado de inferioridad en comparación con los hombres...”

Se realizaron avances materiales para facilitar la plena participación de las mujeres en todos los ámbitos de la vida social, económica y política: la provisión de comidas escolares gratuitas, leche para niños, alimentos especiales y pañales para niños necesitados, centros de consultas de embarazo, guarderías y otras instalaciones. Es cierto que la aparición del estalinismo introdujo una serie de contra-reformas en el ámbito social, que afectaron drásticamente la posición de las mujeres. Pero con la muerte de Stalin, el crecimiento económico de la posguerra permitió una mejora general constante: la jubilación a los 55 años, la no discriminación en la remuneración y las condiciones de empleo y el derecho de las mujeres embarazadas a trabajar en trabajos más ligeros con permiso de maternidad totalmente remunerada 56 días antes y 56 días después del nacimiento del niño. La nueva legislación en 1970 abolió el trabajo nocturno y el trabajo subterráneo para las mujeres. El número de mujeres en la educación superior como porcentaje del total aumentó del 28% en 1927, al 43% en 1960, y al 49% en 1970. Los únicos países del mundo donde las mujeres constituían más del 40% del total de los matriculados en la educación superior eran Finlandia, Francia y los Estados Unidos.

Hubo mejoras en la atención preescolar de los niños: en 1960, había 500.000 guarderías, pero en 1971 había aumentado a más de cinco millones. Los enormes avances de la economía planificada, con las consiguientes mejoras en la atención de la salud, se reflejaron en la duplicación de la esperanza de vida de las mujeres pasando de 30 a 74 años y en la reducción de la mortalidad infantil en un 90%. En 1975, el número de mujeres que trabajaban en educación

había aumentado al 73%. En 1959, un tercio de las mujeres ocupaban puestos de trabajo donde el 70% de la mano de obra eran mujeres, pero en 1970 esa cifra había aumentado al 55%. En ese momento, el 98% de las enfermeras eran mujeres, al igual que el 75% de los profesores, el 95% de los bibliotecarios y el 75% de los médicos. En 1950, había 600 mujeres doctores en ciencias, pero en 1984 había subido a 5.600.

La restauración capitalista revirtió rápidamente los logros del pasado, llevando a las mujeres a una posición de esclavitud abyecta en el nombre hipócrita de la “familia”. La mayor parte de la carga de la crisis se está colocando sobre los hombros de las mujeres.

¿POR QUÉ COLAPSÓ LA UNIÓN SOVIÉTICA? A pesar de estos éxitos extraordinarios, la URSS colapsó. La cuestión que debe abordarse es por qué ocurrió esto. Las explicaciones de los “expertos” capitalistas son tan predecibles, como huecas. El socialismo (o comunismo) fracasó. Fin de la historia. Sin embargo, las explicaciones de los líderes obreros, tanto del ala izquierda y como del sector más derechista, no son mucho mejores. Los reformistas de derecha como siempre, simplemente repiten los puntos de vista de la clase dominante. De los reformistas de izquierda solo obtenemos un silencio embarazoso. Los líderes de los partidos comunistas de Occidente, que ayer apoyaban de manera acrítica todos los crímenes del estalinismo, ahora tratan de distanciarse de un régimen desacreditado, pero no tienen ninguna respuesta a las preguntas de los jóvenes y trabajadores, que exigen explicaciones serias.

Los logros de la industria soviética, la ciencia y la tecnología ya se han explicado. Pero había otra cara de la moneda. El Estado obrero democrático establecido por Lenin y Trotsky fue sustituido por el Estado burocrático monstruosamente deformado de Stalin. Esta fue una terrible regresión, lo que significaba la liquidación del poder político de la clase obrera, pero no de las conquistas socioeconómicas fundamentales de Octubre. Las nuevas relaciones de propiedad, que tuvieron su expresión más clara en la economía nacionalizada y planificada, se mantuvieron.

En la década de 1920 Trotsky escribió un pequeño libro con el título: *¿Hacia el socialismo o el capitalismo?* Esa fue siempre la cuestión decisiva para la URSS. La propaganda oficial proclamaba que la Unión Soviética se estaba moviendo inexorablemente hacia la consecución del socialismo. En la década de 1960 Jruschov se jactaba de que el socialismo ya había sido alcanzado y que en la URSS se iba a construir una sociedad plenamente comunista en veinte años. Pero la verdad era que la Unión Soviética se estaba moviendo completamente en otra dirección.

El movimiento hacia el socialismo debe significar una reducción gradual de la desigualdad. Pero en la Unión Soviética la desigualdad se incrementaba continuamente. Un abismo se abría entre las masas y los millones de funcionarios privilegiados y sus esposas y niños con sus elegantes trajes, cochazos, y apartamentos y dachas confortables. La contradicción era aún más evidente, ya que contrastaba con la propaganda oficial sobre el socialismo y el comunismo.

Desde el punto de vista de las masas, el éxito económi-

co no puede ser reducido a la cantidad de acero, cemento o electricidad producida. Los niveles de vida dependen sobre todo de la producción de mercancías que sean de buena calidad, baratas y fácilmente disponibles: ropa, zapatos, alimentos, lavadoras, televisores y productos similares. Pero en aquellos terrenos la URSS estaba muy por detrás de Occidente. Esto no habría sido tan grave, pero el hecho era que algunas personas tenían acceso a estas cosas mientras que a la mayoría se les negaba.

La razón por la que el estalinismo pudo durar tanto tiempo a pesar de todas las patentes contradicciones que creó, fue precisamente el hecho incontestable que durante décadas la economía nacionalizada y planificada logró avances extraordinarios. Pero el control asfixiante de la burocracia dio lugar a la corrupción, a una desastrosa administración, chapuzas y despilfarro a una escala colosal. Minó las conquistas de la economía planificada. En la medida en que la URSS se desarrollaba a un nivel superior, los efectos negativos de la burocracia tenían consecuencias aún más perjudiciales.

La burocracia siempre actuó como un freno para el desarrollo de las fuerzas productivas. Pero mientras que la tarea de la construcción de la industria pesada era relativamente simple, una economía moderna y sofisticada con sus complejas relaciones entre la industria ligera y pesada, la ciencia y la tecnología no se puede ejecutar por decreto burocrático sin causar gravísimas interrupciones. Los costos de mantenimiento de un enorme gasto militar así como los gastos de mantenimiento del control sobre Europa del Este impusieron nuevas presiones a la economía soviética.

Con todos los recursos colosales que disponía, la poderosa base industrial y el ejército de técnicos cualificados y científicos, la burocracia fue incapaz de lograr los mismos resultados que Occidente. En los campos vitales de la pro-

ductividad y los niveles de vida, la Unión Soviética se quedó atrás. La razón principal fue la carga colosal impuesta a la economía soviética por la burocracia –los millones de funcionarios codiciosos y corruptos que administraban la Unión Soviética sin ningún control por parte de la clase obrera.

Como resultado de esto, la Unión Soviética se estaba quedando atrás de Occidente. Mientras las fuerzas productivas en la URSS continuaban desarrollándose, la tendencia pro-capitalista era insignificante. Pero el estancamiento del estalinismo transformó por completo la situación. A mediados de la década de 1960, el sistema de economía planificada burocráticamente controlada llegó a su límite. Esto se expresaba gráficamente por una fuerte caída en la tasa de crecimiento en la URSS, que disminuyó continuamente durante la década de 1970, cercanos a cero bajo Breznev. Una vez que la Unión Soviética fue incapaz de obtener mejores resultados que el capitalismo, esto selló su destino.

Fue en este punto que Ted Grant llegó a la conclusión de que la caída del estalinismo era inevitable, una brillante predicción que hizo ya en 1972. Desde un punto de vista marxista, tal perspectiva era ineludible. El marxismo explica que en última instancia la viabilidad de un sistema socioeconómico determinado depende de su capacidad para desarrollar las fuerzas productivas. En el libro *Rusia: de la revolución a la contrarrevolución* explica todo el proceso con gran detalle, y muestra cómo en el período posterior a 1965, la tasa de crecimiento de la economía soviética comenzó a disminuir. Entre 1965 y 1970, la tasa de crecimiento fue del 5,4 por ciento. Durante el próximo período de siete años, entre 1971 y 1978, la tasa media de crecimiento fue sólo del 3,7 por ciento.

Esto era comparable al promedio de 3,5 por ciento



Breznev, 1973 (FOTO: RIA Novosti)

para las economías capitalistas avanzadas de la OCDE. En otras palabras, la tasa de crecimiento de la Unión Soviética ya no era mucho más alta que el alcanzado en el capitalismo, una situación desastrosa. Como resultado, la contribución de la URSS a la producción mundial total disminuyó de hecho ligeramente, del 12,5 por ciento en 1960 al 12,3 por ciento en 1979. En el mismo periodo, Japón aumentó su participación del 4,7 por ciento al 9,2 por ciento. Toda la palabrería de Kruschev sobre alcanzar y adelantar al imperialismo americano se evaporará en el aire. Posteriormente, la tasa de crecimiento en la Unión Soviética continuó cayendo hasta que al final del período de Brezhnev, (el “período de estancamiento”, como fue bautizado por Gorbachov) se redujo a cero.

Una vez llegado a esta etapa, la burocracia dejó de jugar el todavía relativamente papel progresista que había desempeñado en el pasado. Esta es la razón por la cual el régimen soviético entró en crisis. Ted Grant fue el único marxista que llegó a esta lógica conclusión. Explicó que una vez que la Unión Soviética no podía obtener mejores resultados que el capitalismo, el régimen estaba condenado. Por el contrario, todas las otras tendencias, desde la burguesía a los estalinistas, daban por sentado que los regímenes aparentemente monolíticos en Rusia, China y Europa del Este iban a durar casi indefinidamente.

La contra-revolución política llevada a cabo por la burocracia estalinista en Rusia liquidó por completo el régimen de democracia soviética de los trabajadores, pero no destruyó las nuevas relaciones de propiedad establecidas por la revolución de octubre. La burocracia gobernante se basaba en la economía nacionalizada y planificada y jugó un papel relativamente progresista en el desarrollo de las fuerzas productivas, aunque tres veces al costo del capitalismo, con tremendo despilfarro, corrupción y mala gestión, como Trotsky señaló incluso antes de la guerra, cuando la economía estaba avanzando un 20 por ciento al año.

Pero a pesar de sus éxitos, el estalinismo no logró resolver los problemas de la sociedad. En realidad, representaba una monstruosa anomalía histórica, el resultado de una concatenación histórica peculiar de circunstancias. La Unión Soviética de Stalin se basaba en una contradicción fundamental. La economía nacionalizada y planificada estaba en contradicción con el Estado burocrático. Incluso en la época de los primeros planes quinquenales, el régimen burocrático era responsable de pérdidas colosales. Esta contradicción no desapareció con el desarrollo de la economía, sino que, por el contrario, ésta se hacía cada vez más insoportable hasta que finalmente el sistema se derrumbó por completo.

Esto es asumido por todo el mundo. Sin embargo, ser sabios sobre el pasado es relativamente fácil. No es tan fácil predecir los procesos históricos de antemano, pero esto fue ciertamente el caso en los notables escritos de Ted Grant sobre Rusia, que trazaron con precisión gráfica la caída del estalinismo y predijeron su resultado. Sólo en estos escritos nos encontramos con un análisis exhaustivo de las causas de la crisis del régimen burocrático, que aún hoy en día sigue siendo un libro sellado con siete sellos para todos los otros comentaristas de los acontecimientos



Trotsky con soldados del Ejército Rojo

de la antigua URSS.

EL ANÁLISIS DE TROTSKY El punto de partida del libro *Rusia de la revolución a la contrarrevolución* fue el brillante análisis realizado por León Trotsky en su obra maestra *La revolución traicionada*, escrita en 1936, que aún hoy en día conserva todo su vigor y relevancia original. Nadie que seriamente quiera entender lo que ha sucedido en Rusia puede pasar por alto este gran trabajo de análisis marxista. Sin embargo, por razones comprensibles, Trotsky no proporcionó un análisis acabado, de una vez y para siempre de la naturaleza de clase del estado soviético, pero dejó abierta la cuestión de qué dirección tomaría finalmente.

El gran marxista ruso entendió que el destino de la Unión Soviética estaría determinado por la lucha de las fuerzas vivas, que estaban a su vez inseparablemente conectadas con los movimientos a escala mundial: tales acontecimientos no se podían predecir de manera precisa. De hecho, la forma peculiar en que la Segunda Guerra Mundial se desarrolló tuvo un efecto decisivo en el destino de la Unión Soviética, que nadie anticipó. Trotsky escribió:

“Es imposible en la actualidad responder final e irrevocablemente la pregunta de en qué dirección las contradicciones económicas y sociales de los antagonismos de la sociedad soviética se desarrollarán en el transcurso de los próximos tres, cinco o diez años. El resultado depende de la lucha de las fuerzas sociales —no a nivel nacional, sino más bien a nivel internacional. En cada nueva etapa, por lo tanto, un análisis concreto es necesario de las relaciones reales y tendencias en su conexión e interacción continua”

(Trotsky, *La revolución traicionada*, p. 49).

Trotsky tuvo la precaución de colocar un signo de interrogación sobre el futuro del Estado soviético. Su predicción fue que la burocracia estalinista con el fin de preservar sus privilegios, “inevitablemente, en las etapas futuras para asegurar su posición, restablecería las relaciones capitalistas de propiedad”, se demostró que fue absolutamente correcta. El espectáculo repugnante de líderes, gerentes y funcionarios de toda la vida del Partido Comunista, rompiendo su carnet del partido para transformarse abiertamente en “empresarios”, con la misma facilidad que un hombre pasa de un compartimento de un tren a otro, muestra hasta qué punto el régimen estalinista era ajeno al genuino socialismo.

Trotsky no esperaba que el régimen estalinista durará tanto como lo hizo. Es cierto que en su última obra, Stalin, sí sugirió que el régimen podría durar décadas en su forma actual, pero el libro estaba sin terminar en el momento de su asesinato, y no pudo desarrollar esta idea. La Unión Soviética emergió fortalecida enormemente de la Segunda Guerra Mundial. El régimen estalinista, que Trotsky consideraba como una aberración histórica temporal, sobrevivió durante décadas. Esto tuvo un efecto profundo, sobre todo, sobre la conciencia de las masas y de la propia burocracia.

Trotsky tenía la esperanza que el régimen estalinista sería derrocado por una revolución política de la clase obrera. Pero si esto no sucedía, se planteó la posibilidad en una cierta etapa que el proceso de contrarrevolución burocrática conduciría a la destrucción de las relaciones de propiedad establecidas por la revolución de octubre:

“La contrarrevolución se pone en funcionamiento cuando el motor de las conquistas sociales progresistas se empieza a desmontar. Parece que no hay fin a este desmontaje. Sin embargo, una parte de las conquistas de la revolución siempre se conserva. Por lo tanto, a pesar de

las distorsiones burocráticas monstruosas, la base de clase de la URSS sigue siendo proletaria. Pero debemos tener en cuenta que el proceso de desmontaje aún no se ha completado, y el futuro de Europa y del mundo durante las próximas décadas, todavía no se ha decidido. El Termidor ruso, sin duda, abriría una nueva era de dominación burguesa, si esta no se hubiese demostrado obsoleta en todo el mundo. En cualquier caso, la lucha contra la igualdad y el establecimiento de diferenciaciones sociales muy profundas, hasta ahora, ha sido incapaz de eliminar la conciencia socialista de las masas o la nacionalización de los medios de producción y de la tierra, que eran las conquistas socialistas básicas de la revolución. A pesar de menospreciar estos logros, la burocracia aún no se ha aventurado a recurrir a la restauración de la propiedad privada de los medios de producción”. (*Ibid.*, Pp. 405-6)

La perspectiva de la restauración capitalista en Rusia y sus repercusiones fue explicado con una notable previsión por Trotsky en 1936:

“Un colapso del régimen soviético provocaría inevitablemente el colapso de la economía planificada, y por lo tanto la abolición de la propiedad estatal. El lazo obligado entre los trusts y las fábricas en el seno de los primeros, se rompería. Las empresas más exitosas tendrían éxito en su camino de independencia. Podrían convertirse en sociedades por acciones, o podrían encontrar cualquiera otra forma de transición de la propiedad tal como en la que los trabajadores participan en las ganancias. Las granjas colectivas se desintegrarían al mismo tiempo y con mucha más facilidad. La caída de la dictadura burocrática actual, si no se sustituye por un nuevo poder socialista, significaría por lo tanto un retorno a las relaciones capitalistas con una caída catastrófica de la economía y de la cultura”. (León Trotsky, *La revolución traicionada*, pp. 250-1)

Lo que sorprende es la forma brillante en la que Trotsky anticipó las principales líneas de lo que realmente ocurrió en Rusia. En completo contraste con la claridad del enfoque de Trotsky vemos la quiebra teórica y práctica de la teoría del “capitalismo de Estado”, que en diferentes formas ha ocupado las mentes de diferentes sectas ultraizquierdistas durante décadas. Después de la Segunda Guerra Mundial Ted Grant desarrolló y extendió el análisis del bonapartismo proletario de Trotsky, en particular La teoría marxista del Estado, la cual demolió totalmente la idea del capitalismo de Estado en Rusia.

De acuerdo con esta “teoría”, el régimen de la URSS ya era capitalista hace mucho tiempo ¿Por qué, entonces, debían los trabajadores molestarse en defender las viejas formas de propiedad estatal (capitalismo de Estado) contra la burguesía naciente, ya que no hay diferencia entre ellos? Esta línea de argumentación, que desarma completamente a la clase obrera frente a la contrarrevolución capitalista, es un claro ejemplo de cómo una teoría falsa conduce inevitablemente a un desastre en la práctica.

La crisis del estalinismo no tenía nada en común con la crisis del capitalismo (o “capitalismo de estado”). Esto último es el resultado de la anarquía del mercado y de la propiedad privada. Pero no había nada parecido a una crisis de sobreproducción en el caso de la URSS, que se basaba en una economía nacionalizada y planificada, aunque afli-



gida con todos los males de la burocracia, la corrupción y la mala administración.

A esto hay que añadir el carácter limitativo del Estado-nación, que ha sobrevivido a su utilidad y se ha convertido en una traba gigantesca para el desarrollo de las fuerzas productivas. Esto explica por qué todos los países, incluso la mayor superpotencia, están obligados a participar en el mercado mundial. Esto fue predicho por anticipado por Marx. Es también la razón por la cual la idea del socialismo en un solo país es una utopía reaccionaria.

CARICATURA DE SOCIALISMO Lo que fracasó en Rusia y Europa del Este no fue el comunismo ni el socialismo, de la manera entendida por Marx o Lenin, sino una caricatura burocrática y totalitaria. Lenin explicó que el movimiento hacia el socialismo requiere el control democrático de la industria, la sociedad y el Estado por parte del proletariado. El verdadero socialismo es incompatible con el gobierno de una élite burocrática privilegiada, lo que inevitablemente se acompaña de colosal corrupción, nepotismo, despilfarro, mala gestión y caos.

Las economías nacionalizadas y planificadas de la URSS y Europa del Este lograron resultados sorprendentes en los campos de la industria, la ciencia, la salud y la educación. Pero, como Trotsky predijo ya en 1936, el régimen burocrático en última instancia, socavó la economía nacionalizada y planificada y preparó el camino para su colapso y el retorno del capitalismo.

¿Cuál es el balance de la revolución de octubre y el gran experimento de la economía planificada que le siguió? ¿Qué implicaciones tienen para el futuro de la humanidad? Y qué conclusiones pueden extraerse de éstas? La primera observación debe ser evidente por sí misma. Tanto como si se está a favor o en contra de la Revolución de Octubre, no puede haber ninguna duda de que este único acontecimiento cambió el curso de la historia del mundo en una forma sin precedentes, todo el siglo XX estuvo dominado por sus consecuencias. Este hecho es reconocido incluso por los comentaristas más conservadores y quienes son hostiles a la Revolución de Octubre.

Huelga decir que el autor de estas líneas es un firme defensor de la revolución de octubre. Lo considero como el mayor acontecimiento único en la historia humana. ¿Por qué digo esto? Porque aquí por primera vez, si excluimos a ese evento glorioso, pero efímero, que fue la Comuna de París, millones de hombres y mujeres comunes derrocaron a sus explotadores, tomó su destino en sus propias manos, y por lo menos comenzaron la tarea de transformar la sociedad.

Que esta tarea, en condiciones específicas, se desvió a través de canales imprevistos por los líderes de la revolución, no invalida las ideas de la Revolución de Octubre, ni disminuye la importancia de las conquistas colosales hechas por la URSS durante los 70 años que siguieron.

Los enemigos del socialismo responderán con desprecio que el experimento terminó en un fracaso. Contestamos con las palabras de ese gran filósofo, Spinoza, que nuestra tarea no es ni llorar ni reír, sino entender. Sin embargo, uno puede buscar en vano en todos los escritos de los enemigos burgueses del socialismo, una explicación



sería de lo que ocurrió en la Unión Soviética. Sus llamados análisis carecen de toda base científica porque están motivados por el odio ciego que refleja claramente los intereses de clase.

No fue la burguesía degenerada de Rusia, que fue arrojada al basurero de la historia en octubre de 1917, sino la economía nacionalizada y planificada lo que condujo a Rusia a la era moderna, a la construcción de fábricas, carreteras y escuelas, a la educación de los hombres y las mujeres, creando brillantes científicos, edificaciones, el ejército que derrotó a Hitler y puso al primer hombre en el espacio.

A pesar de los crímenes de la burocracia, la Unión Soviética se transformó rápidamente de una economía atrasada semifeudal en una nación industrial avanzada, moderna. Al final, sin embargo, la burocracia no estaba satisfecha con la colosal riqueza y los privilegios que había obtenido a través del saqueo del Estado soviético. Como predijo Trotsky, la burocracia se pasó al campo de la restauración capitalista, transformándose de una casta parasitaria a una clase dominante.

El movimiento hacia el capitalismo ha significado un gigantesco paso atrás para el pueblo de Rusia y las antiguas repúblicas de la URSS. La sociedad retrocedió hacia un abismo y tuvo que aprender todas las ventajas de la civilización capitalista: el fanatismo religioso, la prostitución, las drogas, y todas las otras “bondades” del capitalismo. Por el momento, el régimen de Putin ha logrado consolidarse. Pero su aspecto de fortaleza es ilusorio. El capitalismo ruso, al igual que la cabaña en el cuento de hadas ruso, está construido sobre patas de gallina.

El talón de Aquiles del capitalismo ruso es que ahora está vinculado por un cordón umbilical a la suerte del capitalismo mundial. Está sujeto a todas las tormentas y tensiones de un sistema que se encuentra en una crisis terminal. Esto tendrá un impacto profundo en Rusia, tanto económica como políticamente. Tarde o temprano, los trabajadores rusos se recuperarán de los efectos de la derrota y pasarán a la acción. Cuando esto suceda se volverán a descubrir rápidamente las tradiciones de la Revolución de Octubre y las ideas genuinas del bolchevismo. Ese es el único camino a seguir por los trabajadores de Rusia y de todo el mundo.

Londres 7 de enero de 2017

A 150 Años:

La Historia de El Capital de Marx

David García Colín Carrillo y Ninnette Torres Ramírez

“Marx es un Hegel vuelto economista, un Ricardo vuelto socialista” (Lassalle)

Este año 2017 se cumplen dos efemérides muy importantes para la historia del movimiento socialista, vinculadas íntimamente: el centenario de la Revolución rusa y los 150 años de la publicación del primer tomo de El Capital. Estas conmemoraciones -que la clase dominante intentará sepultar con distorsiones y mentiras- deben ser una ocasión para extraer todas las lecciones posibles en la lucha contra el dominio del capital. En la Izquierda Socialista -sección mexicana de la Corriente Marxista Internacional- celebraremos con la publicación de libros y materiales, y con un debate público entre los trabajadores y a juventud. Necesitamos retomar las ideas de Marx, Engels, Lenin y Trotsky. Con este texto pretendemos colaborar con nuestro granito de arena recuperado la historia del desarrollo de la teoría económica marxista, de la lucha teórica y política que llevo a la publicación del primer tomo de El Capital.

AS

42

Publicaremos un estudio de las primeras conclusiones y trabajos embrionarios de Marx y Engels sobre la economía capitalista. Luego repasaremos aquellas obras en donde se expone de una forma relativamente madura sus conclusiones sobre el desarrollo histórico -en lo que toca a la economía política- y en donde se orienta la ruta hacia el descubrimiento de la plusvalía. En tercer lugar expondremos el surgimiento de los escritos de la década de los 50s y 60s donde la economía política marxista alcanza toda su plenitud y se desarrolla en todos sus pormenores, proceso que culmina con la publicación de los tres tomos de El Capital. Finalizaremos con la exposición

de las ideas centrales de la economía política marxista, explicamos -o tratamos de hacerlo- las paradojas de la economía política clásica que Marx pudo resolver -es decir, las limitaciones de la teoría ricardiana del valor- y cerramos con algunas reflexiones sobre el método dialéctico sin el cual Marx nunca hubiera podido desentrañar los misterios más escondidos del modo de producción capitalista.

Nuestro objetivo es que el lector se anime a leer las fuentes originales y profundice en las ideas expuestas. No hay mejor homenaje al monumental legado teórico de Marx que apropiarnos de sus ideas para organizarnos y transformar el mundo. Pero la aproximación directa de las

ideas económicas de Marx conlleva la dificultad de que El Capital –al menos para la mayor parte de los trabajadores que deben cubrir horarios extenuantes- no es una obra accesible o que se pueda estudiar sin un enorme esfuerzo y tiempo. El trabajador puede realizar una primera aproximación leyendo de Marx “Salario precio y ganancia”, “Trabajo asalariado y capital”, el capítulo económico del “Anti/Dühring” –escrito por Marx-; de Engels “Sinopsis de El Capital”¹-la mejor síntesis del primer tomo-; de Lenin se puede leer el artículo “Carlos Marx” que contiene lo que probablemente sea el resumen más conciso que existe sobre los temas fundamentales de los tres tomos de El Capital, la sección de la biografía clásica de Marx hecha por Franz Mehring es razonablemente buena y, finalmente, de Trotsky, “El pensamiento vivo de Karl Marx” nos ofrece una brillante exposición de la teoría marxista.

El 14 de septiembre de 1867 se publicaban, en la casa editorial “Verlag von Otto Meissner” de Hamburgo, los primeros mil ejemplares de la primera edición del primer tomo de El Capital. Era una editorial democrática que solía publicar textos escolares y libros sobre medicina e historia. Había firmado un acuerdo nada lucrativo para Marx, quien dijo a su futuro yerno, Paul Lafargue, que “el Capital no pagará ni siquiera los cigarros que fumé escribiéndolo”². La madre de Marx había dicho amargamente “Si Karl hubiese hecho capital, en lugar de solamente escribir de él”³.

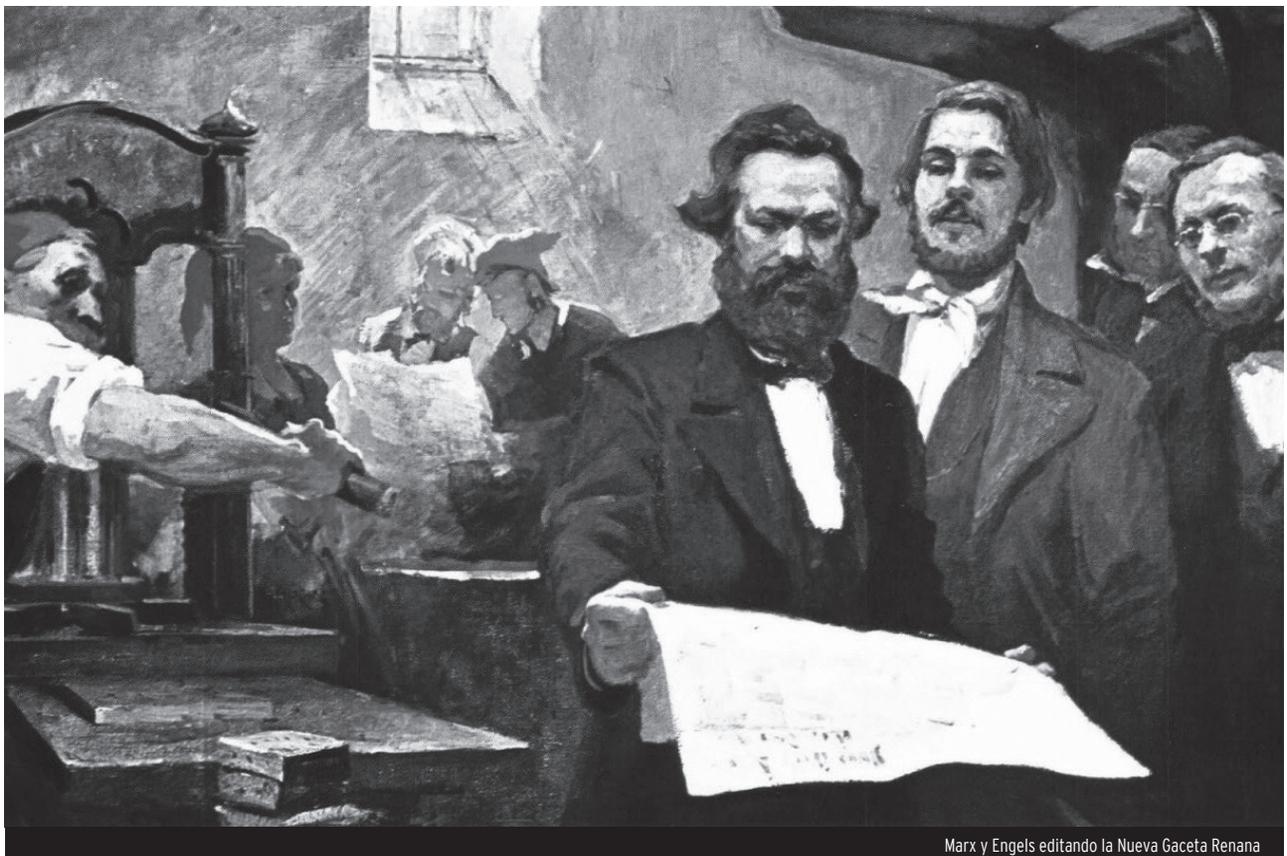
Pasaron cuatro años antes de que los mil ejemplares se vendieran-Engels escribió unas siete reseñas que intentó colocar en la prensa, muchas de las cuales no se publicaron (textos que hasta la fecha siguen siendo una excelente introducción a las ideas centrales de el primer tomo)- en general, los medios de comunicación burgueses respondieron al Tomo I con una conspiración del silencio -igual que había sucedido con su “Contribución a la crítica de la economía política”-. Incluso, pasó algún tiempo antes

de que los propios allegados a Marx entendieran las implicaciones revolucionarias de la obra. Por ejemplo, Peter Fox, un sindicalista cercano a Marx, quien recibió un ejemplar enviado por éste dijo que al recibir el libro “se sentía como un hombre que hubiese recibido un elefante y no supiera qué hacer con él”⁴. Sin embargo, con el auge revolucionario de la Comuna de París, El Capital comenzó a difundirse entre los medios obreros. Fue para Marx un enorme aliciente la recepción gradual de su obra entre algunos activistas y trabajadores. Escribió en el prólogo de la segunda edición: “No podría apetecer mejor recompensa para mi trabajo que la rápida comprensión que El Capital ha encontrado entre amplios sectores de la clase obrera alemana”⁵.

El Capital -junto con el Manifiesto del Partido Comunista- es una de las obras más importantes de la historia de la humanidad. Se trata de tres tomos (cuatro, si incluimos el tomo relativo a la historia de las teorías sobre la plusvalía) que explican el origen, desarrollo y funcionamiento de la sociedad capitalista; que desvelan sus contradicciones, su inevitable caducidad, sus inmanentes crisis y catástrofes; que demuestran el carácter explotador, opresivo, fetichista y alienante de este sistema; pero sobre todo, que explican cómo en su seno se desarrollan las condiciones para su superación revolucionaria, a partir del papel que juega el proletariado en estas relaciones de producción.

El Capital constituye una verdadera “bomba atómica” para la burguesía, es el arma más poderosa con que cuenta el proletariado en la lucha por su propia emancipación. La burguesía jamás le perdonará a Marx haber escrito su epitafio de la forma más contundente y, a la vez, científica y artísticamente sublime. Es por esto que la burguesía profesa el odio más visceral contra el marxismo, histeria que es la confesión más palpable de su propia senilidad y bancarrota política y moral.

Los marxistas podemos presumir que no existe ningun-



Marx y Engels editando la Nueva Gaceta Renana



Rebelión obrera de Lyon, Francia, 1834

na otra obra teórica revolucionaria -de ninguna corriente de izquierda (ni del reformismo, ni del anarquismo)- que haga la más pálida sombra a este libro extraordinario que todo trabajador y activista que se precie debe tener como libro de cabecera, ya que contiene la teoría revolucionaria sobre las contradicciones inmanentes del capitalismo, sus leyes de funcionamiento y del papel que el proletariado juega y debe jugar en el derrocamiento de este sistema monstruoso, que debe morir para que la humanidad pueda vivir.

EL CAMINO A EL CAPITAL “La riqueza nacional de los ingleses es muy grande, pero ello no impide que el pueblo inglés sea el más pobre bajo el sol”. [Engels, “Esbozo de crítica de la economía política”]

El camino que llevará a Marx y Engels a descubrir el fundamento de la explotación capitalista -la plusvalía- comienza con la confrontación de ambos pensadores con condiciones económicas concretas en las que descubrirán las limitaciones del idealismo hegeliano, a la vez que rescatarán el método dialéctico, esencial para la elaboración de El Capital. Marx, como director del periódico democrático “La Gaceta Renana”, chocó de bruces con los intereses de clase de los terratenientes -que eran la clase más influyente dentro del régimen prusiano- enfrentados a los intereses de clase de los campesinos pobres, que se veían obligados a robar leña para sobrevivir. Estos fueron los temas -junto con el debate entre proteccionismo y libre cambio- de varios de sus primeros artículos. Marx descubre que el ideal del Estado hegeliano -como supuesta encarnación de la idea Ética o interés general- se verifica en la realidad como defensa del interés privado. Engels, por

su parte, como testigo de primera línea desde Manchester en la fábrica de hilados de su padre, se sumergió en los lúgubres barrios obreros londinenses y recopiló material para fundamentar las conclusiones comunistas a las que ya había llegado.

Las condiciones históricas más amplias también impulsaban a dar ese salto teórico revolucionario: la Revolución industrial se imponía como una aplanadora, demostrando el peso en la sociedad de las condiciones económicas y de los intereses de clase; en Inglaterra surgía el primer movimiento netamente político de la clase obrera moderna: el cartismo; en Lyon, Francia, explota en 1831 lo que se considera como la primera insurrección obrera de la historia (en este caso de los trabajadores textiles) y los teóricos del socialismo utópico (Owen, Saint Simon, Fourier) ya habían expresado de forma confusa e imperfecta los intereses del naciente proletariado. Por si fuera poco, Alemania -en donde la revolución burguesa, por su posición de país subdesarrollado, era realizada en la mente de la intelectualidad- era la cuna de la filosofía más avanzada y profunda.

En estas condiciones uno de los aportes más geniales de los fundadores del marxismo fue el haber vinculado el hecho objetivo de la lucha de clases moderna, con las conclusiones más avanzadas de la economía política burguesa, el socialismo francés y el brillante método de Hegel. Todo lo anterior al mismo tiempo que Marx y Engels participaban de forma activa en el movimiento obrero y radical de su tiempo.

ENGELS, ABRIENDO LA SENDA A MARX “Marx no se cansaba de admirar la universalidad del saber de Engels y aquella

maravillosa elasticidad con que era capaz de pasar fácilmente de un tema a otro” [Paul Lafarge]

“Hemos visto que, mientras se mantenga en pie la propiedad privada, todo tiende, a fin de cuentas hacia la competencia. Esta es la categoría fundamental del economista, su hija predilecta, a la que mimaba y acaricia sin cesar, pero ¡cuidado!, pues tras ella se esconde una terrible cabeza de medusa”. [Engels, “Esbozo de crítica de la economía política”.]

Engels no sólo llegó antes que Marx a conclusiones comunistas partiendo de Hegel y de los utópicos –convertido al comunismo por Moses Hess, quien introdujera el comunismo a tierras alemanas-, sino el primero de ambos en fundamentar el comunismo a partir de la crítica de la economía política. En los “Anales franco alemanes” - revista que fundó Marx después de ser censurada la Gaceta Renana – aparece, en 1844, un artículo de Engels -quien apenas sobrepasaba los veinte años de edad- titulado “Esbozo de una crítica de la economía política”, que Marx calificará de genial. En esta época Marx “no sabía absolutamente nada de economía”⁶ o lo que sabía era lo que podía extraerse de Adam Smith leyendo a Hegel. Fue este artículo el que motivó a Marx a estudiar a fondo a los teóricos de la economía política y a comenzar un intercambio epistolar con Engels. Años antes, en noviembre de 1842, Marx había tenido un primer encuentro con Engels en la redacción de la Gaceta Renana, pero este encuentro fue frío quizás porque Marx consideraba a Engels un representante del “Club de los doctores” (hegelianos de izquierda) con los que se estaba distanciando pero, también, debido a su resistencia final a las ideas comunistas que Engels ya profesaba en aquél entonces-Marx aún era un demócrata radical. Pero el intercambio de correspondencia los llevará a unir sus destinos para el resto de sus días.

Fue el “Esbozo de una crítica de la economía política” de Engels el primer paso que llevará a la publicación de El Capital. Se trata de un ensayo que demuestra un conocimiento muy profundo del funcionamiento de la industria capitalista, gracias a la observación directa que Engels podía procurarse desde la atalaya de las fábricas textiles de su familia. En este ensayo Engels ve la propiedad privada como fundamento del comercio y, por tanto, al comercio como un “robo legalizado”. La competencia de mercado -la lucha de todos contra todos- es la consecuencia de la propiedad. Aunque de manera errónea Engels consideraba que no existía otro valor que el precio que resulta de la competencia burguesa, sostenía de forma correcta que el precio -al nacer de la existencia de la propiedad privada- debía desaparecer con ésta, por lo que -a diferencia de Ricardo- considera que el valor de mercado es un producto histórico. Engels critica a autores como Smith y Ricardo por suponer que la propiedad privada es la base eterna de las relaciones humanas. La renta del capitalista y del terrateniente, señala Engels, proviene de la explotación de los trabajadores, la división de la sociedad en explotados y explotadores expresa la separación entre poseedores y desposeídos, “si eliminamos la propiedad privada -dice Engels- desaparecerán estas separaciones antinaturales”⁷.

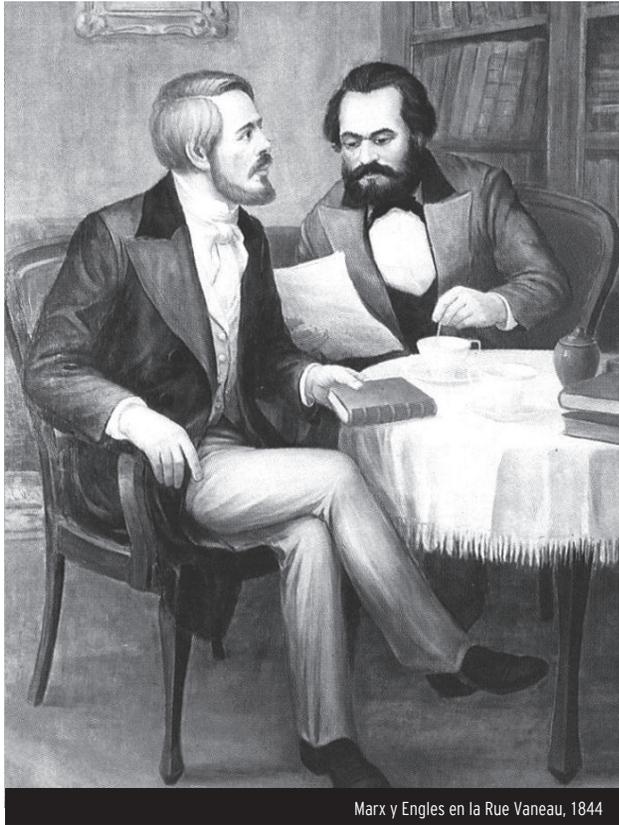
Quizá la parte más brillante del artículo son las reflexiones sobre la relación dialéctica entre competencia y monopolio. Los liberales -hasta nuestros días- quieren competencia sin monopolio pero es imposible rechazar las consecuencias aferrándose a las causas. Los liberales -con su forma rígida y superficial de pensar- no quieren ente-

rarse de que la competencia capitalista presupone un monopolio: el de la propiedad. “La competencia [dice Engels] se apoya en el interés, y el interés vuelve a crear monopolio; en resumidas cuentas, la competencia se transforma en monopolio. Por otra parte, el monopolio no puede detener el flujo de la competencia; es más, él mismo la origina, lo mismo que el prohibir la importación o elevar las tarifas aduaneras dan lugar a la competencia en el contrabando”⁸. La competencia conlleva la irremediable concentración de riqueza, quejarse por esto -sin aspirar a liquidar la propiedad privada de los medios de producción- es como quejarse del alumbramiento pretendiendo que el feto viva eternamente en el vientre materno.

A partir de la competencia Engels intenta explicar las crisis económicas -partiendo (aún sin penetrar en las causas) de la imposibilidad de que la oferta y la demanda coincidan – y señala -retomando las agudas reflexiones de Fourier- que el capitalismo es el primer sistema donde de forma absurda los hombres se mueren de hambre en medio de la abundancia. De forma brillante Engels advierte que la única manera de superar las contradicciones del capitalismo es planificar la economía bajo control obrero: “Si los productores como tales supieran cuánto necesitan los consumidores, si pudieran organizar la producción y distribuirla entre ellos, serían imposibles las oscilaciones de la competencia y su gravitación hacia las crisis”⁹. Finalmente, Engels critica las ideas reaccionarias de Malthus -quien intenta culpar a las masas de su propia miseria- señalando que las fuerzas productivas de la humanidad evolucionan y por tanto son potencialmente ilimitadas. La supuesta fertilidad decreciente del suelo -base de la misántropa tesis de Malthus según la cual la naturaleza no puede alimentar a una población creciente (idiotéz que hasta hoy sostienen algunos “ecologistas” y personas que se consideran de izquierda)- “puede elevarse hasta el infinito mediante la aplicación del capital, el trabajo y la ciencia”¹⁰. El pensamiento superficial ve en la tecnología una



El socialista utópico, Charles Fourier



Marx y Engels en la Rue Vaneau, 1844

amenaza -como si la tecnología sólo pudiera emplearse en el capitalismo- y en la población mundial muchas bocas para alimentar, pero no muchos brazos capaces de producir -inutilizados artificialmente por el desempleo-, ven demasiados enfermos y no pocos hospitales o demasiados rechazados y no tan pocas escuelas. Engels advierte que la sobrepoblación supone la concentración de la riqueza, la solución de la contradicción no es la eliminación de la población “sobrante” sino la repartición de la riqueza concentrada irracionalmente. Las estupideces de Malthus siguen hoy reverberando en las mentes de los mentecatos.

Aunque se pone de lado del proletariado, Engels apela constantemente a superar los intereses egoístas y adoptar el “interés humano”, su condena de la propiedad privada tiene fuertes tintes morales -propios del comunismo premarxista- pero resalta el esfuerzo de Engels por fundamentar científicamente el comunismo más allá del sentimentalismo. Engels atina en señalar las contradicciones de la economía política -por ejemplo la discrepancia entre el precio y el valor real de la mercancía- pero aun no logra deshacer el “nudo gordiano” y argumenta -de forma incorrecta- que el precio -inseparable del valor de uso- es el único valor real de la mercancía. Sostiene que el precio es igual al costo de producción en el marco de la competencia de mercado, suponer un valor diferente es caer en la metafísica -señala equivocadamente-. Engels aún no distingue costo de producción, trabajo y fuerza de trabajo.

Pero Engels señala el camino que tanto él como Marx seguirán -revolucionando la economía política-, traza el punto de partida correcto para resolver las contradicciones que aún no lograba resolver y lo intenta hacer con un criterio dialéctico que adelanta mucho de lo que Marx escribirá en sus “Manuscritos económico-filosóficos”: “[...] a la economía no le pasó por las mientes pararse a preguntar por la razón de ser de la propiedad privada”¹¹.

Quien lea este brillante ensayo no puede evitar la conclusión de que estamos ante un prolegómeno de los estudios de Marx sobre el capital. El joven Engels que escribe

estas líneas supera ya a los clásicos en tanto critica la base clasista de la economía y con un acerado filo dialéctico subraya la necesidad de expropiar a la burguesía y reorganizar la sociedad sobre nuevas bases, pero aún se queda rezagado en cuanto a la comprensión científica de la teoría del valor.

MARX Y ENGELS UNEN SUS DESTINOS POLÍTICOS En agosto de 1844 Engels visita París y permanece con Marx durante diez días. Este segundo encuentro fue trascendental para la historia del pensamiento y el movimiento obrero. “Su histórico encuentro con Marx acaeció el 28 de agosto en el Café Régence, uno de los más famosos cafés parisienses de la época, que entre sus clientes había contado a Voltaire, Benjamin Franklin, Diderot, Grimm, Louis Napoleón, Sainte-Beuve y Muset. Su larga conversación inicial les persuadió a pasar juntos en la Rue Vaneau los diez días siguientes”¹².

Ambas mentes geniales discuten sus conclusiones comunes, solidificando una amistad única construida sobre la base granítica de la teoría y la acción revolucionaria conjunta. Lenin escribió al respecto que “Las leyendas de la antigüedad nos demuestran diversos ejemplos de emocionante amistad. El proletariado europeo tiene derecho a decir que su ciencia fue creada por dos sabios y luchadores cuyas relaciones mutuas superan a todas las emocionantes leyendas antiguas sobre la amistad entre los hombres”¹³. Engels nos dejó su testimonio de este encuentro histórico: “Cuando visité a Marx en París, en el verano de 1844, se puso de manifiesto nuestro completo acuerdo en todos los terrenos teóricos, y de allí data nuestra colaboración. Cuando volvimos a reunirnos en Bruselas, en primavera de 1845, Marx, partiendo de los principios básicos arriba señalados, había desarrollado ya, en líneas generales, su teoría materialista de la historia, y nos pusimos a elaborar en detalle y en las más diversas direcciones la nueva concepción descubierta”¹⁴.

Las líneas generales a las que se refiere Engels estaban plasmadas en un texto no publicado en vida de Marx, mejor conocido como “Los escritos económico filosóficos de 1844”, escrito entre julio y agosto de este año. Sobre la base del conocimiento profundo de los principales economistas que Marx desarrolló en tiempo record, Marx desentraña la alienación del trabajador y argumenta que la única manera de superar ese estado de cosas es por medio de la transformación comunista de la sociedad. Estos estudios -junto con el artículo de Engels- son los primeros pasos en un camino que lleva a la redacción de El Capital. Marx expone que el simple comunismo de los bienes de consumo -el comunismo primitivo- no llega a la raíz de la explotación capitalista, la cual se encuentra en la propiedad privada de los medios de producción.

Engels reconoció de inmediato la genialidad teórica de Marx y dejó en éste el desarrollo general de la teoría económica -aunque Marx siempre contó con la opinión invaluable de Engels-, comenzó la especie de división del trabajo que caracterizó la colaboración entre los dos amigos. Mientras ambos trabajaron en común en la dirección y lucha de las organizaciones políticas en las que participaron -la “Liga de los comunistas”, la primera y segunda internacionales-, a Engels le correspondió la divulgación y el desarrollo de temas específicos de su nueva concepción revolucionaria: temas internacionales, militares, de las ciencias naturales, de la vivienda, etc. Engels dijo que le

correspondió tocar el “segundo violín” pero omitió decir que lo hizo con el virtuosismo de un Paganini.

LOS MANUSCRITOS DE 1844, EL PRIMER ESCRITO ECONÓMICO DE MARX Como hemos dicho, es el artículo de Engels el que impulsa a Marx -además de los temas económicos que debió abordar como periodista de izquierda- a estudiar a fondo a los exponentes de la economía política. Desterrado en Francia, realiza unos brillantes apuntes que se no publicarán hasta 1932 y que se conocen como Manuscritos económico-filosóficos.

Estos apuntes constituyen la primera obra económica de Marx. La parte más célebre es su estudio sobre la alienación -entendida, en términos generales, como sometimiento, deshumanización- fenómeno al que Marx -por vez primera y en contraste con Hegel y Feuerbach- pone sobre una base económica y social, es decir, sobre bases históricas y materialistas. La alienación ya no era la pérdida del espíritu que no se reconoce a sí mismo -como en Hegel- o la proyección del hombre mismo en el plano religioso -como en Feuerbach- sino el producto de la explotación económica, de la separación del trabajador de las condiciones y los productos de su propio trabajo, es decir, del sometimiento del productor a los productos de su trabajo. La alienación implica el dominio sobre el trabajador de un poder extraño a él, este poder implica a su opuesto: al capital, al no trabajador, al burgués; implica una relación social objetiva. Marx analiza la alienación de una forma notablemente dialéctica pero sobre una base totalmente nueva, descubriendo diversas aristas de este proceso de sometimiento, que representan un esbozo (y complemento) a lo que escribirá en *El Capital* sobre el “fetichismo de la mercancía”. Aquí no haremos más que reseñar las principales características de este proceso:

En primer lugar, el trabajador se enajena en el producto de su propio trabajo porque todo lo que produce no le pertenece sino que le pertenece al capitalista:

“El obrero se empobrece tanto más cuanto más riqueza produce, cuanto más aumenta su producción en extensión y poder. El obrero se convierte en una mercancía tanto más cuanto más mercancías crea. A medida que se valoriza el mundo de las cosas se desvaloriza, el mundo de los hombres. El trabajo no produce sólo mercancías; se produce también a sí mismo y produce el obrero como una mercancía, y, además, en la misma proporción en que produce mercancías en general [...] Esta realización del trabajo como estado económico, se manifiesta como la privación de la realidad del obrero, la objetivación como la pérdida y la esclavización del objeto, la apropiación como extrañamiento, como enajenación”¹⁵.

Marx sintetiza este aspecto de la alienación de la siguiente manera: “todas estas consecuencias vienen determinadas por el hecho de que el obrero se comporta hacia el producto de su trabajo como hacia un objeto ajeno”¹⁶.

Más adelante expresa con toda su crudeza esta misma idea:

“La enajenación del obrero en su objeto se expresa en que cuanto más produce el obrero menos puede consumir, cuantos más valores crea menos valor, menos dignidad tiene él, cuanto más modelado es su producto más deforme es el obrero, cuanto más perfecto su objeto, más bárbaro es el trabajador, cuanto más poderoso el trabajo más impotente quien lo realiza, cuanto más ingenioso el trabajo más embrutecido, más esclavo de la naturaleza es el obrero [...]

Evidentemente, el trabajo produce maravillas para los ricos, pero produce privaciones y penuria para los obreros. Produce palacios, pero aloja a los obreros en tugurios. Produce belleza, pero tulle y deforma a los obreros [...]”¹⁷.

En segundo lugar, el obrero no sólo se enajena en el producto de su trabajo sino también en el proceso mismo del trabajo pues mientras trabaja no es él, no se pertenece; sólo es él mientras no trabaja; el tiempo no le pertenece mientras trabaja, es tiempo para otro. Pero mientras no trabaja está agotado tanto física como espiritualmente y sólo tiene tiempo para las funciones animales (comer, dormir, excretar).

En el proceso de trabajo, nos dice Marx:

“El obrero no se afirma, sino que se niega en su trabajo, no se siente bien, sino a disgusto, no desarrolla sus libres energías físicas y espirituales, sino que mortifica su cuerpo y arruina su espíritu. Por tanto, el obrero sólo se siente en sí fuera del trabajo, y en éste se siente fuera de sí. Cuando trabaja no es él, y sólo recobra su personalidad cuando deja de trabajar. No trabaja, por tanto, voluntariamente, sino a la fuerza, su trabajo es un trabajo forzado. No representa, por tanto, la satisfacción de una necesidad, sino que es, simplemente, un medio para satisfacer necesidades extrañas a él [...] en definitiva, la exterioridad del trabajo para el obrero se revela en el hecho de que no es algo propio suyo, sino de otro, de que no le pertenece a él y de que él mismo, en el trabajo, no se pertenece a sí mismo, sino que pertenece a otro”¹⁸.

En tercer lugar, la alienación se manifiesta en el hecho de que el trabajo, factor que define al hombre como ser social -característica esencial del ser humano-, trabajo social y cultural que nos diferencia del reino animal, se convierte en el capitalismo en un trabajo forzado, embrutecedor, monótono, repetitivo, frustrante, degenerativo; con ello el trabajador pierde su propia esencia, enajena aquello que lo diferencia de los animales. Pero al ser el trabajo un proceso social, el trabajo enajenado enajena al trabajador individual en sus relaciones con los demás trabajadores, de tal forma que estas mismas relaciones con los demás son alienantes. Relaciones superficiales, embrutecedoras.

El trabajador alienado se aliena de sus iguales, es decir no es consciente de los vínculos sociales que lo unen al resto de la clase trabajadora; y, más generalmente, de los vínculos específicos que lo une como antípoda de la burguesía. Atomizado es inconsciente de su naturaleza social como ser humano.

Además, por vez primera, Marx expone que la posibilidad y necesidad del comunismo se desprende del desarrollo de las fuerzas productivas, tesis que constituye un avance muy notable respecto al comunismo anterior. Es importante notar que en estos apuntes Marx no comete el error de ver en la alienación un proceso monolítico y unidireccional -como hacen los posmodernos pretendiendo enmendar la plana a Marx, al mismo tiempo que lo plagian de manera torpe-: el desarrollo de las fuerzas productivas que alienan al trabajador pone las condiciones materiales para el comunismo, y pone al trabajador en condiciones de superar esta contradicción.

En el apartado “Propiedad privada y comunismo”, por ejemplo, Marx señala que la contradicción que implica la alienación exige su solución y se orienta hacia ella, una tensión que tiende a la revolución que debe acabar con la propiedad privada de los medios de producción. Sin esa tensión la alienación se convierte en una idea metafísica

e inmóvil, en una caricatura anti-dialéctica. Lo opuesto al “espíritu” de la teoría marxista.

Marx escribe que “[...] el antagonismo entre carencia de propiedad y propiedad es todavía un antagonismo indiferente, no concebido en su relación activa con su nexo interno, es decir, aún no concebido como contradicción, mientras no se lo comprenda como el antagonismo entre el trabajo y el capital [...] Pero el trabajo, la esencia subjetiva de la propiedad privada, como exclusión de la propiedad, y el capital, el trabajo objetivo, como exclusión del trabajo, es la propiedad privada como la relación en que la contradicción aparece ya desarrollada y, por ende, una relación dinámica, que impulsa la solución”¹⁹.

Marx pasa revista en los “manuscritos” a algunas teorías comunistas vistas como el desarrollo teórico de un proceso histórico que va del tosco comunismo (abolición total de la propiedad privada –incluida los medios de consumo individual-) al comunismo como real apropiación de la esencia humana, al cobrar consciencia de la verdadera oposición y contradicción del capital-trabajo y la abolición positiva de la propiedad privada (medios de producción). Para Marx la tensión dinámica es el secreto que nos revela el necesario rompimiento de la alienación por medio de la revolución.

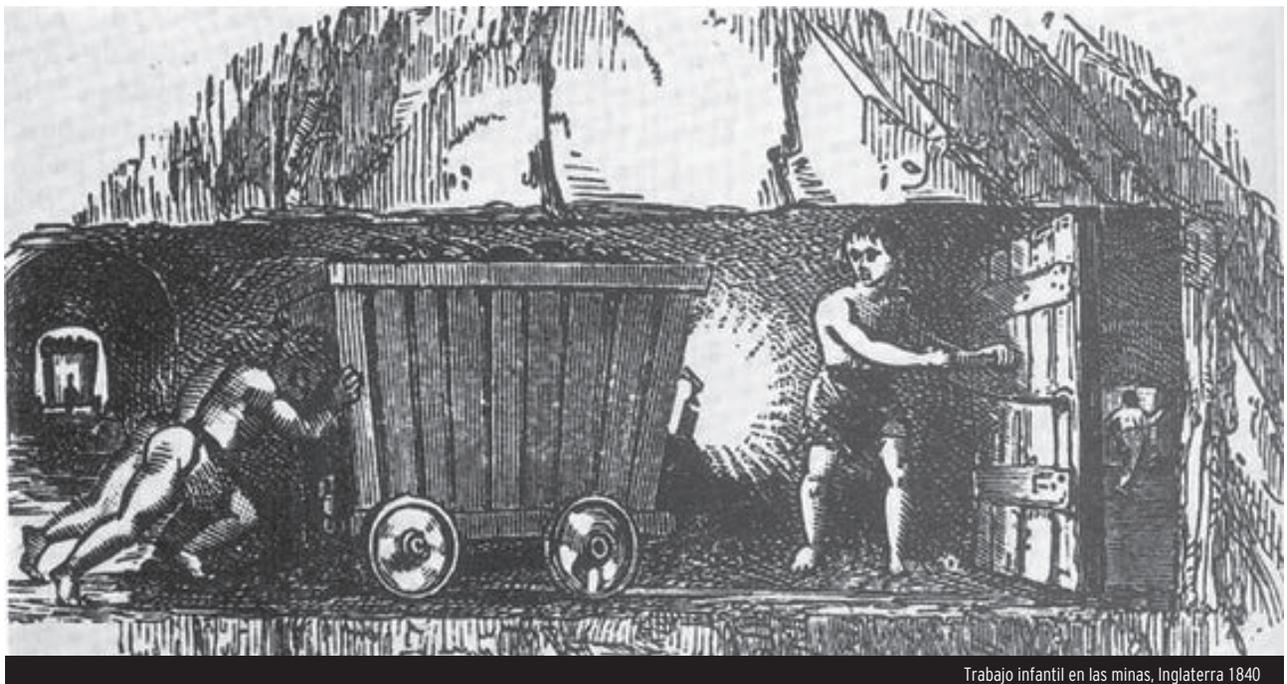
LA SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN INGLATERRA “Coke-town...era una ciudad de ladrillos rojos, o de ladrillos que habrían sido rojos si el humo y la ceniza lo hubieran permitido [...] Era una ciudad de máquinas y de chimeneas altas, de las que siempre estaban saliendo interminables serpientes de humo, que nunca acababan de desenroscarse. Tenía un canal negro, y un río maloliente de color púrpura [...] había un traqueteo y temblor continuos, en los que el pistón del motor a vapor subía y bajaba de forma monótona, como la cabeza de un elefante en un estado de melancólica locura [...] habitadas por personas igual de parecidas la una a la otra, que salían y entraban a las mismas horas, haciendo el mismo ruido sobre el mismo suelo, para hacer el mismo trabajo y para las que todos los días, ayer o mañana, eran iguales y todos los años lo que habían sido el anterior y lo que sería el siguiente”. [Charles Dic-

kens, “Tiempos difíciles”]

Engels era hijo de uno de los principales accionistas de la firma “Ermen and Engels” con oficinas en Manchester. La familia de Engels era de cierto abolengo –incluso el linaje contaba con escudo familiar-. Pero Engels era la “oveja negra” de la familia y la administración de los negocios familiares fue siempre una ocupación forzada y de carácter secundario. Después de la oleada revolucionaria de 1848, Engels, a petición de su madre por quien sentía un profundo afecto, se reconcilia con su padre y éste lo envía como representante de su firma a Manchester. Si Engels no mandó al demonio “el trabajo de perro” –como le llamaba a su trabajo de administrador y representante accionario de su padre- fue porque sin su ayuda Marx hubiera quedado en la indigencia y seguramente –como Marx mismo reconoció- no hubiera culminado la redacción de El Capital. Engels pudo abandonar, después de 18 años, el “trabajo de perro” o “fugarse de su cautiverio egipcio” –como Marx llamaba al trabajo forzado de su amigo- en 1869, tan pronto como pudo negociar con los accionistas un retiro aceptable que le permitió seguir apoyando a la familia Marx. Leonor, hija de Marx, recuerda cómo aquella mañana Engels se puso las botas para dirigirse a su oficina suspiró con alivio “¡por última vez!”.

Son libros como “La situación de la clase obrera en Inglaterra” –como la actividad revolucionaria de toda su vida- las que demuestran que Engels, desde su juventud, jamás se asimiló a la burguesía – aunque absorbió de ésta un metódico y pulcro estilo de trabajo y de vida (así como el gusto por el buen vino)- y que el objetivo de toda su vida consciente fue la causa revolucionaria. En “La situación de la clase obrera en Inglaterra” escribió: “He hecho así: abandoné la compañía, los convites, el vino de oporto y el champaña de las clases medias [como Engels llamaba a una burguesía situada entre el proletariado y la nobleza], y he dedicado mis horas de ocio, casi exclusivamente, a establecer relación con simples trabajadores. Estoy contento y orgullosos de haberlo hecho así”²⁰.

Con información recopilada entrevistando a los trabajadores, visitando los barrios obreros londinenses y armado con estadísticas, Engels –un joven de 24 años de



Trabajo infantil en las minas, Inglaterra 1840

edad- analiza en su libro “La situación de la clase obrera en Inglaterra”, aparecido en el verano de 1845, cómo la Revolución industrial, que introdujo la maquinaria moderna en la producción, destruyó las condiciones de vida idílicas del campesinado inglés, creando a la clase obrera industrial; analiza las condiciones de vida de los trabajadores, su pauperización y la concentración de la riqueza en el otro polo; como consecuencia de la centralización de capital Engels estudia el surgimiento de las grandes urbes -en aquellos tiempos con sus 2.5 millones de habitantes Londres ya era una ciudad enorme-, el fenómeno de la superpoblación (fenómeno relativamente nuevo), las crisis económicas y los ciclos generales de las mismas (que periodizaba en intervalos de cinco años).

Las maravillas de la civilización urbana, señala Engels, se pagan a costa de la mutilación de la mayoría de sus habitantes, en los barrios obreros “se nota que estos londinenses deben sacrificar la mejor parte de su humanidad para alcanzar todas las maravillas de la civilización, en las que abunda la ciudad; que mil fuerzas latentes han debido de quedarse irrealizadas y oprimidas a fin de que algunas pocas se desarrollen plenamente [...]”²¹.

La obra tenía la limitación de que el comunismo era argumentado como deseable incluso para la clase dominante, al liberar a la humanidad -incluyendo la burguesía- de los estrechos marcos que impone la producción basada en la explotación. Sin embargo, Engels ve claramente en la clase obrera la clave para dotar de bases sólidas al comunismo: “El obrero sólo puede salvar su humanidad sólo con el odio y la rebelión contra la burguesía”²² y llama a los trabajadores a que confíen en sus propias fuerzas y desconfíen de la burguesía. Es un libro netamente revolucionario y comunista, el embrión de resultados futuros.

No deja de ser irónico que el término “Revolución industrial” -que es utilizado por todos los historiadores sin importar la tendencia política que profesen, al punto de haberse convertido en lugar común- fue difundido por Engels en este libro notable. “La revolución industrial -dice Engels- tiene, para Inglaterra, el mismo significado que la revolución política para Francia y la revolución filosófica para Alemania [...] Pero el fruto más importante de esta revolución es el proletariado inglés”²³. No debería sorprendernos que Engels popularizara el término si consideramos que era un revolucionario que, junto con Marx, fue el primero que supo poner en su justo sitio al desarrollo de la industria -las fuerzas productivas- en el devenir de la sociedad moderna.

Aún siendo un texto embrionario del marxismo, libro publicado en 1845, las reflexiones de Engels calan profundo -son un brillante ejemplo de crónica y periodismo histórico revolucionario- y su crítica del capitalismo parece, en muchos de sus fenómenos, haber sido escrita ayer. Demos, como ejemplo, el retrato del egoísmo burgués inoculado en los peatones de las grandes ciudades: “El tumulto de las calles tiene ya algo de desagradable, algo contra lo cual nuestra naturaleza se rebela. Estos centenares de miles de individuos de todas las clases y todas las condiciones, urgiéndose los unos a los otros [...] avanzan juntos como si no tuvieran nada de común, nada que hacer uno con otro, y el único acuerdo entre ellos, tácito acuerdo, es conservar su derecha en el tránsito para que las dos corrientes de la multitud no se estorben el paso recíprocamente; sin que ninguno se digne lanzar una mirada al otro. La brutal indiferencia, el duro aislamiento de

cada individuo en sus intereses privados, aparecen tanto más desagradables y chocantes cuanto más juntos están estos individuos en un pequeño espacio, y aun sabiendo que el aislamiento de cada uno, ese sórdido egoísmo, es, por todas partes, el principio básico de nuestra sociedad actual, en ningún lugar aparece tan vergonzosamente al descubierto, tan consciente, como aquí, entre la multitud de las grandes ciudades. El desdoblamiento de la sociedad en mónadas, de las cuales cada una tiene un principio de vida aparte y un fin especial, el mundo de los átomos, es llevado aquí a sus últimos extremos”²⁴.

Volviendo la vista sobre este texto, cuando estaba medido de lleno en las leyes más complicadas del funcionamiento del capitalismo, Marx escribió: “¡Qué refrescante, apasionante y audaz es la cuestión que te ocupa aquí, sin consideraciones eruditas o científicas! Incluso la ilusión misma de que el resultado logre su alumbramiento mañana o el día después de la historia, da la totalidad un vívido y cálido encanto en comparación con el cual la otoñal es asquerosamente desagradable”²⁵.

LA MADURACIÓN DEL MARXISMO Y LA INTERVENCIÓN EN EL MOVIMIENTO OBRERO “La Ideología Alemana”, “Miseria de la Filosofía”, “Trabajo Asalariado y capital” y “El Manifiesto Comunista” marcan un punto crítico en la maduración del marxismo. Si bien la siguiente etapa - caracterizada por los trabajos como “Contribución a la crítica de la Economía política”, “Salario precio y ganancia” y, como cumbre de todo lo anterior, El Capital- profundizarán temas, desarrollarán muchos otros, llenarán lagunas y aún corregirán errores -ante todo la diferencia entre trabajo y fuerza de trabajo- ya estamos ante escritos que presentan una teoría nueva y revolucionaria, trazada en sus rasgos más importantes.

Después de que con la publicación de “La sagrada familia” habían “ajustado cuentas” con el hegelianismo de izquierda, Marx y Engels querían exponer de forma positiva -y ya no sólo en forma negativa o polémica- su nueva concepción de la filosofía, la historia y el comunismo, en un texto que preparara al público para su crítica de la economía política -estudio que será interrumpido por la oleada revolucionaria de 1848-. Este cometido lo cumplieron con la “Ideología alemana”, escrito entre 1845 y 1846. Los dos amigos no pudieron encontrar editor que se atreviera a publicar semejante volumen -amenazante tanto por su contenido como por su tamaño- así que se conformaron con dejarlo a la “crítica roedora de los ratones” en tanto el objetivo principal -aclararse a sí mismos sus propias ideas- había sido cumplido. Efectivamente, el manuscrito original -publicado por primera vez en 1932- estaba corroído por los ratones. Aunque la “Ideología alemana” es un grueso volumen mayormente polémico que centra en la crítica a Stirner y su egoísmo anarquista, que tanto se parece a lo que escribirá Nietzsche, es este libro donde por vez primera se exponen de forma clara las tesis fundamentales del materialismo histórico y la sucesión de diversos modos de producción, resultado de -en última instancia- el desarrollo de las fuerzas productivas.

Este descubrimiento marca el puente entre las obras más tempranas -como “La Sagrada familia” e incluso los “Manuscritos económico filosóficos”- con otros de mayor madurez y precisión. Enlaza la teoría marxista sobre el desarrollo histórico con la teoría marxista sobre la economía capitalista.

En general Marx y Engels, hasta 1844, al mismo tiempo que hacían una crítica materialista de la filosofía hegeliana en el terreno de la religión y el Estado, enfocaron la economía política como crítica a la propiedad privada capitalista- sin penetrar aún en la teoría del valor-, analizando sus efectos en la vida de los trabajadores y en el conjunto de la sociedad. Con respecto a los socialistas anteriores, hubo un salto cualitativo en tanto Marx y Engels vieron en la clase obrera a la clase revolucionaria, activa -ya no sólo a una clase sufriente y pasiva-; señalaron el papel de las fuerzas productivas, de los factores económicos -aunque fuera a muy grosso modo- como fundamento del comunismo y de su concepción materialista de la sociedad. Y si bien estas conclusiones serán la base de sus futuros desarrollos, los fundadores del marxismo aún no habían profundizado en la teoría del valor, ni, por tanto, en el análisis de la plusvalía. La visión de conjunto estaba más o menos clara, había que estudiar los fenómenos específicos y las leyes de la explotación capitalista.

Dice Engels en el prefacio a la edición alemana de “Miseria de la filosofía” que fue a finales de 1846 cuando Marx elabora definitivamente los principios fundamentales de sus concepciones económicas. Efectivamente, si uno compara las reflexiones de los “Manuscritos económico filosóficos” con “Miseria de la Filosofía”, “Trabajo asalariado y capital” y el propio “Manifiesto comunista” notará que en estos últimos libros se analizan leyes fundamentales del proceso histórico y del funcionamiento del capitalismo. Por ejemplo, si en los manuscritos Marx había señalado que el desarrollo de las fuerzas productivas hace posible el comunismo moderno, en los trabajos subsecuentes señalará la relación específica entre fuerzas productivas y relaciones de producción.

MISERIA DE LA FILOSOFÍA “Miseria de la filosofía” -publicado en julio de 1847- constituye la primera obra relativamente madura del marxismo en ser publicada. En esta obra Marx expone el método idealista y metafísico de Proudhon quien en su libro “Sistema de las contradicciones económicas o Filosofía de la miseria” pretendía criticar a la sociedad capitalista. Pero Proudhon simplemente retomó acríticamente los conceptos de esa misma sociedad considerados como eternos -y con ello sacralizando al sistema que pretendía criticar-, es verdad que Proudhon quería exponer las contradicciones de las categorías económicas -con un método que aspiraba a ser dialéctico- pero cometió el error de desarticular mecánicamente fenómenos -como competencia y monopolio- de la realidad histórica y presentarlos de manera arbitraria, queriendo conservar los “lados buenos” del capitalismo. Para Marx el uso correcto del método dialéctico consiste en estudiar las categorías como expresión de relaciones sociales concretas, reproducir el movimiento y las contradicciones de la realidad con la ayuda del pensamiento.

Los socialistas utópicos, desde 1821 (Marx cita a Hodgskin, William Thompson y a Francis Bray, entre otros), habían extraído conclusiones comunistas (al menos igualitarias) de la teoría del valor-trabajo. Consideraban que si el valor de la mercancía es producido por el trabajador, el capitalista robaba al obrero el producto íntegro de su trabajo. Para algunos utópicos, el robo se hacía por medio del precio que al no coincidir con el valor real constituía una infracción a la “ley del valor”. Entendían la economía como una cuestión moral que nada tenía que ver con leyes objetivas y necesidades históricas.

Economistas anteriores a Marx se habían percatado que la oferta y la demanda hacen oscilar a los precios por encima o por debajo del valor real de las mercancías, así pues precio y valor de cada mercancía individual pueden o no coincidir. Esta contradicción- entre precio y valor- trataba de ser resuelta por medio de la circulación.

Proudhon retomó esa utopía en su obra “Sistema de las contradicciones económicas o Filosofía de la miseria”. Quien quiera conocer de forma sucinta y definitiva la crítica de Marx a Proudhon debe leer la carta de Marx a Annenkov del 28 de diciembre de 1846²⁶ y a Schweitzer de enero de 1865²⁷. A nosotros ahora sólo nos interesa resaltar lo medular de la crítica económica que Marx hace en “Miseria de la filosofía”. En su libro, Proudhon pretendía emancipar al obrero dejando intactas las relaciones de producción vigentes, reformando a la sociedad por medio de la imposición del “valor constituido” que debía sustituir a los precios del mercado -recientemente el profesor Dieterich ha revivido la absurda quimera (léase la crítica en “Reformismo o revolución” de Alan Woods)-. El “valor constituido” exigía que las mercancías se intercambiaran exactamente por su valor, o por el trabajo invertido en cada una de ellas, por este medio -suponía Proudhon- cada productor recibiría en el intercambio el producto íntegro de su trabajo y se eliminaría instantáneamente la explotación capitalista.

Marx demuestra -en una argumentación satírica brutal que no deja piedra sobre piedra de su antagonista- que tratar de suprimir el precio sin alterar las relaciones de producción capitalista es una quimera. En primer lugar porque el capitalismo ha suprimido o subordinado el trabajo individual del pequeño productor y lo ha sustituido por la producción colectiva de la gran industria moder-



na, la gran masa de productos que inundan el mercado no son ofrecidos por los productores directos, sino por sus explotadores. Proudhon, como teórico pequeñoburgués, idealizaba al pequeño productor que en el mercado ofrece las mercancías que ha producido pero que en la sociedad capitalista tiene un peso nulo o insignificante.

La relación entre valor y precio es uno de los temas más complicados de la economía política, Marx lo describirá así más adelante en su “Contribución a la crítica de la Economía Política”-libro que profundizará en los argumentos de “Miseria de la Filosofía”-: “Si el tiempo de trabajo es la medida inmanente del valor, ¿por qué al lado de ella existe otra medida exterior? ¿Por qué el valor de cambio tiene su desarrollo en el precio? ¿Por qué todas las mercancías estiman su valor en una mercancía exclusiva, que se transforma así en la existencia adecuada del valor de cambio?”²⁸.

Proudhon idealiza el intercambio mercantil capitalista, pretendiendo depurar al intercambio de sus lados negativos sin suprimir la base material del mercado: En el capitalismo la ley del valor -que establece que la única fuente del valor de cambio es el trabajo socialmente necesario- se expresa a través de la formación de los precios -que no necesariamente coinciden con el valor real de la mercancía-y esto no puede ser de otra manera. El capitalismo arroja al intercambio mercantil a todos los productos del trabajo y los trabajos individuales se comparan unos con otros en el mercado. Es por medio de la formación espontánea de los precios en el mercado que los capitalistas pueden enterarse de si sus mercancías son socialmente útiles, si han producido demás o si los precios que desean realizar son inviables; así se distingue el trabajo socialmente necesario del que no lo es. Por medio de esta competencia, el mercado redistribuye el valor de las mercancías entre la burguesía -sacrificando en el proceso a los trabajadores al desempleo o la sobreexplotación-, ya sea por medio de la quiebra de los desafortunados o de ganancias fabulosas para una minoría, así funciona la “mano invisible del mercado”. En la competencia se forma una “ganancia media” que se realiza por medio del precio del mercado. Como Marx explicará en el Tomo III de El Capital, esta ganancia media se distribuye porque los precios del mercado tienden a ser iguales al coste de producción -lo que el capitalista invierte en salarios, maquinaria (la parte que se traslada a la mercancía en la producción) y materias primas- más la ganancia media.

No hay otra manera en que los capitalistas puedan enterarse de la competitividad de sus productos, puesto que el mercado es anárquico y el burgués sólo puede planificar dentro de las cuatro paredes de su fábrica. Marx escribe que para los utópicos -como Gary y Proudhon- “las mercancías deben producirse como mercancías, pero no deben cambiarse como mercancías”²⁹. Proudhon -como pequeñoburgués- pretende preservar la producción mercantil suprimiendo los lados negativos, pero es imposible querer la producción mercantil sin que con su desarrollo surja, como ley natural, el precio. Valor y precio guardan una relación similar a las olas del océano con respecto a las corrientes profundas: no es posible detectar las corrientes profundas eliminando las olas de la superficie, ni tener corrientes profundas que no se manifiestan en el movimiento constante de la superficie. Proudhon quería conservar el “mar capitalista” eliminando al mismo tiempo sus olas.

No pueden alterarse los fenómenos asociados a la cir-

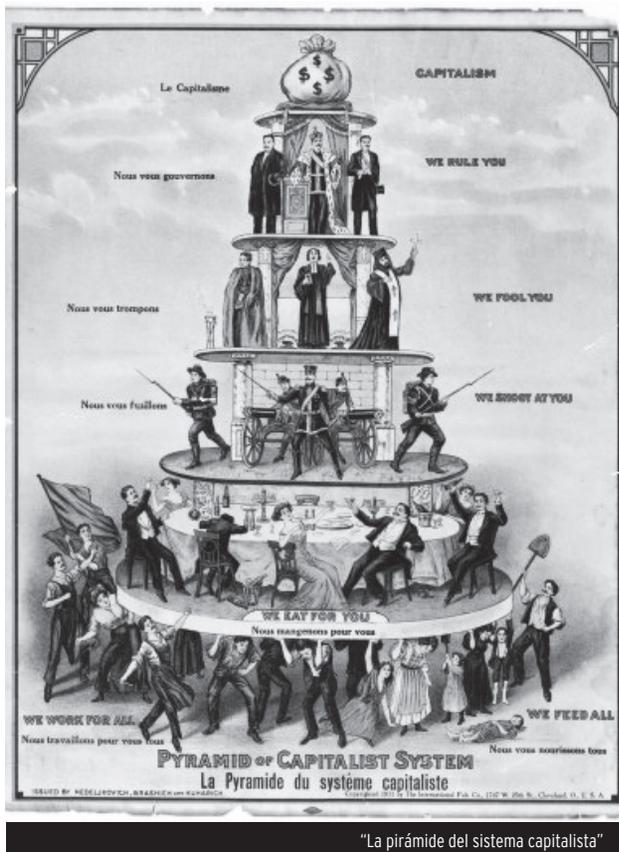


culación sin antes alterar las relaciones de producción. La única forma de controlar efectivamente los precios es controlando planificadamente la economía, con el control obrero de la industria, la banca y la tierra -es decir, expropiando a los capitalistas-. Pero el pequeño propietario no quiere expropiaciones, sino limar los excesos y abusos de los grandes empresarios.

Como Proudhon no comprendió la teoría del valor -y además era un teórico del pequeño propietario- se manifestaba en contra de las huelgas, los sindicatos y la lucha por el aumento de salarios, lo que revelaba el lado conservador e incluso reaccionario de su teoría. Marx, al contrario, argumentó en su Miseria de la filosofía -tema que profundizará en “Salario, precio y ganancia”- que un aumento de salarios no significaría un aumento en los precios, sino un descenso en la ganancia de los capitalistas, es decir, una repartición diferente del producto del trabajo de la clase obrera.

TRABAJO ASALARIADO Y CAPITAL Como hemos visto, Marx y Engels, desde su más temprana juventud, participaron en el movimiento radical y democrático de su época y, desde que vincularon el comunismo con el proletariado moderno, reforzaron sus lazos con el movimiento obrero. Fundaron en Bruselas el Comité de Correspondencia por medio del cual intentaron unificar al movimiento a nivel internacional: establecieron contactos en las filas del cartismo, al interno de las diferentes tendencias radicales (con los seguidores de Wetling y Proudhon) y con la Liga de los Justos -radicada, sobre todo, en Francia-. Como parte de este trabajo de propaganda y debate, Marx impartió una serie de charlas 1847 para la Asociación Obrera de Bruselas -plataforma local del Comité de Correspondencia-, conferencias publicadas desde abril de 1849 en la Nueva Gaceta Renana -el órgano de prensa más consecuente y radical dentro de la revolución europea de 1848, suprimido por la reacción-. Los artículos serán reunidos en un libro conocido como “Trabajo asalariado y capital”. Estas conferencias sobre economía están enmarcadas en el mismo trabajo de propaganda y debate que dará origen al Manifiesto Comunista.

Esta obra aún no establece la importante diferencia entre “trabajo” y “fuerza de trabajo” que Marx introducirá en “Salario, precio y ganancia” (si bien las ediciones



"La pirámide del sistema capitalista"

actuales se basan en la edición hecha por Engels en 1891, donde ya se introduce esa importante diferencia). Esta diferenciación va a ser fundamental en el esclarecimiento de la producción de plusvalía. En este libro Marx demuestra que los temas más difíciles de la economía política podían exponerse de forma asombrosamente clara, accesible a cualquier trabajador interesado en desentrañar las condiciones de su propia explotación. También muestra el desarrollo y los avances que Marx había hecho de la teoría económica desde sus manuscritos de 1844. Junto con "Salario, precio y ganancia" -y el capítulo sobre economía del Antidürring- es uno de los mejores textos introductorios a la teoría económica marxista (los temas económicos expuestos los desarrollaremos más adelante).

EL MANIFIESTO COMUNISTA Como hemos apuntado, la publicación del Manifiesto Comunista - el 21 de febrero de 1848- fue producto de un arduo trabajo de propaganda, por parte del pequeño núcleo agrupado en torno a Marx y Engels, en el seno de las organizaciones de los trabajadores. El trabajo de propaganda incluía a dirigentes de la Liga de los Justos, vieja organización que tenía sus raíces en Babeuf -en los ideales de la Revolución francesa interpretados de forma igualitaria- y Blanqui. La agitación que presagiaba la revolución de 1848 motiva a la Liga a la realización de un Congreso donde se revisarían estatutos y principios teóricos. Estos trabajos les permiten a Engels y a Marx participar en los debates de los círculos de la liga cuyo producto es la aprobación un manifiesto que hará historia.

Desde el punto de vista del desarrollo de la economía política marxista, el Manifiesto es relevante porque, por primera vez -si omitimos "La Ideología alemana", no publicada en vida de Marx- se expone la sucesión de modos de producción como resultado de nuevas relaciones de producción, que se gestan en virtud del desarrollo de las fuerzas productivas. En La Ideología Alemana las caracte-

rísticas de los modos de producción que se suceden aparecen de forma vaga, pues el conocimiento antropológico a disposición de Marx y Engels es limitado (en este libro se habla de "propiedad tribal", "esclavitud", "propiedad feudal" y capitalismo³⁰). En el Manifiesto Comunista -aunque sea de pasada- se expone el modelo "clásico" de sucesión de modos de producción-como diversas etapas de la lucha de clases-: esclavismo, feudalismo, capitalismo³¹. En su "Contribución a la crítica a la economía política"-así como en sus estudios sobre los países orientales-Marx añadirá a esos modos de producción, el "despotismo asiático" que nos brinda la clave para entender la base económica de las sociedades antiguas como las de Mesoamérica, incas, chinos e indios. Esto nos aporta elementos para sostener que la visión del desarrollo histórico de Marx no era unilineal. Engels -gracias a los estudios hechos por el antropólogo Lewis H. Morgan-añadirá el "comunismo primitivo" en su importantísima obra "El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado", aunque no retoma el "despotismo tributario" quizá porque su trabajo se centra en el desarrollo de las formas sociales que darán origen al capitalismo y a la llamada "cultura occidental".

También se explica en el manifiesto -como en "Principios del Comunismo" escrito por Engels- el surgimiento del sistema capitalista a partir del desarrollo del comercio y la manufactura feudal, además compara la situación histórica de la clase obrera moderna con las clases explotadas de la antigüedad y el feudalismo: el esclavo era vendido de una vez y para siempre, no era consciente de que una parte de su trabajo iba destinado a su propia manutención -no era consciente de que se mantenía a sí mismo y no sólo a su amo-; el siervo sabía perfectamente que una parte de su trabajo iba para su "señor" en forma de tributo; el trabajador moderno se vende por periodos determinados de tiempo y su sustento no está asegurado -como el esclavo-sino que depende de que su "fuerza de trabajo" -concepto que Marx no diferencia aún de "trabajo"- pueda encontrar comprador en el mercado. Marx explicará más adelante que el trabajador tiene la ilusión de que vende su "trabajo" por medio del salario y que, por tanto, no existe explotación en la "libre" compraventa de ese trabajo. El descubrimiento de la plusvalía demostrará que el capitalismo explota al trabajador como la sociedad esclavista explotaba al esclavo, sólo que bajo una forma histórica diferente. Marx, hace más de 150 años, describe el desarrollo del capitalismo como sistema mundial, un fenómeno que actualmente los economistas burgueses -con mucho tiempo de retraso- conocen como globalización.

La participación activa de Marx y Engels en la revolución de 1848 interrumpió de tajo los estudios económicos. Ni Marx ni Engels fueron nunca eruditos de gabinete -aunque superaban en erudición a cualquier académico-. Con su nueva base de operaciones en Colonia, Marx lanza la "Nueva Gaceta Renana" que se convertirá en el principal periódico radical de la revolución. En sus páginas Marx y Engels brindarán orientaciones tácticas y estratégicas al movimiento -desde el punto de vista de la clase obrera- e intervendrán activamente en él -inclusive desde los mítines y, en el caso de Engels, desde las barricadas de Elbelferd, con las armas en la mano-. Todo el esfuerzo práctico y teórico de Marx y Engels se enfocó en el torbellino revolucionario. Los trabajos que fructificarán en El Capital habrán de esperar a que la marea revolucionaria baje.

RETOMANDO EL ESTUDIO DE LA ECONOMÍA POLÍTICA “Yo me río de todos los que llaman hombres prácticos y de su sabiduría. Quien no tenga más aspiración que ser un buey, puede, naturalmente, volver la espalda a los dolores de la humanidad y atender su propio provecho. Pero yo me hubiera tenido realmente por muy poco práctico, si hubiera muerto sin dejar mi obra terminada, al menos en forma de manuscrito”. [Carta de Marx a Meyer, 1867]

Con el repliegue del movimiento y el traslado de Marx y Engels a Inglaterra en 1849, los trabajos de Marx sobre el capital se pudieron reanudar. Mientras los emigrados se desgastaban en intrigas amargas, comunes para personas sin perspectivas, Marx encontró la relativa calma para investigar, leer y escribir. Este nuevo periodo es el de la maduración definitiva del pensamiento económico de Marx y el de la realización de una masa de materiales asombrosa, que culmina en el Tomo I y los borradores de los tomos siguientes. Todo ello sin que Marx se desentendiera de la política activa que llevará a la formación de la Primera Internacional, la batalla contra los intentos de Bakunin -que comenzaron en 1871- por desorganizar la Internacional y hacerse de la dirección al margen de todas las instancias democráticamente elegidas; Marx encontró tiempo también para el estudio de la guerra franco prusiana y de la subsecuente experiencia de la Comuna de París; además de los debates contra el oportunismo de Lassalle y contra el bajo nivel político de sus propios compañeros, debates en que se enmarca la creación del Partido Socialdemócrata Alemán. Todo lo anterior sin contar la labor periodística -sobre todo como corresponsal del New York Tribune- en la que Marx contó con la ayuda invaluable de Engels, quien muchas veces escribía artículos en su nombre. Así pues la calma hay que entenderla relativamente, pues para Marx y Engels nunca hubo calma.

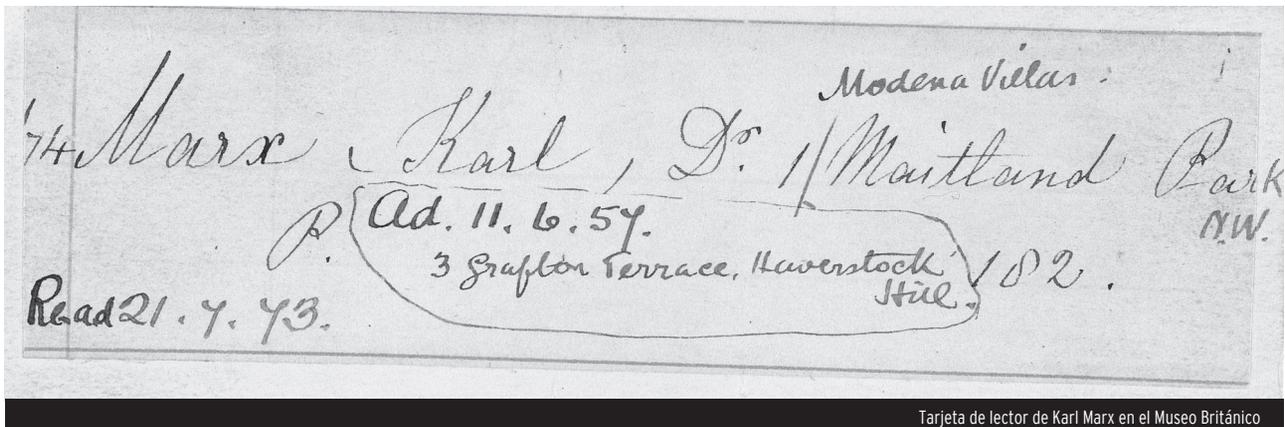
Para documentar sus nuevos descubrimientos Marx pasaba largos periodos en el Museo Británico, recopilando material que luego desarrollaba y organizaba en su casa, a menudo trabajando desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde. Leía vorazmente “libros sobre metales preciosos, dinero y crédito; en febrero [de 1851], los escritos económicos de Hume y Locke, y más libros sobre el dinero; en mayo, Carey, Malthus y los principios de la economía; en junio, el valor, la riqueza y la economía; en julio, literatura sobre los sistemas industriales y los ingresos de la agricultura; en agosto, la población, la colonización y la economía del mundo romano; en el otoño, libros sobre banca, agronomía y tecnología. [...]”³².

Tan pronto anunciaba la finalización de su “economía”- en “cinco semanas” en 1851, en “seis semanas” en 1859-

Marx prolongaba sus estudios, el volumen de sus cuadernos y modificaba la estructura y orden de lo que pretendía publicar. En octubre de 1851, por ejemplo, el plan era publicar la “economía” en tres volúmenes -con una estructura muy diferente a como verán la luz finalmente-: un tomo sobre “crítica de la economía política”, otro sobre “socialismo” y un tercero sobre “historia del pensamiento económico”. Para 1858, en cambio, pretendía-según una carta a Engels del 2 de abril de 1858- publicar la obra en seis tomos: 1) sobre el capital, 2) propiedad agraria, 3) trabajo asalariado, 4) el Estado, 5) comercio internacional, y 6) mercado mundial³³.

Por fin, lo que pretendía ser la primera sección del primero de los seis volúmenes aparece a finales de 1859 como “Contribución a la crítica de la economía política”. Marx señaló en el prólogo que es el fruto de quince años de trabajo, es decir, contabilizando a partir desde los manuscritos de 1844. Marx, en su “Contribución a la crítica de la economía política”, expone su teoría del valor, el surgimiento y funciones del dinero; temas que profundizará en el Tomo I de El Capital. Aparte de los temas anteriores, merece la pena anotar de ese libro el famoso prólogo. En éste Marx hace un interesante resumen de sus estudios sobre economía y presenta lo que será la exposición más clara y sucinta del “materialismo histórico”, con la que contamos hasta la fecha, una genial síntesis de lo que se había expuesto en “La Ideología alemana” y “El manifiesto”:

“Mis investigaciones dieron este resultado: que las relaciones jurídicas, así como las formas de Estado, no pueden explicarse ni por sí mismas, ni por la llamada evolución general del espíritu humano; que se originan más bien en las condiciones materiales de existencia que Hegel, siguiendo el ejemplo de los ingleses y franceses del siglo XVIII, comprendía bajo el nombre de «sociedad civil»; pero que la anatomía de la sociedad hay que buscarla en la economía política. Había comenzado el estudio de ésta en París y lo continuaba en Bruselas, donde me había establecido a consecuencia de una sentencia de expulsión dictada por el señor Guizot contra mí. El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, me sirvió de guía para mis estudios, puede formularse brevemente de este modo: en la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales determinadas de conciencia. El modo de



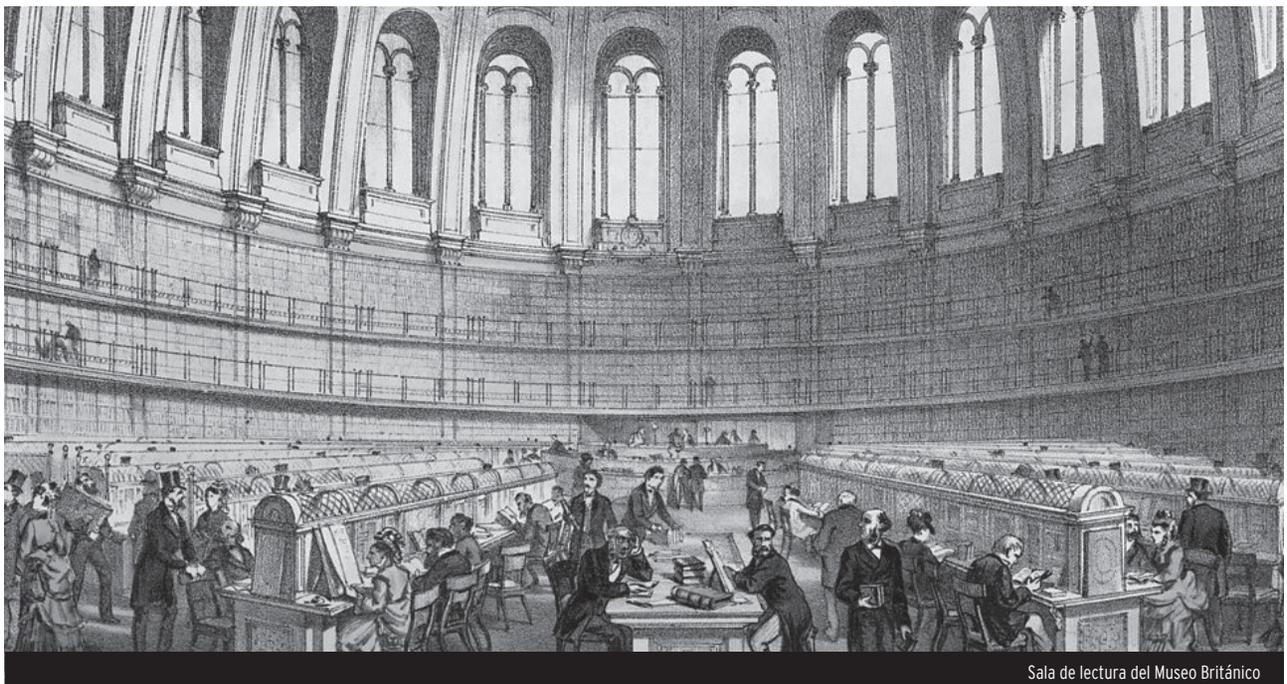
Tarjeta de lector de Karl Marx en el Museo Británico

producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad; por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia. Durante el curso de su desarrollo, las fuerzas productoras de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo cual no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo interior se habían movido hasta entonces. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas que eran estas relaciones se convierten en trabas de estas fuerzas. Entonces se abre una era de revolución social. El cambio que se ha producido en la base económica trastorna más o menos lenta o rápidamente toda la colosal super-estructura. Al considerar tales trastornos importa siempre distinguir entre el trastorno material de las condiciones económicas de producción -que se debe comprobar fielmente con ayuda de las ciencias físicas y naturales- y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas; en una palabra, las formas ideológicas bajo las cuales los hombres adquieren conciencia de este conflicto y lo resuelven. Así como no se juzga a un individuo por la idea que él tenga de sí mismo, tampoco se puede juzgar tal época de trastorno por la conciencia de sí misma; es preciso, por el contrario, explicar esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto que existe entre las fuerzas productoras sociales y las relaciones de producción. Una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productoras que pueda contener, y las relaciones de producción nuevas y superiores no se sustituyen jamás en ella antes de que las condiciones materiales de existencia de esas relaciones hayan sido incubadas en el seno mismo de la vieja sociedad. Por eso la humanidad no se propone nunca más que los problemas que puede resolver, pues, mirando de más cerca, se verá siempre que el problema mismo no se presenta más que cuando las condiciones materiales para resolverlo existen o se encuentran en estado de existir. Esbozados a grandes rasgos, los modos de producción asiáticos, antiguos, feudales y burgueses modernos pueden ser designados como otras tantas épocas progresivas de la formación social

económica. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso de producción social, no en el sentido de un antagonismo individual, sino en el de un antagonismo que nace de las condiciones sociales de existencia de los individuos; las fuerzas productoras que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean al mismo tiempo las condiciones materiales para resolver este antagonismo. Con esta formación social termina, pues, la prehistoria de la sociedad humana³⁴.

Para este libro-que como decimos era una parte del primer tomo de seis que tenía planeado escribir en ese momento- Marx, entre 1857 y 1858, había escrito una infinidad de notas que no publicó en la “Contribución”. Es como si Marx viera desarrollarse ante sí un árbol al que le surgían muchas ramas y tuviera que seguirlas a todas ellas hasta el fin y de la forma más exhaustiva humanamente posible. Estos borradores no fueron publicados sino hasta 1939 bajo el nombre -inventado por los editores- de “Elementos fundamentales de la crítica de la economía política”, mejor conocidos como los “Grundrisse” - por ser la primera palabra alemana del título “elementos”-. Estos textos son más que un borrador de El Capital pero menos que una obra terminada y articulada; se trata de apuntes y borradores de muchos temas que se incluirán en El Capital así como de otros que no encontraron cabida en la estructura final.

Debe tomarse en cuenta que por estas fechas Marx vacilaba entre exponer sus descubrimientos en una forma que incluyera los elementos comunes de todos los modos de producción -producción social, desarrollo de herramientas, división del trabajo, etc.- para exponer lo que hay de particular e históricamente transitorio en el capitalismo, o exponer sólo las leyes de este último sistema -criterio que utilizará finalmente-. Y con respecto al estudio del capitalismo, Marx pretendía estudiar la base económica -la extracción de plusvalía- para pasar a la superestructura jurídica del Estado burgués; luego a las relaciones internacionales y finalizar con el mercado mundial y las crisis mundiales. Basta leer la brillante introducción que había escrito para “Contribución a la crítica de la economía política” -introducción que no fue introducida a ese libro y



Sala de lectura del Museo Británico

que forma la primera parte de los Grundrisse- sobre el carácter histórico de la producción y las profundas reflexiones del arte griego³⁵ para darnos una idea del enorme horizonte que Marx abarcó en sus estudios y los valiosos desarrollos que complementan a El Capital. Para 1858, antes de publicar su “Contribución”, ya tenía un manuscrito de más de 800 páginas.

Pero para 1861 sus manuscritos crecieron aún más con un estudio sobre la historia de las teorías de la plusvalía -que se publicarán de forma completa como el Tomo IV de El Capital hasta la tardía fecha de 1956 (el tomo tercero hasta 1962-Kautsky había publicado una versión mutilada y arbitrariamente ordenada entre 1905 y 1910³⁶)-. Marx se encontraba trabajando en estos estudios -tratando de encontrar la estructura final adecuada para su obra- cuando es invitado en julio de 1863 -gracias a sus lazos con el movimiento obrero y con algunos activistas que conocía desde la época de la Liga de los Comunistas- a un mitin en defensa de la insurrección polaca. A partir de este movimiento se fundará -en un mitin público celebrado en Saint Martin’s Hall, Londres, el 28 de septiembre de 1864- la Primera Internacional.

Es para esta organización que, el 20 y 27 de junio de 1865, Marx dicta unas conferencias en donde debate con las ideas de un viejo oweniano perteneciente a la internacional. Weston sostenía que la lucha sindical por aumento de salario era contraproducente y errónea pues -según él- un aumento en el monto de los salarios tendría como consecuencia inevitable un aumento automático de los precios. Marx se vio obligado a intervenir -cosa que hizo a regañadientes, no le era grato debatir con un anciano- pues de adoptarse los puntos de vista de Weston, la Internacional bloquearía el puente hacia los obreros y su lucha sindical.

En este libro Marx expone, de una forma extraordinariamente popular, que un aumento de salario tendría como resultado una disminución de la ganancia sin afectar, en lo general, los precios de las mercancías; la lucha por aumento de salario constituía una escuela inapreciable para la lucha contra el capital, para preparar a la clase obrera frente a sus tareas políticas revolucionarias. También expone por primera vez la diferencia entre trabajo y fuerza de trabajo -más adelante expondremos con detenimiento estos descubrimientos-. La segunda parte de este texto es una de las mejores exposiciones populares-sino la mejor después de El Capital- que existe sobre la teoría de la plusvalía. Después de la muerte de Marx, una de sus hijas -Leonor- encontró el manuscrito de la conferencia -bajo el título original de “valor, precio y ganancia”-, fue publicado en 1898 con el título que hoy conocemos: “Salario, precio y ganancia”.

Por fin, en una carta a Kugelmann del 13 de octubre de 1866³⁷, expone lo que será la estructura final de El Capital en cuatro tomos -poco antes de esto Marx tenía proyectado que los temas de los tomos II y III se publicarían en un solo volumen-: 1.- proceso de producción, 2.- circulación de capital, 3.- producción y circulación en su conjunto y 4.- teorías sobre la plusvalía. Se trata de la culminación de más de veinte años de trabajo en la materia.

Es curioso que Marx -como él mismo lo explica en su carta a Schott de 3 de noviembre de 1877³⁸-escribió los cuatro tomos de El Capital en orden inverso a su publicación final; es decir, el Tomo IV sobre la plusvalía fue el primero en escribir y el tomo I el último. Esto demuestra

que el Tomo I -que explica la esencia de la producción capitalista (la plusvalía) y sirve de base teórica a todos los demás tomos- es fruto de una investigación teórica e histórica verdaderamente colosal.

Para marzo de 1865 Marx había firmado con la casa editorial que publicará la primera edición -Meissner y Behre de Hamburgo- un contrato que lo obligaba a entregar el manuscrito a más tardar en mayo de 1865. Sin embargo, Marx se resistía a publicar el primer tomo hasta no culminar -al menos- los dos siguientes; sucedió algo similar que con el Manifiesto Comunista que fue entregado por Marx con bastante retraso para desesperación de Engels. En una carta a Engels de julio de 1865 explica que “sean cuales fuesen sus defectos, mis escritos poseen esta ventaja: constituyen un todo artístico, alcanzable gracias a mi hábito de no dejarlos imprimir hasta verlos totalmente completos”.

Afortunadamente Engels convenció a Marx a entregar el Tomo I antes de terminar la redacción de los otros volúmenes. Desde el 1 de enero de 1866, Marx comienza la redacción del Tomo I que finaliza en abril de 1866. “Después de tantos y tan largos dolores para parirla -relata Mehring-, le alegraba, naturalmente, poder lamer y pulir la criatura”³⁹. ¡Y vaya que este embarazo había durado más de veinte años!

El primer lote del texto -cuyas primeras pruebas de impresión Marx revisará el 5 de mayo (todavía aquí Marx hizo muchas modificaciones)- fue entregado en noviembre de 1866. El 16 de agosto, a las dos de la mañana, Marx comunica a Engels el envío del último pliego con sus correcciones: “Este tomo está, por tanto, listo. Y esto ha sido posible gracias a ti. Sin lo que tú te sacrificaste por mí, jamás hubiera podido realizar los inmensos trabajos para los tres volúmenes. Te abrazo, lleno de agradecimiento. ¡Salud, amigo mío, mi caro amigo!”⁴⁰ El primer Tomo - en un tiraje de mil ejemplares- vio la luz el 14 de septiembre de 1867.

Engels escribió a Marx aliviado porque por fin su amigo se había quitado de encima una carga teórica que lo había “aplastado” por muchos años: “Siempre he creído que ese maldito libro que tantos años has llevado a costas era el principal culpable de todos tus apuros y desazones, de los que no podrías librarte hasta que te lo sacudieras. No cabe duda que esa obra eternamente inacabada pesaba sobre ti y te abatía, física, espiritual y financieramente. Por eso puedo imaginarme perfectamente que ahora, después de quitarte esa losa de encima, te sientas como otra persona completamente distinta”⁴¹.

Para comprender las palabras de Engels hay que aquilatar no sólo el titánico esfuerzo teórico invertido en El Capital, ni solamente las múltiples tareas políticas que Marx asumió simultáneamente, sino las extremas penurias personales a las que Marx y su familia tuvieron que sobreponerse.

ESTUDIANDO EL CAPITALISMO EN MEDIO DE LA MISERIA Si en lo político el periodo posterior a la revolución de 1848 -al menos hasta la fundación de la Primera Internacional, en 1864- fue de relativa calma -subrayamos, una vez más, lo de relativa-, la familia de Marx pasó por terribles dificultades económicas -una “pobreza nauseabunda”, tal como la describió Marx-. Viviendo en un barrio obrero londinense -en Dean Street del barrio Soho- los irregulares honorarios de Marx por su trabajo periodístico no alcanzaban

para lo más indispensable. En enero de 1851, por ejemplo, la familia de Marx por poco es arrojada a la calle por no poder pagarle al casero; en septiembre de 1852 Marx tuvo que empeñar su abrigo para poder mal comer patatas y pan; había deudas con el panadero, el lechero, el carnicero y hasta con el verdulero; la hija de Marx -Franziska- moría de bronquitis con apenas un año de nacida, ¡Jenny Marx tuvo que pedir prestado para comprar el pequeño féretro! Lo peor vino en abril de 1855, cuando muere el único hijo varón de Marx, Edgar -llamado de cariño “Mosquito”- con apenas 8 años de edad. En julio, Marx escribía una carta desgarradora a Lassalle: “[...] La muerte de mi hijo ha sacudido profundamente mi corazón y espíritu, y aún siento su pérdida tan vivamente hoy como el primer día. Mi mujer, la pobre, está también totalmente abatida”⁴².

Todo lo anterior destrozó los nervios de Jenny Marx y la pareja vivió terribles momentos de sufrimiento y amargura. El genio que exploró las entrañas más recónditas del sistema capitalista y los misterios más ocultos del dinero parece haber sido un pésimo administrador del mismo. Para colmo, la salud de Marx llegó a ser insostenible. Justo en la redacción del Tomo III, Marx sufrió un ataque de carbunclos o abscesos tan terribles que sólo podía estar de pie o recostado de lado -incluso llegó a operarse él mismo-. Jenny Marx escribió a Kugelmann -muy buen amigo de la familia- sobre ese duro periodo “créame que rara vez se ha escrito un libro en circunstancias más difíciles, y podría escribir una historia secreta que revelase la infinita cuantía de inquietud, turbación y ansiedad. Si los obreros tuvieran un atisbo del sacrificio que fue necesario para completar este trabajo, escrito sólo para ellos y en interés suyo, ellos mostrarían quizás una pizca más de interés”⁴³.

Sólo la invaluable ayuda económica de Engels, remitida por giro postal, pudo salvar a la familia del colapso y el desastre total. En verdad, Marx sólo solicitaba el auxilio de su amigo en los momentos más desesperados. En este periodo “Engels parece haberle dado más [dinero] a Marx de lo que gastó en él mismo”⁴⁴. Relata Jenny que cuando en la puerta se oía la llegada del cartero Marx solía exclamar: “¡Estamos salvados, las 2 libras de Friedrich!” Afortunadamente, a partir de 1864, la situación mejora relativamente, dos herencias aliviaron las penurias de la familia y el posterior retiro de Engels, en 1869, de su “trabajo de perro” en el negocio familiar, le aseguró a Marx un sustento económico más estable.

Lo que es cierto es que sin el apoyo de Engels, El Capital no hubiera visto la luz del día. Así, como ya hemos referido más arriba, lo reconoció el propio Marx. Después de la publicación del Tomo I, por ejemplo, en su correspondencia con Engels podemos leer conmovedoras palabras de agradecimiento: “Sin ti, jamás hubiera podido llevar a término mi obra, y te aseguro que siempre me pesaba sobre la conciencia como una pesadilla el ver que tenías que disipar en el comercio y dejar anquilosarse por mi causa, tus magníficas energías, obligado encima a compartir como propias todas mis pequeñas calamidades”⁴⁵. Y en otra carta de 1882, poco antes de morir, Marx le escribió a su eterno amigo que “Tu espíritu de sacrificio para conmigo es increíble, y muchas veces me avergüenzo para mis adentros pensando en ello”. p. 710.

Después de la publicación de la primera edición de Tomo I Marx tuvo poco tiempo para trabajar en los dos tomos siguientes. Preparó la segunda edición -a la cual, como de costumbre, le hizo cambios, sobre todo al pri-



Bebel, Liebknecht, Marx, Tolcke y Lassalle

mer capítulo- tarea en la que invirtió 18 meses; luego se ocupó de preparar la edición francesa. Analizó tanto la guerra franco-prusiana como su resultado: la experiencia de la Comuna de París -llegando a la conclusión de que el Estado burgués debía ser sustituido por un Estado de tipo comuna-. Y todo esto lo hacía mientras la lucha fraccional y desleal de Bakunin consumía gran parte de su atención.

Además, Marx y Engels no tuvieron otra opción que intervenir políticamente dado que el Partido de Eisenach -dirigido por Liebknecht-, había aceptado la fusión con la Unión General de Trabajadores Alemanes de Lassalle, haciendo concesiones inaceptables al oportunismo y confusión políticas. Esta fusión dará origen, en 1875, al Partido Socialdemócrata Alemán. La crítica al programa de Gotha es un testimonio de la batalla de Marx y Engels contra el oportunismo. El libro contiene, también, aportes muy importantes con respecto al periodo de transición y los problemas económicos relacionados a este periodo. La redacción del Anti Dühring también fue parte integrante de este contexto de lucha dentro del Partido. La sección económica fue escrita por Marx -texto que constituye otra manera óptima de acercarse a la teoría económica marxista-. Con todo esto a costas, Marx se puso a estudiar libros sobre agricultura rusa y norteamericana -que muestran dos caminos para la resolución del problema agrario sobre bases capitalistas (el primero reaccionario y el segundo progresivo)-. Engels -al preparar la edición del Tomo III, que aborda el tema de la renta de la tierra- tuvo que lidiar con metros cúbicos de papel sobre estadísticas agrarias. Encima de todo esto la familia Marx dio refugio en su casa a emigrados políticos de la comuna de París.

Marx tuvo la intención de dedicar el segundo tomo de El Capital a Darwin cuyas ideas revolucionarias contenidas en “Sobre el origen de las especies” Marx había advertido -aunque detectaba las limitaciones filosóficas de Darwin-. La atención que Marx y Engels pusieron sobre las ideas de Darwin -mientras casi el resto del mundo lo atacaba- no es casualidad si consideramos que introdujo la noción de desarrollo en la biología-. Al parecer Darwin rechazó esa dedicatoria para no “herir los sentimientos de su familia”, la cual profesaba ideas conservadoras⁴⁶.

La salud de Marx ya estaba seriamente quebrada a inicios de los 70s, dolores de cabeza terribles e insomnio le impedían trabajar como antes -aún así escribió-. Además, el médico le prohibió trabajar más de cuatro horas al día -recomendación que Marx violaba tanto como podía-. La redacción de los capítulos de los Tomos II y III realizados en estas fechas muestran, según Engels, la terrible batalla de Marx por concluir un trabajo que sabía que ya no estaría en sus manos culminar. Para empeorarlo todo, Jenny Marx contrajo cáncer de hígado. Marx, a pesar de estar también muy enfermo, pudo compartir los últimos momentos en el lecho de su esposa agonizante. Eleanor escribió: “No olvidaré nunca aquella mañana en que se sintió ya con bastante fuerza para ir al cuarto de mamá. Al verse otra vez juntos, parecían vueltos a los días radiantes de su juventud, convertida ella en una novia y él en un muchacho enamorado, que iban a entrar juntos a la vida; viéndolos, no parecían un hombre viejo y arruinado por la enfermedad y una anciana moribunda que se despedían para siempre”⁴⁷. Jenny von Westphalen murió el 2 de diciembre de 1881. Marx no pudo recuperarse de la muerte de su amada esposa, ya no tenía fuerzas para trabajar en El Capital y todavía tuvo que soportar la muerte de su hija Jenny, el 11 de enero de 1883, a causa, también, del cáncer. La bronquitis y neumonía lo atormentaban. Marx moría sentado en su mesa de trabajo, poco después de ver a Engels, en la tarde del 14 de marzo de 1883. Ese día -dijo Engels- “dejó de pensar el más grande pensador viviente”.

ENGELS Y LA TORTUOSA PREPARACIÓN DE LOS TOMOS II Y III

Marx hizo saber a su hija Leonor que sólo Engels podía encargarse de la publicación de los tomos siguientes de El Capital⁴⁸. Engels era el único capacitado para hacer frente al legado literario y teórico de Marx. Engels lo sabía perfectamente y se comprometió a una tarea -la restauración y publicación de los dos tomos- que le impidió terminar importantes obras teóricas como “Dialéctica de la naturaleza” que estaba escribiendo justo cuando Marx murió. Engels sabía que el mejor tributo a su amigo era hacerse cargo de los borradores que nadie más que él podía descifrar, interpretar y reconstruir. La intención era publicar los tomos dos, tres y cuatro, además de escribir una biografía de Marx.

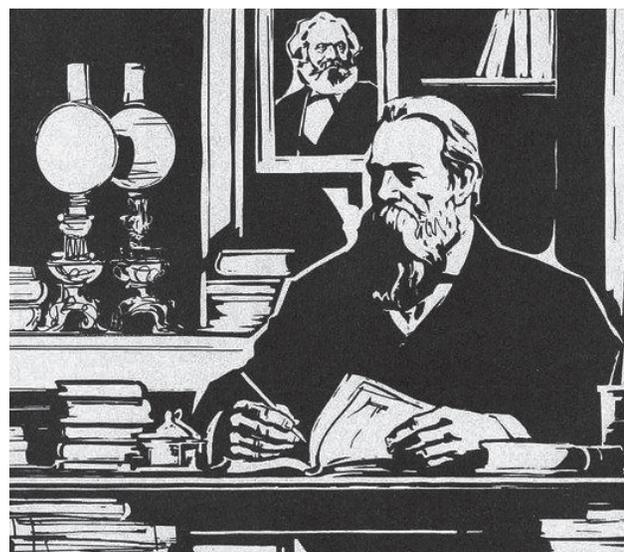
La tarea que Engels se impuso a sí mismo era titánica y era una empresa que debía realizar una persona de 62 años con un frágil estado de salud -tuvo que interrumpir el trabajo por seis meses a causa de la enfermedad y esa interrupción le atormentaba mucho, sabía que iba en una carrera contra reloj-. La vista de Engels empeoraba y la letra de Marx era espantosamente ilegible -a veces hasta para Marx mismo-; además, los doctores, alarmados por sus recaídas de salud, le prohibieron sentarse al escritorio. El remedio que encontró Engels fue apoyarse en un ayudante al que pudiera dictar el texto mientras él yacía recostado en un sofá. Estas sesiones se prolongaban diariamente desde las diez de la mañana hasta la cinco de la tarde. Aunque maratónicas y agotadoras -según una carta a Beker del 22 de mayo de 1883- eran para Engels “un trabajo grato ya que me siento otra vez al lado de mi viejo amigo”. Pero dictar no era lo más complicado, lo complicado era ordenar el material, integrar diferentes versiones de un mismo tema, desarrollar ideas que habían quedado incompletas. Por fin, en febrero de 1885 pudo terminar la puesta en limpio del Tomo II y enviarlo a la imprenta.

Pero el Tomo III iba a costarle a Engels diez años de trabajo, de hecho, prácticamente el resto de su vida. Marx había dejado para el Tomo III “un esbozo extraordinariamente incompleto”⁴⁹ y Engels lo terminaría con más de setenta años de edad. Este tomo fue inmensamente más difícil de integrar que el Tomo II puesto que de la parte quinta sobre la ganancia y el interés -una de las más complicadas- sólo había un conato de exposición. Engels intentó redactarla en tres ocasiones -tres redacciones que destruyó, consumiendo la mayor parte del tiempo-; del capítulo IV de la sección primera, por ejemplo, no existía más que el título. Otras secciones necesitaban soporte documental o, por el contrario, existían los ejemplos pero hacía falta la exposición lógica de la teoría. Por ello dice Lenin que los tomos II y III deben considerarse como obra conjunta de Marx y Engels.

Engels hacía todo esto al propio tiempo que escribía su obra maestra “El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado” y “Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana” y, además, ocupaba el lugar de orientación política que había recaído sobre todo en Marx -según sus palabras, “trataba que no se rompieran los hilos que de todas partes del mundo llegaban al cuarto de trabajo de Marx”⁵⁰-, su casa era “un lugar de peregrinación para personas de todos los países del mundo”⁵¹. Señala Lenin que: “[...] A él acudían en busca de consejos y directivas tanto los socialistas alemanes, cuyas fuerzas, a pesar de las persecuciones gubernamentales, iban constante y rápidamente en aumento, como los representantes de países atrasados, por ejemplo españoles, rumanos, rusos [...]. Todos ellos aprovechaban el riquísimo tesoro de conocimientos y experiencias del viejo Engels”⁵². ¡Encima asistía a todas las manifestaciones del 1 de mayo!

Al fin, a finales de noviembre de 1894 Engels vio salir de la imprenta el Tomo III de El Capital, justo antes de sufrir un ataque de apoplejía del que se recuperó. Lamentablemente ya no se recuperará del cáncer de esófago. Engels muere el 5 de agosto de 1895 sin haber podido publicar el Tomo IV y sin haber podido redactar la biografía de Marx que nadie ha escrito mejor de lo que él hubiera podido. En su testamento, Engels legó gran parte de su fortuna -junto con su biblioteca- al Partido socialdemócrata alemán -unos 20 000 marcos- y el resto a los descendientes de Marx y a otros dos amigos⁵³.

Hemos expuesto las vicisitudes de la producción del libro más importante -junto con El Manifiesto- para la clase



obrero y para la fundamentación científica de la revolución socialista. En lo que sigue intentaremos explicar las ideas más importantes de la economía política marxista.

Los libros “Trabajo asalariado y capital”, “Contribución a la crítica de la economía política”, “Salario precio y ganancia” y los tres tomos de “El Capital” constituyen el principal legado teórico de Marx en lo que respecta a su revolución de la economía política. En estos libros se encuentra el núcleo de la teoría del valor, la fuerza de trabajo, el capital, el dinero, la plusvalía y -en general- la explicación más completa que existe sobre el modo de producción capitalista, su surgimiento, desarrollo, decadencia y muerte. Hemos tratado de exponer el origen de estos libros pero hemos querido desarrollar la exposición sintética de la teoría económica marxista aparte, de otra manera la exposición teórica quedaría fragmentada y esto no ayudaría a la exposición. Lo que pretendemos es exponer a continuación las ideas esenciales, luego explicar cómo Marx pudo resolver paradojas que los teóricos burgueses (incluso sus mejores exponentes) fueron incapaces de resolver -estas paradojas son presentadas por Marx en su “Contribución a la crítica de la economía política”- y dejar al final algunas reflexiones sobre el método dialéctico que usó Marx en su hazaña teórica.

LA MERCANCÍA Y SU CONTRADICCIÓN La célula fundamental del capitalismo es la mercancía pues este sistema mercantiliza todos los productos y aspectos de la vida. Así como en la información genética de la célula existe oculta la información necesaria para reproducir un ser humano completo, en la célula capitalista -la mercancía- existen latentes las contradicciones que explican el desarrollo del sistema en su conjunto. La mercancía se convierte en un medio para explotar la fuerza de trabajo, es decir, la mercancía se convierte en capital. A diferencia de lo que mucha gente cree- pues ha aprendido a sacralizar el dinero- las mercancías no han existido siempre de forma omnipresente. La mercancía es producto de una relación social históricamente determinada.

En las sociedades de cazadores recolectores los productos del trabajo humano no se convertían en mercancías sino que se trataba de valores de uso que el clan o la tribu consumía directamente, simplemente porque apenas existía un sobrante sobre las necesidades de consumo de la comunidad. En los modos de producción precapitalistas

dominaba la “economía natural” que se orienta al consumo directo de lo que se produce. Sólo de forma excepcional algunos excedentes -por ejemplo pieles, piedras raras, carne seca, etc.- se convertían en mercancías, pero aún así ese intercambio marginal -aunque de cierta importancia en el incipiente intercambio cultural primitivo- no jugaba un papel relevante en la simple y directa vida productiva del paleolítico.

La producción regular de mercancías requiere de la posibilidad de generar un excedente constante y esto, a su vez, no fue posible más que con el desarrollo de las fuerzas productivas a un cierto punto, con la división del trabajo y la división de la sociedad en explotadores y explotados, con el surgimiento de la propiedad privada. Incluso con el surgimiento de los primeros Estados y civilizaciones de la antigüedad, el intercambio mercantil -que ciertamente se realizaba de forma regular y a largas distancias- era monopolio estatal y abarcaba poco más que artículos de lujo para la realeza, “faraones” y “tlatonanis”. Sólo en el capitalismo la relación mercantil se vuelve dominante. Estudiando las contradicciones de la mercancía se puede desentrañar la dinámica y funcionamiento del capitalismo -esto fue, precisamente lo que hizo Marx de forma exhaustiva en El Capital-.

La mercancía es un objeto producido con el fin de ser intercambiado. Como tal tiene una utilidad (valor de uso) y un valor de cambio (la proporción en que la mercancía se cambia por otras). El valor de uso de la mercancía -como el de cualquier objeto útil, sea mercancía o no- está determinado socialmente, es la sociedad la que impone ciertas necesidades que evolucionan, perecen y se transforman. La utilidad de un objeto está determinada por las propiedades objetivas -reales o supuestas- que son consideradas como útiles por la sociedad.

Pero la proporción en que una mercancía se intercambia por otra no depende de sus propiedades objetivas -pues se trata de objetos diversos (por ejemplo piel que se intercambia por pescado)- sino del trabajo que es lo único que tienen en común ambas mercancías. Ser producto del trabajo humano es el único criterio viable que se impone en el intercambio mercantil por un largo proceso histórico de ensayo y error.

El intercambio de mercancías implica propietarios privados que ofrecen sus mercancías a otros propietarios privados, esto supone un desarrollo de la sociedad tal que



haya hecho surgir cierta división social del trabajo en la cual los productores directos no producen todo lo que necesitan, no son autosuficientes y, además, ha surgido la propiedad privada. Por ejemplo, el surgimiento de la metalurgia supone un trabajo de tiempo completo y con artesanos que deben procurarse toda clase de objetos que ya no pueden o ya no saben producir. Si este productor no es mantenido por el Estado -como solía suceder en los estados antiguos donde el Estado era el gran comerciante- el productor deberá encontrar en el mercado aquello que necesita. Con la subsecuente división del trabajo -por ejemplo la ganadería y la agricultura, el campo y la ciudad, artesanos y campesinos, etc.- crecen los espacios para el desarrollo de las relaciones mercantiles que van disolviendo a la comunidad primitiva y crece, también, la concentración de poder y riqueza en un solo polo. Un excelente complemento a la historia del surgimiento del dinero hasta la formación de precios y ganancia media en “Complemento al prólogo” del Tomo III de El Capital. Éste es muy interesante pues analiza el surgimiento del valor de cambio desde tiempos primitivos⁵⁴.

EL SURGIMIENTO DEL DINERO Y SUS FUNCIONES, EL FETICHISMO DE LA PRODUCCIÓN MERCANTIL

Con el desarrollo del mercado abarcando cada vez más esferas de la producción va surgiendo la necesidad de encontrar una mercancía que sirva como medida del valor de todas las demás. Inicialmente el mercado marginal tomaba la forma de trueque cuya fórmula es M-M, es decir, mercancías que se intercambian directamente. En el trueque la venta y la compra son simultáneas, a los valores de uso no se han escindido de su forma de valor de cambio. Pero con el desarrollo de la economía mercantil esta fórmula se vuelve obsoleta puesto que, por ejemplo, el que ofrece piel no necesariamente quiere el producto del pescador que necesita aquella mercancía, sino puntas de lanza de alguien que no quiere piel.

Los productores comienzan a ver en una mercancía particular la mercancía por excelencia, con la cual medir el valor de todas las demás. El intercambio mercantil hace aparecer dinero, o un equivalente general del valor de todas las mercancías. Las sociedades antiguas, encontraron esa medida en el ganado, la sal, las pieles y hasta los esclavos -entre otros ejemplos-. Por un largo proceso de ensayo y error las sociedades antiguas encontraron en los metales preciosos ese equivalente general, pues metales como el oro y la plata- con alto valor producto de su extracción- y propiedades materiales, como su divisibilidad, durabilidad, maleabilidad, etc., las hacen inmejorables para esa función social.

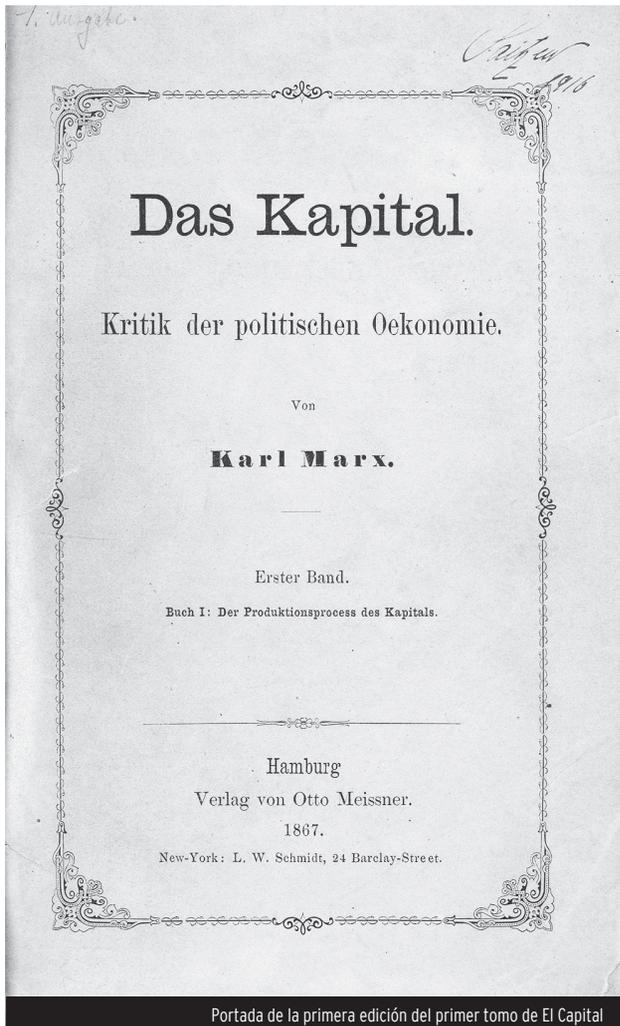
Marx estudia las funciones del dinero en su “Contribución a la crítica de la economía política” y en el primer volumen de El Capital. En primer lugar, el dinero como equivalente universal del valor ejerce su función en dinero en la forma de precio, el cual se calcula de manera imaginaria o abstracta (cuando vemos el precio de una mercancía en el Walmart, por ejemplo, la mayoría de las veces no la compramos, sólo calculamos magnitudes de valor); por el contrario, el acto real de compra requiere dinero “contante y sonante” que posibilita la circulación real de la mercancía -y permite al dinero circular constantemente y sin cesar- aquí se revela al dinero como medio de circulación y al mercado como un circuito infinito de compras y ventas, relaciones mercantiles que son el ce-

llo de una sociedad de individuos privados -y egoístas en consecuencia-. La diferencia entre el dinero como medida de valor y como medio de circulación -sin bien se trata de funciones complementarias y vinculadas- permite entender el surgimiento de los simples “signos de valor” o monedas y billetes sin valor real: el dinero como medio de circulación implica el desgaste de las monedas y que en ciertos momentos los signos del valor no coincidan con el valor que realmente contienen, por tanto, surge la posibilidad de sustituir las monedas con simples fichas o papeles sin valor alguno. Por supuesto que estas fichas no pueden emitirse de forma arbitraria por el Estado, deben corresponder con una cierta suma de valores que respalde a dichas monedas y billetes -primariamente oro y, después del “tratado de Bretton Woods”, dólares (pues el imperialismo norteamericano, después de la Primera Guerra Mundial, se apropió de las $\frac{3}{4}$ partes del oro del mundo)-. Con el desarrollo del capitalismo el dinero se convierte, también, en medio de pago, es decir, en medio para pagar créditos -aquí la venta de la mercancía se separa de su pago y se le permite temporalmente al capitalismo ir más allá de sus límites naturales a costa de acumular más contradicciones- y en dinero mundial. En realidad todas estas formas del dinero ya estaban más o menos presentes en la antigüedad -en Roma no pagar una deuda podía convertir a hombres libres en esclavos- pero es en el capitalismo donde estas formas se desarrollan hasta el fin.

En la capítulo del Tomo I, “el fetichismo de la mercancía y su secreto” Marx ahonda en el fenómeno de la alienación capitalista que ya había explorado en los manuscritos de 1844 pero ahora enfocado desde el punto de vista de la teoría del valor. En la producción mercantil las relaciones entre las personas se presentan como relaciones entre cosas. Los propietarios privados se vinculan a través del mercado como portadores de mercancías y, con el surgimiento del dinero como mercancía universal, la relación social mercantil se desdobra en un valor de cambio que se separa de la mercancía y del hombre mismo. El producto de una relación social específica e histórica se materializa y se enfrenta a los dueños de mercancías y a los productores. El pensamiento religioso y fetichista atribuye propiedades místicas a los objetos, el capitalismo atribuye a las cosas relaciones sociales y trata a las personas como cosas o como sujetos que valen sólo porque representan cosas. Marx explica que:

“Lo que aquí reviste, a los ojos de los hombres, la forma fantasmagórica de una relación entre objetos materiales, no es más que una relación social concreta establecida entre los mismos hombres. Por eso, si queremos encontrar una analogía a este fenómeno, debemos remontarnos a las regiones nebulosas del mundo de la religión, donde los productos de la mente humana semejan seres dotados de vida propia, de existencias independientes relacionadas entre sí y con los hombres”⁵⁵.

LA FÓRMULA DEL CAPITAL No toda producción de mercancías implica capitalismo. La producción mercantil simple -prevaliente en las sociedades precapitalistas- es representada por Marx con la fórmula M-D-M, es decir, una mercancía que se cambia por dinero para comprar otra mercancía del mismo valor. El principio y el fin de la ecuación es la mercancía como valor de uso, lo que se pretende aquí es adquirir un objeto útil del mismo valor de cambio. Ya con el surgimiento del dinero como medio de circula-



Portada de la primera edición del primer tomo de El Capital

ción presenciamos la separación entre la compra y la venta y la posibilidad abstracta de la crisis: de que el poseedor de mercancías no encuentre comprador y que, por tanto, el trabajo contenido en ella haya sido inútil o irrealizable. Esta posibilidad abstracta se volverá en inevitable con la conversión de la mercancía en capital y la inversión de la fórmula del intercambio mercantil en fórmula de producción capitalista.

Al capitalista lo que le importa no es el valor de uso de sus mercancías, ésta es sólo un medio para acrecentar su dinero, para obtener una ganancia. La fórmula general del capital es D-M-D" (donde D" es dinero acrecentado). Pero hemos visto que el intercambio mercantil supone el cambio de equivalentes, es decir, de mercancías con el mismo valor de cambio. El capitalismo como sociedad productora de mercancías no violenta la ley de equivalencia del intercambio mercantil. El capitalista no puede obtener su ganancia por medio de la circulación: si la ganancia proviniera de vender más caro, lo que el capitalista obtuviera como vendedor lo perdería eventualmente como comprador -puesto que otros capitalistas también obtendrían su ganancia de vender más caro-. Incluso si el capitalista logra vender más caro a costa de los demás, este resultado no crearía valor, sólo redistribuiría un valor ya existente. Si el valor de cambio de la mercancía está determinada por el trabajo socialmente necesario es sólo en la producción donde se puede encontrar la fuente de la ganancia del capitalista.

La producción mercantil supone el intercambio, la confrontación de las diversas mercancías entre sí entre diversos dueños privados. La producción mercantil supone

una relación social. Debido a esto, si el trabajo invertido en la producción de una mercancía es socialmente inútil -por ejemplo, la producción de un modelo de computadora que nadie usa- esa mercancía no tiene valor aunque hayan invertido 8 horas de trabajo producirla -frente a las 4 horas invertidas en una computadora de última tecnología-. Es por esto que el valor de las mercancías está determinado por el trabajo socialmente necesario invertido en ellas -no por el trabajo concreto, sino por el trabajo abstracto, no por el trabajo complejo, sino por el trabajo simple, no por la cualidad de ese trabajo sino por la simple cantidad de tiempo que se invierte en su producción-. Marx explica que "cuando decimos que el valor de una mercancía se determina por la cantidad de trabajo encerrado o cristalizado en ella, tenemos presente la cantidad de trabajo necesario para producir esa mercancía en un estado social dado y bajo determinadas condiciones sociales medias de producción, con una intensidad media social dada y con una destreza media en el trabajo que se invierte"⁵⁶. Como el intercambio mercantil supone la interacción de un número muy grande de propietarios privados se impone las leyes estadísticas de los "grandes números", así como del choque de las partículas de un gas contenido surgen dialécticamente leyes específicas estudiadas por la termodinámica.

EL SECRETO DE LA PLUSVALÍA El dinero se convierte en capital cuando el capitalista puede comprar en el mercado una mercancía especial que tiene el valor de uso -la utilidad-peculiar de ser fuente de valor. Esta mercancía es la fuerza de trabajo, cuya utilidad -para el capitalista- es el trabajo mismo. Lo que Marx descubrió -logrando resolver las paradojas que torturaban a la economía política clásica- es la diferencia entre trabajo y fuerza de trabajo. El capitalista compra al trabajador su fuerza de trabajo -por un periodo de tiempo determinado (10 horas, por ejemplo)- pagando al trabajador el precio de su fuerza de trabajo, que es el monto necesario para reproducir a esa fuerza de trabajo, es decir, para alimentarse, vestirse, alojarse y reproducirse; o más precisamente, los medios de subsistencia para mantenerse vivo. Este cambio mercantil se hace siguiendo todas las reglas del mercado, el capitalista -suponiendo que paga un salario "justo"- le paga al trabajador la suma de valores equivalentes al trabajo socialmente necesario para producir al trabajador.

Pero el capitalista compra la fuerza de trabajo no con el simple fin de mantener vivo al trabajador, sino para utilizar el valor de uso de esa mercancía -de la misma manera que compramos una computadora para usarla-, es decir, la compra para ponerla a trabajar. Pero en la jornada de trabajo el trabajador reproduce no sólo el valor de su propia fuerza de trabajo -el salario que el capitalista le pagó, trabajo que Marx llama "trabajo necesario"- sino que mediante un "plustrabajo" crea un valor adicional que Marx llama "plusvalía". Así, si en 6 horas, por ejemplo, el trabajador reproduce su salario, en las siguientes 4 horas producirá plusvalía. Al tiempo donde el trabajador produce plusvalía Marx lo denomina "trabajo excedente". Este descubrimiento desnuda el carácter explotador del capitalismo. En última instancia la lucha de clases en el capitalismo es la lucha por la plusvalía, lo que explica el carácter antagónico e irreconciliable de los intereses del proletariado y la burguesía. La plusvalía es la fuente de los "dividendos" que se reparte la clase dominante en su conjunto, incluso de aquella parte que no invierte en capital

productivo: la ganancia (industrial y comercial), la renta de la tierra (marginal y absoluta) y el beneficio (bancario y financiero).

Pero para que los capitalistas puedan encontrar en el mercado fuerza de trabajo y para que, por otra parte, la industria, la tierra y la banca se hallen concentradas en sus manos se requirieron premisas históricas muy concretas. Estas condiciones suponen la existencia de mano de obra “libre” tanto de medios de producción -con los que el trabajador directo pueda procurarse su sustento- como libre de trabas feudales que le impidan venderse al capitalista. Esto es decir que el capital es una relación social de producción y no una propiedad de las cosas mismas. Una fábrica es capital no por ser fábrica, sino porque la monopolización privada de ésta permite la explotación del trabajo. Bajo relaciones sociales comunistas la fábrica tendrá, al menos en un inicio, la misma forma material pero expresará nuevas relaciones sociales que permitirán todo el desarrollo posible de la técnica en beneficio colectivo.

Marx explica el surgimiento las condiciones históricas para el dominio del capital en el crecimiento del comercio que comienza en el Renacimiento, el llamado “descubrimiento de América” que inundó de metales preciosos Europa -acelerando la conversión del dinero en capital-, en la acumulación originaria en la cual los diversos estado absolutistas -sobre todo en Inglaterra- expropiaron salvajemente -mediante leyes draconianas- a los pequeños campesinos para concentrar la tierra en manos de los nuevos burgueses textiles; en las revoluciones burguesas -especialmente la gran Revolución francesa que rompió las trabas feudales, creando las naciones modernas y desarrollando los mercados nacionales- y en la revolución industrial que creó la industria moderna. Marx explica que el capitalismo ha nacido chorreando lodo y sangre por todos los poros. Quien quiera conocer la historia del origen del capitalismo debe leer el capítulo sobre la “acumulación originaria” del Tomo I. El mito del gran emprendedor como origen del burgués es una mentira. Éste nació expropiando de manera sanguinaria e implacable a los pequeños campesinos y arrojándolos por la fuerza a las puertas de la gran industria.

PLUSVALÍA ABSOLUTA Y RELATIVA En la lucha perpetua por aumentar la tasa de plusvalía -o la relación entre el tiempo de trabajo necesario y el tiempo de trabajo excedente- los capitalistas se ven obligados por la competencia a intentar aumentar la jornada de trabajo, la intensidad del mismo y/o a reducir el monto de los salarios, de tal manera que el tiempo en que el trabajador produce plusvalía o trabajo no remunerado sea mayor y por tanto aumentar la ganancia. De ahí los intentos constantes -sobre todo en épocas de crisis- por destruir los límites legales de la jornada de trabajo, el derecho a la sindicalización y toda clase de derechos sociales que afectan la tasa de plusvalía de la clase dominante. A las formas anteriores de aumentar la tasa de plusvalía -alargando la jornada de trabajo- Marx les llama “plusvalía absoluta”.

Pero existen límites orgánicos, subjetivos y objetivos para la extracción de plusvalía absoluta. El día sólo tiene 24 horas y aunque el capitalista tiende a aumentar la jornada hasta sus límites naturales -es decir, al punto donde la relación asalariada se convierte en esclavitud abierta- no es posible reproducir la fuerza de trabajo si ésta no duerme y come. Además, la organización sindical y política de los

trabajadores impone límites relativos, culturales e históricos que aunque la burguesía rompe continuamente, los trabajadores recrean continuamente en una lucha que será perpetua mientras exista el sistema capitalista. Marx describe en el Tomo I la lucha por la jornada de 10 horas en Inglaterra, que es una “guerra civil” en la cual los trabajadores impiden ser asimilados a meros esclavos. Por ello la burguesía -sin desentenderse nunca de la plusvalía absoluta- intenta aumentar la productividad del trabajo por otros medios: invirtiendo en el desarrollo de las fuerzas productivas, en aumentar la productividad del trabajo -o en otras palabras- invirtiendo en la innovación constante de tecnología y maquinaria, y en nuevas maneras de organizar y dividir el trabajo. Marx llama a esta manera de aumentar la plusvalía -aumentando la productividad del trabajo- “plusvalía relativa”.

Marx explica que el capitalismo en su tendencia a aumentar la plusvalía relativa atraviesa por diversas fases en la organización social de la explotación del trabajador, a saber, la cooperación simple, la manufactura y la gran industria modernas -y dentro de ésta podemos mencionar otras que Marx ya no pudo ver, como la producción en serie y el “fordismo”-. Esto explica el misterio aparentemente irresoluble de que en 150 años -o más- de existencia del capitalismo como sistema dominante se hayan realizado más inventos, producido más tecnología e impulsado más teorías científicas decisivas que en toda la historia de la humanidad en su conjunto. El capitalista innova no por amor a la humanidad y al conocimiento, sino para aumentar la productividad del trabajo y, en consecuencia, la tasa de plusvalía. Pero en esta tendencia acrecienta la dominación del capital constante -maquinaria, edificios, materias primas- sobre el capital variable -el trabajador- pues la maquinaria devalúa el valor de la fuerza de trabajo, sustituye a gran cantidad de trabajadores que engrosan las filas del “ejército industrial de reserva” (el ejército de desempleados), rebaja la destreza del trabajador a monótonos movimiento repetitivos; el trabajo vivo se convierte en apéndice de la máquina.

En cualquier caso, en “Trabajo asalariado y capital” Marx ya había argumentado que el grado de sometimiento del trabajador al capital no puede medirse solamente con el valor nominal del salario -es decir, con el monto puramente numérico del salario-, sino por el poder de compra del mismo -salario real- y sobre todo por la proporción del salario en relación a la magnitud de la tasa de plusvalía -salario relativo-. El salario nominal puede aumentar pero el salario real disminuir por la caída del poder de compra, por ejemplo. El poder de compra de los trabajadores puede aumentar de hecho -aumentar el salario real y nominal- pero la plusvalía, por ejemplo, aumentar al doble. En este caso, el trabajador está doblemente sometido al capital. “El poder de la clase de los capitalistas sobre la clase obrera ha crecido, la situación social del obrero ha empeorado, ha descendido un grado más debajo de la del capitalista”⁵⁷. La cuota de plusvalía -la relación entre los salarios pagados y la plusvalía obtenida- tiende a aumentar incluso suponiendo el aumento del salario real, por lo que la acumulación capitalista conlleva una tendencia a la pauperización del trabajador. Esto supone que las necesidades están socialmente determinadas y que el salario relativo considera tanto la relación del salario frente a la ganancia como a los objetos que son considerados útiles y necesarios, sin los cuales el trabajador se siente miserable.



La extracción de la plusvalía

Marx explica esto con una metáfora: “[...] por mucho que, en el transcurso de la civilización, su casa [del trabajador] gane en altura, si el palacio vecino sigue creciendo en la misma o incluso mayor proporción, el habitante de la casa relativamente pequeña se irá sintiendo cada vez más desazonado, más descontento, más agobiado entre sus cuatro paredes”⁵⁸. En los periodos de auge la tendencia a la pauperización es relativa -puesto que aun suponiendo el aumento del poder de compra del salario, la ganancia aumenta en mayor medida-, pero en los periodos de crisis la tendencia al empobrecimiento se vuelve absoluto: no sólo disminuye la participación de los trabajadores en la riqueza creada, sino que disminuye el salario real e incluso el nominal.

CIRCULACIÓN DE CAPITAL Pero al capitalista sólo le interesa la extracción de plusvalía en la medida en que ésta se puede “realizar” en el mercado, es decir, en la medida en que la plusvalía cristalizada en la mercancía se vende o se convierte en dinero acrecentado, y para volver a producir el capitalista debe estar en condiciones de adquirir en el mercado la fuerza de trabajo y los medios de producción. El tomo I de *El Capital* estudia la producción de plusvalía-que únicamente se genera en la industria, es decir, en el seno del capital productivo-, Marx menciona la circulación en este tomo -por ejemplo la venta de fuerza de trabajo- solamente en la medida que interesa a la producción. En el Tomo II, por el contrario, Marx estudia el proceso de circulación del capital social y las diversas fases que adopta el capital en este proceso. Marx explica que la circulación capitalista no consiste en el simple movimiento de las cosas -como puede parecer a cualquier comprador y como la entendía Ricardo- sino en un proceso cíclico donde el capital adopta diversas formas: monetario, productivo y mercantil⁵⁹. Estas diversas formas que adopta el capital en su ciclo de rotación habían sido desarticuladas mecánicamente por los economistas burgueses; por ejemplo, para los mercantilistas el origen del valor y la ganancia provenían del mercado. Estas diversas formas del ciclo tienden a ocultar el verdadero origen de la plusvalía.

El capitalista está interesado en reducir los tiempos de rotación de capital, es decir, reducir el intervalo de retorno de su inversión con su respectiva ganancia. Por ello el capitalismo ha desarrollado los medios de comunicación,

transporte, almacenamiento, publicidad: para reducir el tiempo en que la mercancía se realiza o se vende. Ese interés hace creer al capitalista y a la sociedad en su conjunto -los mercantilistas creían esto- que la plusvalía es producida por el dinero que se invierte o por la circulación del dinero invertido, esta apariencia oculta el hecho de que si la velocidad de la rotación aumenta la ganancia, es sólo porque a mayor rotación ese capital acrecentado puede retornar a la producción de plusvalía, incluso en escala ampliada. Esto muestra que el capitalismo tiende a ser una espiral infinita de producción de plusvalía, tendencia que choca de frente con la capacidad de consumo -entendida como poder de compra- limitada de las masas.

En el Tomo III Marx estudia la producción y la circulación en su conjunto, explicando la formación de la cuota media de ganancia, y el precio de producción. En el Tomo I -en tanto sólo abordó la producción en estado puro- Marx partía de la premisa de que las mercancías se venden por su valor pero en la producción capitalista como un todo, la ley del valor se manifiesta de forma modificada, a través de la competencia y la formación de precios. Sin embargo la abstracción hecha en el Tomo I había sido indispensable para entender el funcionamiento del capitalismo en un mayor grado de concreción y para demostrar que a fin de cuentas los precios del mercado -que vemos todos los días- se determinan por la ley del valor. El enfoque de Marx en el Tomo I había sido necesario, además, porque el valor antecede históricamente a la formación de precios y a otros fenómenos como la formación de la cuota media de ganancia: efectivamente, las mercancías se habían intercambiado por su valor mucho antes de que la producción mercantil expresara el valor en forma de precio -que no es sino una forma modificada del valor-.

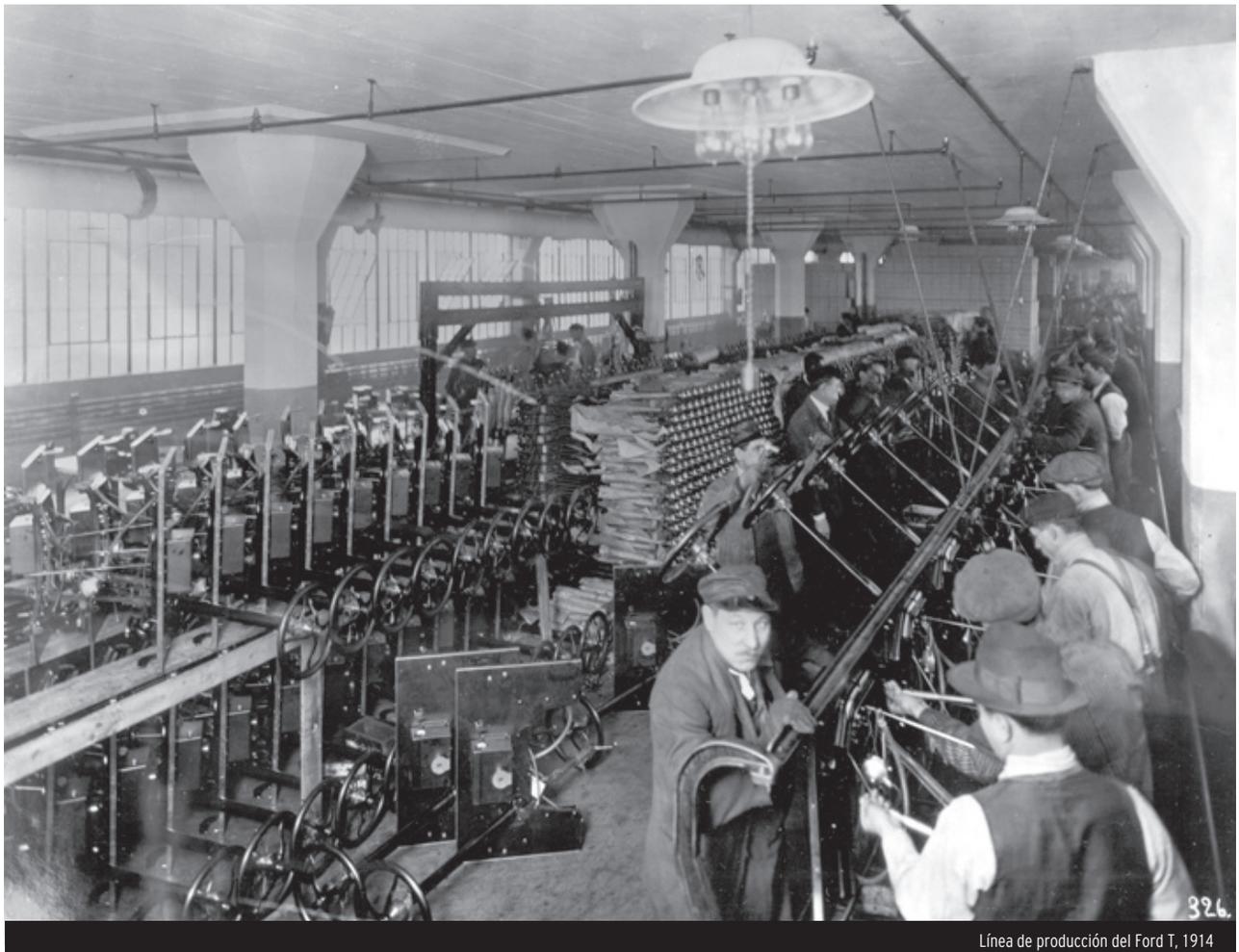
PRECIOS Y GANANCIA MEDIA Los clásicos sabían que el precio oscilaba en torno al valor, pero fueron incapaces de establecer la relación entre valores y precios. Para los clásicos el precio era una cuestión de simple azar -como hoy en día puede parecernos a cualquiera que observa la subida y bajada, aparentemente caprichosa, de los precios en el mercado- o, para los utópicos, se trataba de una infracción de la ley del valor. Una de las contribuciones más notables del libro “Trabajo asalariado y capital” es que, por vez primera, Marx logra establecer la relación entre valor y precio -tema que Marx profundizará en el Tomo III de *El Capital*-. Efectivamente, el precio es la expresión monetaria del valor de una mercancía, pero aquél fluctúa constantemente en relación a su valor, como las olas del mar que oscilan por encima de las corrientes profundas. Marx explica que el precio sube o baja en función de la oferta y la demanda, que a su vez está determinada por la competencia entre vendedores -que tiende a aumentar la oferta y bajar los precios-, entre los compradores -que tiende a subir la demanda y el precio de las mercancías- y, ante todo, la feroz competencia entre dos ejércitos: el de vendedores y compradores. Pero de este fenómeno real, algunos economistas extraían la conclusión equivocada de que lo que determinaba el valor era la oferta y la demanda. Marx demuestra que esta oposición -oferta y demanda- determina las oscilaciones de los precios pero no el valor que los precios expresan. En “Trabajo asalariado y capital” Marx demuestra esto de manera genial: la oferta y la demanda constituyen dos fuerzas opuestas y su

equilibrio –la igualdad de fuerzas entre oferta y demanda– equivale a su neutralización mutua. Cuando la oferta y la demanda coinciden, el precio de una mercancía equivale exactamente a su valor de cambio, por lo tanto la oferta y la demanda no puede explicar el origen del valor, sólo su alteración.

Como hemos visto, la competencia redistribuye entre los diversos capitalistas el valor creado por los trabajadores espontáneamente (por medio de la formación de los precios). Pero el análisis de Marx va más a fondo: “si el precio está determinado por la relación entre oferta y demanda, ¿qué es lo que determina esta relación entre oferta y demanda?”⁶⁰. Marx explica que, en virtud de la loca búsqueda de beneficio que caracteriza al capitalismo, los capitales fluyen a las ramas de la producción que presentan mayor demanda y por tanto una ganancia mayor en relación a los precios de producción –o en relación al capital desembolsado por el capitalista en medios de producción y salario–, pero esa afluencia de capitales hacia las ramas más “competitivas” tiende a nivelar la ganancia obtenida en ellas conformando una ganancia media, con lo cual la competencia orienta nuevamente el precio en torno a su valor y por encima o por debajo del costo de producción. Marx explicará en El Capital Tomo III que así se forma un precio de mercado que equivale al costo de producción más la ganancia media. Los monopolios tienden a distorsionar el precio de mercado a costa del consumidor. Así pues, Marx logra establecer la relación entre el valor –como materialización del trabajo– y los precios –que oscilan constantemente sin relación aparente con el valor–, cuestión que había sido un misterio indescifrable para los economistas anteriores. Muchos críticos de Marx han se-

ñalado una supuesta contradicción entre el Tomo I y el III –ya que en el tomo I Marx partía del supuesto de que las mercancías individuales se intercambian por su valor–, pero no es posible entender la formación de precios sin comprender la ley del valor: la relación entre valor y precio es la misma que existe entre la esencia o la ley y el fenómeno en el cual se manifiesta.

En relación con el carácter socialmente necesario del trabajo creador de valor, el capitalista individual que logra en primer lugar una “composición orgánica” mayor –es decir, que invirtiendo en maquinaria obtiene una relación mayor de maquinaria con respecto a la fuerza de trabajo empleada– puede vender más barato pero obtener mayores ganancias, desplazando a sus competidores y concentrando y centralizando el capital. La contradicción oculta en este desplazamiento del hombre por las máquinas está en que la máquina –el capital constante– no genera valor –sólo el trabajo puede hacerlo–; el “capital muerto” (máquinas, edificios, materias primas) sólo trasfiere su valor por el desgaste o el uso. Por tanto, en realidad, el valor individual de las mercancías de ese primer capitalista que introduce nueva tecnología tiende a disminuir. Sin embargo, como el valor de las mercancías que este capitalista lleva al mercado está determinado por el trabajo socialmente necesario –y no el que se extrae en su fábrica particular–, obtiene de sus mercancías ganancias extraordinarias que no provienen sólo del valor generado por los trabajadores explotados en su fábrica, sino por el trabajo social que cuesta en promedio producir las mercancías de su clase. Pero el secreto comercial –que protege las innovaciones del empresario– deja de ser secreto cuando se usa y, por tanto, es imposible evitar que esa innovación se difunda y el trabajo



Línea de producción del Ford T, 1914

socialmente necesario disminuya tarde o temprano en esa rama en cuestión. Por lo tanto, la tasa de ganancia general tiende a descender conforme la composición orgánica del capital aumenta a nivel global, y el capital no tiene más remedio que buscar perpetuamente nuevos mercados para invertir.

Esta tendencia, que Marx desarrolla en el Tomo III, es el secreto de la formación de la cuota media de ganancia por la cual capitales de la misma magnitud tienden a obtener la ganancia “media” o normal para un periodo determinado. Lo que sucede es que la masa total de plusvalía se reparte entre la burguesía, en forma de ganancia, en función de la inversión, como si la plusvalía extraída a los trabajadores en su conjunto fuera parte de un fondo común de toda la burguesía. “Tenemos, pues, aquí la prueba matemáticamente exacta de por qué los capitalistas, a pesar de las rencillas que les separan en el campo de la competencia, constituyen una verdadera masonería cuando se enfrentan en conjunto con la colectividad de la clase obrera”⁶¹.

Cabe añadir que la tendencia decreciente en la tasa de ganancia no impide el aumento en la masa de la ganancia y la concentración de la riqueza en pocas manos- aunque esto aparezca como una paradoja-. Mientras que la tasa de ganancia tiende a disminuir –conforme la composición orgánica general aumenta en una rama particular- el grado de explotación de la fuerza de trabajo aumenta–mientras el ejército industrial de reserva engrosa sus filas- por lo que la masa total de plusvalía tiende a aumentar también. Y si bien es cierto que el descenso de la tasa de ganancia puede hacer menos atractivas algunas ramas de la producción antes pujantes, esto no significa que la concentración de capital –por tanto las ganancias de un número cada vez menor de industriales- disminuya.

LA RENTA DE LA TIERRA Decíamos que la plusvalía es la fuente de la que emanan los dividendos de los sectores parasitarios de la sociedad: la ganancia para el empresario industrial y comercial, el beneficio para el banquero y la renta para el terrateniente. El problema del origen de la renta de la tierra había sido un misterio indescifrable para los economistas burgueses –asunto que Marx desentraña en el Tomo III-. Para los fisiócratas la producción agrícola era la única fuente de valor; para Smith, al tiempo que sostenía elementos de la teoría del valor trabajo- era la tierra la fuente del valor en la agricultura. Ricardo sostenía, correctamente, que la fuente de la renta de la tierra proviene del trabajo –ya identificaba lo que Marx llamará “renta diferencial”- pero, al mismo tiempo, Ricardo defendía la reaccionaria teoría malthusiana de la “fertilidad decreciente del suelo” que culpaba a la naturaleza de la pobreza de las masas, además de que no distinguía entre uso del suelo como capital y uso del suelo como simple objeto de trabajo.

La tierra es la fuente primitiva del trabajo que provee al hombre de materias primas y fertilidad. Sin embargo la tierra se convierte en capital sólo cuando –sobre la base de la propiedad privada- se utiliza a la tierra para que el trabajo ajeno produzca plusvalía. La tierra ha sido siempre objeto de trabajo pero no siempre ha sido capital como creían los economistas burgueses –incluido Ricardo-. La tierra se convirtió en capital en determinada fase de la historia de la humanidad. ¿Pero cómo se determina la parte de la plusvalía que corresponde al terrateniente?

El monopolio de la tierra permite al terrateniente apropiarse de su parte de la tajada de la plusvalía y esto lo hace gracias a las siguientes circunstancias económicas: En la agricultura la competencia de capitales –gracias a la cual se crea la ganancia media en la industria- es más complicada pues el monopolio de la tierra desincentiva la inversión en maquinaria; además, la relativa escasez de tierras cultivables hace que incluso las peores tierras aporten una parte de plusvalía –en forma de renta- para sus dueños. La baja composición de capital –baja proporción de maquinaria y capital constante en relación a la fuerza de trabajo- arroja en el campo un excedente adicional sobre la ganancia media –el monopolio de la tierra no permite que ese excedente de plusvalía pase a formar parte de la ganancia media del mercado-. A esta renta –que nace del monopolio de la tierra- Marx la denomina “renta absoluta”. La reforma agraria o el rompimiento del poder terrateniente logra que esa renta absoluta pase a formar parte de la ganancia media general en la agricultura, aumentando la renta para el conjunto de capitalistas y ya no sólo para unos cuantos latifundistas. Es por esto que la reforma agraria –parte integrante de las tareas democrático burguesas- acelera el desarrollo del capitalismo y las fuerzas productivas.

Pero por encima de las peores tierras están las tierras medianamente fértiles y otras pocas cuya fertilidad es óptima –ya sea por su ubicación y condiciones naturales (riego, pluviosidad, cercanía a los mercados, etc.) o por la mayor inversión en capital –abono, maquinaria, riego- que se ha invertido en ellas (cabe añadir que esta inversión está relacionada con la resolución idónea del problema de la tierra, del cumplimiento de las tareas de la revolución democrático burguesa). Estas últimas tierras, mucho más productivas y organizadas conforme a la industria moderna, arrojan una ventaja en cuanto a precio de producción con respecto a las peores tierras. En este caso los capitalistas pueden vender a precio de mercado (conforme al trabajo socialmente necesario que impera en un momento determinado) obteniendo una renta mayor a la media (determinada por las peores tierras), renta que Marx denomina “renta diferencial”. El que la ganancia media en la agricultura esté determinada por la productividad en las peores tierras –y no por las condiciones medias como sucede en la industria- no es un capricho del terrateniente: en general, las tierras medianas y buenas no pueden por sí solas abastecer al mercado, si no se cultivaran las peores tierras la demanda de productos agrícolas aumentaría y ello arrojaría beneficios a los capitalistas que invirtieran en las peores tierras.

La renta diferencial –la que se obtiene por la sucesiva inversión de capitales- demuestra la falsedad de la teoría de Malthus, según la cual la productividad de la tierra decrece irremediablemente imposibilitando sostener a una población creciente. La tierra bajo las condiciones de la técnica y ciencia modernas puede aumentar su fertilidad de forma potencialmente indefinida. La importancia de las investigaciones de Marx sobre la renta de la tierra consiste, entre otras cosas, en que demuestra que ésta tiene su fuente en la plusvalía, es decir, en el trabajo no pagado a los trabajadores, en la explotación de su fuerza de trabajo.

REPRODUCCIÓN AMPLIADA Y LEY GENERAL DE LA ACUMULACIÓN CAPITALISTA Para no dejarse desplazar por sus competidores, el capitalista debe invertir mayores sumas de capital, producir a una escala mayor, conquistar nuevos

mercados; es decir, el capitalista debe invertir una parte de sus ganancias -que provienen de la plusvalía- en aumentar la escala del capital o de los recursos destinados en la explotación de la fuerza de trabajo, del trabajador. Como Marx explica en el Tomo III de El Capital, el capital no se contenta con la “reproducción simple”- o la inversión en la misma escala que el ciclo anterior- sino en “reproducción ampliada”. Pero la reproducción ampliada tiende a desplazar a una mayor cantidad de “trabajo vivo” -fuerza de trabajo- en relación al “trabajo muerto” -maquinaria, edificios, materias primas- y al mismo tiempo ese capital tiende a desplazar a los pequeños y medianos productores arrojándolos a las filas del proletariado. Por lo tanto, se forma un ejército industrial de reserva o una legión de trabajadores condenados al paro forzoso que el capital no puede absorber con el mismo ritmo que su crecimiento. Ésta es la ley general de la acumulación capitalista: la creación del ejército industrial de reserva, la creación de un ejército de asalariados en una proporción mayor a la capacidad bajo condiciones capitalistas para ocuparlos productivamente. Este ejército presiona a la baja al salario pues aumenta la oferta de la fuerza de trabajo -cuyo precio se determina, como cualquier mercancía, por las leyes de la oferta y la demanda-. Crece el desempleo, la indigencia y la marginación. “Y así, el bosque de brazos que se extienden y piden trabajo es cada vez más espeso, al paso que los brazos mismos que lo forman son cada vez más flacos”⁶². En el pasado -después del boom de la posguerra- los países capitalistas más industrializados y colonialistas podían darse el lujo de “exportar el desempleo”, permitiendo el pleno empleo dentro de sus fronteras, a costa de la miseria del llamado “Tercer mundo”. Pero en la crisis actual del capitalismo del “ejército industrial de reserva” no se salva ningún país capitalista del mundo.

CRISIS DE SOBREPDUCCIÓN En su “holocausto caníbal” de la competencia capitalista -que funciona por y para el lucro privado-, un sistema en donde en el altar del capital son sacrificados los trabajadores (al desempleo, bajos salarios, jornada extenuantes y mayor explotación), así como son también inmolados los pequeños propietarios, los campesinos pobres y hasta los medianos empresarios -todos a la bancarrota-, el capitalismo tiende a inundar el mercado -sobre todo en las ramas más rentables- de mercancías que ya no encuentran salida en tanto que la demanda efectiva en este sistema no está determinada por la necesidades humanas reales, socialmente generadas -¿quién no quisiera una computadora nueva, buena comida, medicinas suficientes, etc? (Por cierto, la moda hippie o posmoderna de promover el subconsumo y de abstenerse de las necesidades “artificiales” del capitalismo “occidental” y “consumista” favorece al sistema al estar en línea con los recortes al nivel de vida de los trabajadores)- sino por la “demanda solvente”, es decir, por el poder de compra de la mayor parte de la población mundial que la conforman los trabajadores mismos, un poder de compra que está continuamente amenazado por los intentos de la burguesía por aumentar la tasa de plusvalía. Por lo tanto, el capitalismo -en su loca búsqueda del lucro privado- recorta el mercado para sus propias mercancías, al mismo tiempo que lo satura, generando crisis recurrentes de sobreproducción. Este “holocausto caníbal” se “resuelve” por medio del cierre de fábricas, despidos masivos, recortes sociales, destrucción de mercancías sobrantes, tierras sin cultivar, guerras



Lucha contra el desempleo. Nueva York, 1930 (FOTO: Library of Congress)

comerciales y hasta conflictos militares; es la locura de sacrificar a los trabajadores mismos con el fin de equilibrar la oferta con la “demanda solvente”. Las crisis de sobreproducción son la forma en que el capitalismo equilibra de forma violenta las contradicciones que se habían acumulado. El capital busca nuevas ramas para la inversión que no hacen sino reproducir a escala ampliada la locura precedente. El capitalismo es un sistema “demente” en donde hay crisis porque hay superabundancia, abundancia de mercancías que nadie puede comprar aunque se necesitan. La locura de la sobreproducción capitalista demuestra una de las contradicciones inmanentes más trágicas de este sistema. Marx, en el Tomo III de El Capital explica la causa última de las crisis de sobreproducción: “[...] la pobreza y la capacidad restringida de consumo de las masas, con las que contrasta la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si no tuviesen más límite que la capacidad absoluta de consumo de la sociedad”⁶³.

FUNDAMENTACIÓN CIENTÍFICA DEL SOCIALISMO O TENDENCIA HISTÓRICA DE LA ACUMULACIÓN CAPITALISTA En tanto una parte considerable de la plusvalía es reinvertida por el capitalista en la producción, el obrero no sólo crea plusvalía sino capital -un valor que se destina a la explotación del trabajador- en escala ampliada. Esto es lo mismo que decir que el trabajador crea y recrea las cadenas que lo mantienen sometido; cristaliza un trabajo muerto, incesantemente creciente que somete al trabajo vivo, lo devalúa -al sustituir al trabajador especializado por maquinaria y crear un ejército de desempleados-, lo simplifica -al convertir el trabajo en una tarea monótona e insosteniblemente unilateral-. Y al mismo tiempo, esta enorme “maquinaria” capitalista sólo puede moverse mediante un trabajo socializado, colectivo; las fuerzas productivas modernas no pueden emplearse como en el viejo taller del carpintero medieval que se bastaba a sí mismo, sino por la participación de miles y millones de trabajadores en una economía entrelazada a nivel mundial. La solución potencial de todas las contradicciones del capitalismo se gesta en el desarrollo del capitalismo mismo, pero éstas fuerzas productivas -la fuerza de trabajo, la tecnología, los medios de comunicación y la ciencia moderna- no pueden ser racionalmente organizadas dentro de los marcos de la propiedad privada de los medios de producción y con las fronteras nacionales



Marx y su hija Jenny

vigentes. Aquí tenemos la clave no sólo de la concepción colectiva y proletaria del comunismo, sino de su inmanente internacionalismo. El marxismo es internacionalista porque el capital es global y sólo la reorganización internacional del trabajo, sobre bases comunistas, permite el desarrollo pleno de las fuerzas productivas.

Marx concluye el capítulo XXIV del Tomo I de *El Capital* con el epitafio final del sistema capitalista, una profecía que se basa en la ciencia y que el proletariado organizado y consiente está llamado a cumplir: “Conforme disminuye progresivamente el número de magnates capitalistas que usurpan y monopolizan este proceso de transformación, crece la masa de la miseria, de la opresión, del esclavizamiento, de la degeneración, de la explotación; pero crece también la rebeldía de la clase obrera, cada vez más numerosa y más disciplinada, más unida y más organizada por el mecanismo del mismo proceso capitalista de producción. El monopolio del capital se convierte en grillete del régimen de producción que ha crecido con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Los expropiadores son expropiados”⁶⁴. Tenemos aquí el fundamento científico, real, objetivo de la lucha por el socialismo.

Terminaremos nuestro estudio explicando las contradicciones de la economía política que Marx resolvió y con el método materialista y dialéctico que empleo en el análisis del capital.

LÍMITES Y PARADOJAS DE LA ECONOMÍA POLÍTICA BURGUESA

“[...] es paradójico que la tierra gire alrededor del sol y que el agua esté formada por dos gases muy inflamables. Las verdades científicas son siempre paradójicas, si se las mide por el rasero de la experiencia cotidiana, que sólo percibe la apariencia engañosa de las cosas”. [Marx; Salario, precio y ganancia.]

Antes de Marx y Engels, la economía política clásica había considerado como su objeto de estudio la producción de la riqueza, a partir de categorías -como valor, trabajo y capital- vistas como eternas o supuestamente válidas para toda la historia de la humanidad. Para Ricardo y Adam Smith el trabajo humano siempre se había manifestado como mercancía y como valor de cambio -incluso desde los tiempos de los pescadores primitivos cuyo pescado era inmediatamente una mercancía-, no cabía otra posibilidad. Como veían en el sistema capitalista un régimen eterno, los clásicos estaban impedidos para descubrir el secreto de la plusvalía. Como se suponía que la burguesía pagaba el trabajo de sus obreros -y no su fuerza de trabajo, como descubrirá Marx- el carácter explotador del sistema quedaba encubierto.

Aunque los clásicos habían hecho la contribución importantísima de señalar que el valor de una mercancía está determinado por el trabajo contenido en ella, no pudieron distinguir que se trata de trabajo socialmente necesario y no el trabajo concreto invertido en cada mercancía individual (no veían la diferencia entre trabajo abstracto y trabajo concreto). Debido a su incapacidad de desentrañar las contradicciones dialécticas de la mercancía, se enredaban en contradicciones lógicas insolubles. No sólo era que los clásicos carecían de un criterio dialéctico que pudiera descubrir las contradicciones del capitalismo, sino que no ponían en cuestión al sistema, sólo pretendían describirlo, analizarlo. Engels escribió que: “no tiene más que ver leyendo a Adam Smith o a cualquier otro economista oficial de fama, cuántos suplicios les costaba a estos señores el valor de cambio y el valor de uso, cuan difícil se les hacía distinguirlos claramente y concebirlos cada uno de ellos en su propia y peculiar precisión, y comparar luego esto con la clara y sencilla exposición de Marx”⁶⁵.

Marx -en su “Contribución a la crítica de la economía política”- expone las contradicciones lógicas que desconcertaban y parecían demoler la teoría del valor-trabajo de Ricardo; se trata de paradojas que torturaban a los economistas -casi lo mismo que las paradojas de Zenon torturan a los lógicos formales-, que Marx logrará resolver sucesivamente, hasta su respuesta final en *El Capital*. Las contradicciones lógicas se iban a desenredar analizando las contradicciones dialécticas. Son estas las apasionantes “antinomias” de la economía política:

A) Como hasta antes de Marx no se conocía la diferencia entre trabajo y fuerza de trabajo se presentaban las siguientes dos paradojas:

1.-“El trabajo mismo [como toda mercancía] tiene un valor de cambio [o proporción en que se intercambia esta mercancía por otras] pero hacer del valor de cambio [determinado por el trabajo, como establece la teoría del valor-trabajo] la medida de sí mismo es un círculo vicioso, pues el valor de cambio que sirve para medir necesitará a su vez una medida”⁶⁶.

2.-“Si el valor de cambio de un producto es igual al tiempo de trabajo que contiene, el valor de cambio de un día de trabajo es igual a su producto. O el salario del trabajo tiene que ser igual al producto del trabajo. Pero el caso es que sucede lo contrario. [...]”⁶⁷.

Algunos socialistas utópicos trataban de resolver la paradoja exigiendo a la realidad capitalista que no contradijera el postulado de sus propios economistas, mientras que los adversarios de la teoría ricardiana aducían la falsedad de la teoría por su incapacidad de dar cuenta de una reali-

dad que la contradecía. Como dijimos, esta paradoja se resuelve entendiendo la diferencia entre trabajo y fuerza de trabajo. Lo que el capitalista paga al trabajador es su fuerza de trabajo –los medios de subsistencia- y es mediante el trabajo en la fábrica capitalista que el trabajador crea el valor que reproduce el valor del salario y genera plusvalía.

B) La tercera paradoja está relacionada con la incapacidad de los clásicos para descubrir el vínculo que unía al valor con el precio por medio de la oferta y la demanda, es decir, por medio de la competencia mercantil:

3.- Los detractores de la teoría del valor-trabajo señalaban: “El precio de venta de las mercancías baja o sube respecto de su valor de cambio con arreglo a la relación variable de la oferta y la demanda. Precisamente por esto es por lo que el valor de cambio de las mercancías está determinado por la relación entre la oferta y la demanda y no por el tiempo de trabajo contenido en ellas. Esta conclusión singular no hace más que renovar la pregunta: ¿Cómo es que sobre la base del valor de cambio se desarrolla un precio de venta distinto de dicho valor? O más exactamente: ¿Cómo es que la ley del valor de cambio no se realiza sino en perjuicio propio?”⁶⁸.

Parecería que el valor de la mercancía como tiempo de trabajo cristalizado en ella no se manifiesta nunca sino en una forma diferente, la forma de precio determinado por la oferta y la demanda, de tal forma que parece imposible demostrar la existencia de un valor que nunca se manifiesta en la realidad. Pero Marx demostrará que la suma total de los precios de las mercancías que inundan el mercado capitalista coincide siempre con su valor pues –tal como Trotsky sintetizó el asunto- “[...] en último término únicamente los valores que han sido creados por el trabajo humano se hallan a disposición de la sociedad, y los precios no pueden pasar de estos límites [...]”⁶⁹.

C) La cuarta paradoja señalada por Marx está relacionada con la incapacidad de los clásicos para relacionar la teoría del valor con el monopolio:

“[...] Si el valor de cambio no es otra cosa que el tiempo de trabajo contenido en una mercancía, ¿cómo pueden poseer valor las mercancías que no contienen trabajo? O en otros términos: ¿De dónde procede el valor de cambio de las simples fuerzas de la naturaleza?”⁷⁰.

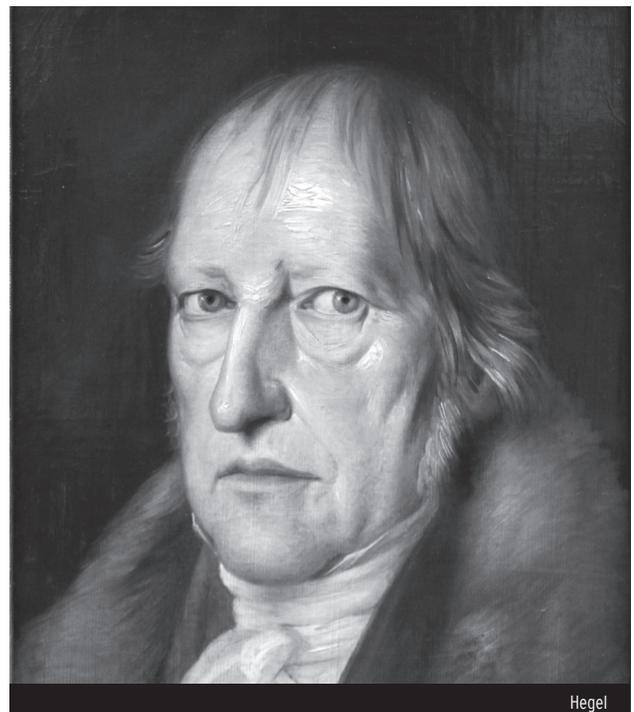
En un régimen de propiedad privada -que incluye a la tierra y a muchos recursos naturales susceptibles de comercializarse- la monopolización no sólo puede aumentar los precios de las mercancías muy por encima de sus valores reales, valoriza mercancías que no son producto del trabajo -por ejemplo, los diamantes-, mercancías que tienen valor no porque sean productos del trabajo, sino porque su monopolio en un marco capitalista confiere la posibilidad a sus dueños -en virtud de la oferta minúscula y la demanda alta- de realizar en el mercado un valor que proviene de otras mercancías -desplazando a otros capitalistas-. En otras palabras, el monopolio de la tierra y otros productos naturales de lujo son factores, entre otros, que reconcentran y centralizan el capital en cada vez menos manos. La prueba de que en realidad los objetos de la naturaleza carecen –por sí mismos- de valor de cambio está en que cuando la oferta y la demanda de estos objetos coinciden, equilibrándose entre sí –mostrando el verdadero valor de cambio de una mercancía- su valor de cambio es igual a cero. Así, por ejemplo, el aire que respiramos no tiene valor de cambio pues no se trata de una sustancia producto del trabajo, y la oferta y la demanda están-por

así decirlo-equilibradas. Lo cual no impide a las empresas farmacéuticas vender aire almacenado a los asmáticos. Para abundar en la renta de la tierra remitimos al lector más arriba donde explicamos este tema.

Otras paradojas son expuestas por Marx en el Tomo III: los clásicos no podían explicar el enigma de que las mercancías se vendieran aproximadamente por el precio de producción –igual al costo de producción más la ganancia media- y no por el valor individual de cada mercancía. Este fenómeno parece contradecir la teoría del valor-trabajo. Los clásicos de la economía burguesa no podían conciliar la teoría del valor con los fenómenos que se observan realmente en la economía capitalista. Para Smith, por ejemplo, las mercancías sólo se habían intercambiado por su valor-trabajo en las sociedades primitivas pero no en la sociedad moderna y Ricardo nunca pudo explicar el fenómeno. Marx explicó que el precio de producción es la manera en que se manifiesta la teoría del valor en la sociedad capitalista, es la manera en que la competencia redistribuye la ganancia-cuya fuente es la plusvalía generada por todos los trabajadores- entre el conjunto de la burguesía.

EL MÉTODO DIALÉCTICO DE EL CAPITAL Lenin señaló, en sus “Cuadernos filosóficos” que es imposible entender El Capital sin haber leído “La Lógica” de Hegel⁷¹. De la misma forma, en un artículo promoviendo el libro de Marx “Introducción a la crítica de la economía política”, Engels explica la importancia del método dialéctico en los estudios económicos de Marx. Lenin observó que si Marx no escribió una “Lógica” sí escribió El Capital, una obra maestra de aplicación del método dialéctico.

En Hegel, el método dialéctico se desarrolla de forma extremadamente abstracta puesto que en Hegel la dialéctica expresa el desarrollo especulativo del concepto, el desarrollo del “espíritu absoluto”. Los epígonos de Hegel –escuela a la que pertenecieron Engels y Marx- retomaban de manera superficial ciertas fórmulas dialécticas vaciándolas de todo contenido y sustituyendo todo conocimiento positivo por fórmulas convertidas en clichés, “estos hegelianos no sabían nada de nada, pero podían escribir acerca



Hegel

de todo”⁷².

Feuerbach rechazó el idealismo de Hegel pero no supo qué hacer con el método arrojándolo al cubo de la basura junto con el sistema idealista, “tiro el agua sucia con todo y niño”. Marx y Engels fueron los únicos que retomaron el método de Hegel, revolucionándolo. En vez de basarse en la especulación pura, el método dialéctico se aplicó al estudio de las contradicciones, descubriéndolas y desarrollándolas a partir de los hechos positivos y del desarrollo histórico. Las transiciones de una categoría económica a otra -por ejemplo del simple trueque al surgimiento del dinero- no son -como en Hegel- simples transiciones dialécticas de los conceptos puros, sino la expresión conceptual de contradicciones y transiciones reales, objetivas; la reproducción en el pensamiento de la realidad. Marx mismo explicó que su método consistió en poner a Hegel de pie, pues se hallaba volteado cabeza abajo:

“Mi método dialéctico no sólo es fundamentalmente distinto del método de Hegel, sino que es, en todo y por todo, la antítesis de él. Para Hegel, el proceso del pensamiento, al que él convierte incluso, bajo el nombre de idea, en sujeto con vida propia, es el demiurgo de lo real, y esto la simple forma externa en que toma cuerpo. Para mí, lo ideal no es, por el contrario, más que lo material traducido y traspuesto a la cabeza del hombre. [...] El hecho de que la dialéctica sufra en manos de Hegel una mistificación, no obsta para que este filósofo fuera el primero que supo exponer de un modo amplio y consciente sus formas generales de movimiento. Lo que ocurre aparece en él invertida, puesta de cabeza. No hay más que darle la vuelta, mejor dicho ponerla de pie, y en seguida se descubre bajo la corteza mítica la semilla racional”⁷³.

El estudio, como en toda ciencia, analiza su objeto -el capitalismo- en “estado puro” y despliega el desarrollo “lógico” de éste, es decir, su devenir, al margen de elementos contingentes y accidentales. De la misma manera, aunque en un campo mucho más simple, la teoría newtoniana estudia el movimiento, el peso y la masa en estado puro; como si no existiera la fricción, el aire y el resto del universo. Pero sólo así es posible comprender el peso real de la acción perturbadora de lo “accidental” en lo “necesario”. El desarrollo lógico reproduce al histórico pero omitiendo elementos contingentes y a los zigzags que caracterizan a la historia real. Este desarrollo puro permite comprender el desarrollo histórico real que le sirve de base y, al mismo tiempo, le permite a Marx introducir los

ejemplos históricos concretos -por ejemplo, la acumulación originaria de capital o la lucha por la jornada de 10 horas en Inglaterra- revelando su significado subyacente y justificando, al mismo tiempo, la legitimidad del método. El método no se impone al contenido sino que se demuestra en él.

Marx estudia el desarrollo del capitalismo en todas sus contradicciones a partir de la célula básica, la mercancía. En el Tomo I de El Capital Marx explica que como valor de uso- como objeto concreto y material- y como valor de cambio -como “sustancia” abstracta o suprasensible, como objeto del trabajo genérico- la mercancía esconde contradicciones que desafían el “sano” sentido común. Una mesa de madera como simple valor de uso es “un trozo, un objeto vulgar y corpóreo. Pero, en cuanto se nos presenta como mercancía, sufre una metamorfosis, y se convierte en un objeto a la par corpóreo y suprasensible. Por un lado, la vemos descansar tranquilamente con sus patas sobre el suelo, y por el otro ponerse de cabeza frente a todas las demás mercancías, y de su cabeza de madera empiezan a salir antojos que causan muchas más maravillas que si de pronto la mesa se pusiese a bailar por su propio impulso”⁷⁴.

“La contradicción immanente de una mercancía como unidad directa de valor de uso y valor de cambio -cita Engels- no cesa ni descansa hasta que, por último, lo consigue mediante el desdoblamiento de la mercancía en mercancía y dinero”⁷⁵. Esta contradicción se desarrolla hasta que estos opuestos se “desgarran” y se desdobl原因 en la mercancía concreta y el valor de cambio abstracto, expresado en dinero. El dinero, bajo ciertas circunstancias históricas concretas, se convierte en capital. La fuerza de trabajo comprada en forma de salario acrecienta el capital, el trabajo vivo acrecienta el trabajo muerto que le somete. Los productos del trabajo someten al productor. La concentración y centralización del capital implican la concentración, división extrema del trabajo y socialización de la producción. Pero esta socialización de la producción choca, de forma cada vez más violenta, con la apropiación privada de la riqueza y las fuerzas productivas que sirven de base al capitalismo. En el capitalismo, la producción mercantil simple -en la que el productor vende en el mercado los productos de su propio trabajo- se convierte en su opuesto: la venta en el mercado de los productos del trabajo ajeno. La sed insaciable e incontrolable de la burguesía por aumentar de forma relativa y absoluta la explotación del trabajo -la tasa de plusvalía- provoca de forma irremediable crisis de sobreproducción en las que la contradicción suprema del capitalismo, entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, se manifiesta. El sistema capitalista está plagado de contradicciones, en El Capital estas contradicciones son explicadas y desarrolladas en sus vínculos internos.

En cuanto a la aproximación a su objeto, el método de Marx -como éste mismo lo dice en los Grundrisse- describe un movimiento que va de lo abstracto a lo concreto, es decir, abstrae los aspectos determinantes del fenómeno -por ejemplo, la contradicción de la mercancía- y en su despliegue y desarrollo va articulando o sintetizando las múltiples determinaciones de lo “concreto”. Este despliegue se observa en cada capítulo de cada tomo de la obra y, también, en la articulación de todo el conjunto. Así como La Fenomenología de Hegel describe el desarrollo del espíritu hasta la “totalidad”, Marx -con un



Dibujo de Ralph Chaplin para los Obreros Industriales del Mundo. 1917

criterio materialista y científico- parte de la célula fundamental hasta la explicación del sistema en su conjunto. Hegel y Marx describen procesos pero el primero un proceso abstracto, metafísico y místico; Marx un proceso real -desde lo abstracto a lo concreto- que explica el nacimiento, desarrollo e inevitable muerte del capitalismo. Así, si el Tomo I estudia la producción abstraída de otras determinaciones tomadas como “no determinantes” o “accidentales” –y este comienzo no es arbitrario pues es en la producción donde el capital acrecienta su valor- el Tomo II estudia la circulación como fenómeno específico que realiza el valor. El Tomo III estudia la articulación de los dos fenómenos anteriores –producción y circulación- en su interacción recíproca, en un mayor grado de concreción y comprensión de todo el sistema. A su vez, las leyes abstractas que se habían descubierto en el tomo I y II se integran en una síntesis que permite explicar, por ejemplo, la tendencia descendente de la tasa de ganancia y las crisis periódicas de sobreproducción. Mehring explicando este punto observa que : “[...] el tomo primero nos presenta el corazón del organismo social, de donde parte la savia vivificadora [la plusvalía], que luego, en el segundo y tercer volumen, vemos funcionar, regando el aparato circulatorio y nutritivo hasta las últimas células de la epidermis”⁷⁶. El Tomo III es mucho más concreto que el Tomo I y a esto se debe que en éste aparezcan fenómenos que parecen contradecir lo que se dice en aquél. Lo que sucede es que el Tomo I analiza la ley del valor en forma pura, como si las mercancías individuales se vendieran por el trabajo socialmente necesario, sólo así podía estudiarse la extracción de plusvalía sin el estorbo de fenómenos secundarios y no determinantes en primera instancia, sólo de esta manera podía explicarse cómo es que en el mercado el precio de las mercancías equivale al coste de producción más la ganancia media. La relación dialéctica entre estos dos aspectos es la misma que existen entre esencia y fenómeno: en el fenómeno la esencia nunca aparece en forma pura –de otra forma la ciencia sería superflua- sino en forma modificada o aparente.

Tenemos aquí todas las categorías y leyes de la dialéctica como expresión de un proceso real y material: saltos de la cantidad a calidad, unidad y lucha de contrarios, negación de la negación. La dialéctica del proceso de lucha de clases, el desarrollo de la ciencia y las fuerzas productivas exigen la negación de todo el sistema, las bases de la superación del capitalismo se han gestado en su seno, la vieja forma, el viejo cascarón debe quebrarse para permitir el desarrollo de las fuerzas productivas, la humanidad y la historia misma. Toda esta obra maestra, este monumento al pensamiento científico, es inconcebible sin la aplicación materialista del método dialéctico.

“Marx-dice Engels restándose un mérito que también le corresponde- era, es, el único que podía entregarse a la labor de sacar de la lógica hegeliana la médula que encierra los verdaderos descubrimientos de Hegel en este campo, y de restaurar el método dialéctico, despojado de su ropaje idealista, en la sencilla desnudez en que aparece como la única forma certera de desarrollo del pensamiento. El haber elaborado el método en que descansa la crítica de la economía política por Marx, es, a nuestro juicio, un resultado que apenas desmerece en importancia de la concepción materialista fundamental”⁷⁷.

CONCLUSIONES El Capital es un libro extraordinario desde muchos puntos de vista. Es el resultado de toda una vida de investigaciones en el marco del turbulento movimiento obrero. La biografía de El Capital se entrelaza íntimamente con la biografía política de Marx y Engels, por un lado, y, por el otro, con el conjunto de la historia del movimiento obrero que se contiene en este libro y que, al mismo tiempo, es su producto.

Las investigaciones y resultados teóricos de Marx y Engels incorporan los elementos más valiosos de la economía política inglesa, el socialismo francés y la filosofía alemana. Esto quiere decir que El Capital es producto de una etapa histórica del capitalismo en donde un cúmulo de experiencias y síntesis teóricas hacían posible una revolución de la economía política –al mismo tiempo que se revolucionaba el socialismo y el pensamiento dialéctico-. Esta síntesis sólo podía ser obra de un genio –en este caso de dos: Marx y Engels-. Este último escribió:

“No cabe duda de que se habría llegado, de todos modos, a comprender y desentrañar el mecanismo de la producción capitalista y a descubrir y explicar las leyes de su desarrollo, pero se habría necesitado mucho tiempo para ello y el trabajo habría quedado fragmentario y chapucero. Sólo Marx era capaz de investigar todas las categorías en su movimiento dialéctico, de entrelazar las fases de su desarrollo con sus causas determinantes y de reconstruir todo el edificio de la economía en un monumento teórico cuyas diferentes partes se apoyan y se basan las unas en las otras”⁷⁸.

El Capital debe ser el libro de cabecera de todo obrero y revolucionario consiente porque este libro nos demuestra el carácter histórico y transitorio de este sistema. Incluso para los mejores exponentes de la economía política burguesa, el objeto de estudio de la economía política eran supuestas leyes eternas de la producción, la distribución y el consumo; leyes eternas que –no por casualidad- eran las leyes de la producción mercantil, de la producción capitalista. “Hasta un economista burgués tan relevante como Ricardo consideraba que el cazador primitivo era un capitalista, y sus armas capital”⁷⁹. Marx terminó con esta visión metafísica de la economía política; para Marx, la economía política es una ciencia que estudia los diferentes modos de producción que se han sucedido en la historia, las fuerzas productivas que le subyacen y las relaciones sociales que éstas determinan. Marx estudia procesos históricos y no leyes inmutables.

Lo que Marx estudia en El Capital es el origen, desarrollo y caducidad del sistema capitalista en base a las leyes que determinan la dinámica del capitalismo. Marx estudió la ley del valor que surge en la producción mercantil y dedujo de la contradicción entre valor de uso y valor de cambio los fenómenos y tendencias más importantes del capitalismo.

Una de las conclusiones más importantes de El Capital es que la dinámica de este sistema se basa en la extracción de plusvalía. El lucro privado basado en la explotación de la fuerza de trabajo es el principio y el fin, el alfa y omega del sistema capitalista, la clave que nos permite entender, por ejemplo, el desarrollo de la ciencia, la llamada global-

lización y la obsesión de la burguesía por implementar los profundos ataques a los niveles de vida de la población incluidas las privatizaciones. La globalización del capital –producto de la loca búsqueda de beneficios- es el fundamento objetivo del internacionalismo proletario, de su lucha a nivel global.

Si la extracción de plusvalía es la ley fundamental de la producción capitalista, la contradicción central descubierta por Marx es la que surge entre la producción social y la apropiación individual, es decir, entre el desarrollo de las fuerzas productivas modernas y las relaciones burguesas de producción. Esta contradicción central se manifiesta de manera violenta en las crisis de sobreproducción. Marx explicó la inevitabilidad periódica de estas crisis y su agudización progresiva. También expuso la tendencia general de la acumulación capitalista que resulta en la formación de un ejército industrial de reserva, la tendencia a la pauperización de los trabajadores, el aumento tendencial en la composición orgánica del capital –como consecuencia de la competencia burguesa- y la subsecuente tendencia a la caída de la tasa general de ganancia, factor que explica el movimiento de los capitales hacia las ramas más rentables y la reproducción ampliada del capitalismo.

Pero al demostrar toda esta dinámica, Marx dio la clave, por primera vez, para entender el socialismo y al comunismo moderno como el resultado de un proceso objetivo, como un resultado histórico necesario y no un proyecto ideal que bien podía haber surgido hace mil años. La dinámica del capitalismo y sus contradicciones exigen y apuntan hacia la ruptura de este sistema, dado que ese mismo desarrollo ha generado las condiciones para esa ruptura. El estudio del modo de producción capitalista muestra el papel central que el proletariado como productor de plusvalía, su lugar en la producción determina sus tareas históricas. Marx no considera a la clase obrera como la clase revolucionaria por factores sentimentales –porque los trabajadores le parezcan simpáticos (otras tendencias de izquierda quieren encontrar este criterio en factores sentimentales o románticos)- sino simplemente por su papel en la producción capitalista. Ninguna otra clase puede impactar y transformar el funcionamiento del capitalismo como la clase obrera, aunque la clase obrera no puede derrocar al sistema sin ganar políticamente al conjunto de los sectores explotados. Lenin explicó en un discurso inaugural para un monumento a Marx y Engels: “El gran merito histórico de Marx y Engels es haber señalado a los proletarios de todos los países cuál es su papel, su tarea, su misión, es decir, ser los primeros en lanzarse a la lucha revolucionaria contra el capital, y unir en esta lucha, en su

derredor, a todos los trabajadores y explotados”⁸⁰.

Así cobra sentido lo que Marx y Engels habían escrito en *La Ideología Alemana* acerca del comunismo: “El comunismo no es para nosotros, ni un estado que sea necesario crear, ni un ideal sobre el cual haya de reglamentarse la realidad. Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que anula el estado de cosas actual. Las condiciones de este movimiento son resultantes de premisas actuales existentes”⁸¹. Estas palabras que fueron escritas por unos jóvenes que acababan de llegar a conclusiones revolucionarias, serán confirmadas de manera contundente en *El Capital*.

Por supuesto que el que las condiciones materiales estén maduras es sólo un lado de la ecuación. Marx no escribió *El Capital* para que los trabajadores nos echáramos a dormir a la espera de que las condiciones objetivas por sí solas alumbren el socialismo, como el movimiento automático del sistema solar provoca los eclipses. Marx explicó que la historia de la civilización hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases, lo que implica el enfrentamiento de fuerzas vivas que entran a la batalla con diferentes grados de conciencia, organización y dirección política. La historia es el resultado de procesos objetivos y subjetivos entrelazados. Esto parece, a la mirada superficial, una contradicción en una teoría como el materialismo histórico que afirma que el desarrollo de las fuerzas productivas es en última instancia decisivo, pero se trata de una contradicción dialéctica. Las condiciones materiales ponen, por decirlo así, el escenario pero la clase obrera debe actuar. Un escenario sin actores no sirve pero, al mismo tiempo, los actores no existen al margen del escenario. *El Capital* fue escrito para armar teóricamente a una clase, la clase obrera; para animarla y fundamentar su organización; no para desarmarla o promover su pasividad, para “dormir la siesta” como decía Gramsci. Los que sostienen que la existencia de leyes histórico objetivas- que Marx demuestra en *El Capital* (al menos en lo que concierne a este sistema)- está en contradicción con la voluntad y la organización conscientes, no han entendido la dialéctica material del proceso histórico ni el mensaje final de *El Capital*. La “historia” no existe al margen de clases y hombres de carne y hueso.

Si hemos de estudiar *El Capital* de Marx en sus 150 años de edad, es solamente para comprender a fin de luchar, para organizarnos para destruir este sistema mediante la expropiando de la gran burguesía. En realidad no hay otro camino. O socialismo o barbarie, o como decía Rosa Luxemburgo más exactamente: “Socialismo para salir de la barbarie”.

1. Engels, “Sinopsis de *El Capital*”, en *Sobre El Capital*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, pp. 71-155.

2. McLellan, David; Marx, su vida y sus ideas, Barcelona, Crítica, 1983, p. 390

3. *Ibid.* p. 410.

4. *Ibid.* p. 407.

5. Marx, Postfacio a la segunda edición de *El Capital*, Tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. XVII.

6. Mandel, La formación del pensamiento económico de Marx, México, Siglo XXI Editores, 1877, p. 3.

7. “Esbozo de crítica de la economía política”, en *Breves escritos económicos*, México, Grijalbo, 1978, p. 20.

8. *Ibid.* p. 21.

9. *Ibid.* p. 22.

10. *Ibid.* p. 415.

11. *Ibid.* p. 10.

12. McLellan, David; Marx, su vida y sus ideas, Barcelona, Crítica, 1983, pp. 154-155.

13. Lenin, “Federico Engels”, Marx, Engels, Marxismo, Pekin, Ediciones en lenguas extranjeras, 1980, p. 59.

14. Engels, "Contribución a la historia de la Liga de los comunistas", en: Marx, Engels, Obras escogidas en tres tomos, Tomo III, Moscú, Progreso, 1976, p. 190.
15. Marx, Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844, México, Grijalbo, 1968, pp. 74-75.
16. Ibidem.
17. Ibidem.
18. Ibidem.
19. Ibid. p. 111.
20. Engels, La situación de la clase obrera en Inglaterra, España, Esencias, 1974, p. 21
21. Ibid. p. 44.
22. Ibid. p. 190.
23. Ibid. p. 38.
24. Engels, La situación de la clase obrera en Inglaterra, España, Esencias, 1974, pp. 44-45.
25. Citado en: McLellan, David; Marx, su vida y sus ideas, Barcelona, Crítica, 1983, p. 386.
26. Marx, Engels; Correspondencia, México, Ediciones de Cultura Popular, 1977, pp. 17-34.
27. Contenida en: Marx, Miseria de la filosofía, Moscú, Ediciones en lenguas extranjeras, p. 192.
28. Marx, Miseria de la filosofía, Moscú, Ediciones en lenguas extranjeras, p. 203.
29. Ibid. p. 204.
30. Marx, Engels; La ideología alemana, México, Ediciones de Cultura Popular, 1979, p. 71.
31. Marx, El Manifiesto del Partido Comunista, en Marx Engels, Obras Escogidas en Tres Tomos, Tomo I, Moscú, Progreso, 1976, p. 111.
32. McLellan, David; Marx, su vida y sus ideas, Barcelona, Crítica, 1983, p. 325.
33. Marx, Engels, Cartas sobre El Capital, Barcelona, Editorial Laia, 1974, p. 77.
34. Marx, Crítica de la economía política, México, Fondo de cultura económica, 1970. pp. 9-10.
35. Marx, Grundrisse, México, Siglo Veintiuno Editores, 1978, pp. 1-33.
36. Marx, Teorías sobre la plusvalía, Tres Tomos, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
37. Marx, Engels, Cartas sobre El Capital, Barcelona, Editorial Laia, 1974, p. 120.
38. Ibid. p. 219.
39. McLellan, David; Marx, su vida y sus ideas, Barcelona, Crítica, 1983, p. 367.
40. Ibid. p. 370.
41. Gustav; Engels, una biografía, España, Fondo de Cultura Económica, 1979, p. 520.
42. McLellan, David; Marx, su vida y sus ideas, Barcelona, Crítica, 1983, p. 316
43. Ibid., p. 402
44. Ibid., p. 319.
45. Mehring, Franz; Karl Marx, la historia de su vida, Grijalbo, México, 1971, p. 368.
46. McLellan, David; Marx, su vida y sus ideas, Barcelona, Crítica, 1983, p. 488.
47. Mehring, Franz; Karl Marx, la historia de su vida, Grijalbo, México, 1971, p. 540.
48. Mehring, Franz; Karl Marx, la historia de su vida, Grijalbo, México, 1971, p. 540.
49. Ibid. p. 712.
50. Mayer, Gustav, Friedrich Engels, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 714.
51. Estepanova, Engels, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1964, p. 305.
52. Lenin, "Federico Engels", Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1980, p. 60
53. Mayer, Gustav, Friedrich Engels, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 885.
54. Engels, "Complemento al prólogo" del Tomo III de El Capital, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 21-42.
55. Marx, El Capital, Tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 38.
56. Marx, Salario precio y ganancia, Buenos Aires, Editorial polémica, 1974, p. 100.
57. Marx, Trabajo asalariado y capital, Buenos Aires, Editorial polémica, 1974, p. 46
58. Ibid. p. 42.
59. Cf. Marx, El Capital, Tomo II, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 78.
60. Marx, Trabajo asalariado y capital, Buenos Aires, Editorial polémica, 1974.
61. Marx, El Capital, Tomo III, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 200.
62. Marx, Trabajo asalariado y capital, Buenos Aires, Editorial polémica, 1974, p. 58.
63. Marx, El Capital, Tomo III, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 455.
64. Marx, El Capital, Tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 648.
65. Engels, "La contribución a la crítica de la economía política, de Karl Marx", p. 36.
66. Marx, Contribución a la crítica de la economía política, México, Fondo de Cultura Popular, 1970, p. 67.
67. Ibid. pp. 67-68.
68. Ibid. p. 68.
69. Trotsky, El pensamiento vivo de Karl Marx, Barcelona, Ediciones Celtas, 1972, p. 17
70. Marx, Contribución a la crítica de la economía política, p. 68.
71. Lenin, Cuadernos filosóficos, en Obras completas, Tomo 42, México, Librería Salvador Allende, n/d., p., 172.
72. Engels, "La contribución a la crítica de la economía política de Karl Marx", México, Grijalbo, 1978, p. 34.
73. Marx, El Capital, Tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. XXIII-XIV.
74. Marx, El Capital, Tomo I, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 36-37.
75. Engels, "Sinopsis de El Capital", La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, p.78.
76. Mehring, Franz; Karl Marx, la historia de su vida, Grijalbo, México, 1971, p. 388.
77. Engels, "La contribución a la crítica de la economía política de Karl Marx", México, Grijalbo, 1978, p. 36.
78. Mayer, Gustav; Engels, una biografía, España, Fondo de Cultura Económica, 1979, p. 887.
79. Karataev, Ryndina, Stepanov; Historia de la doctrinas económicas, Tomo I, México, Grijalbo, 1964, p. 556.
80. Lenin, "Discurso en la inauguración del monumento a Marx y Engels" (1918), en: Marx, Engels, marxismo, China, Ediciones en lenguas extranjeras, 1980, p. 72.
81. Marx, Engels; La ideología alemana, México, Ediciones de cultura popular, 1974, p. 55.

La Corriente Marxista Internacional es una organización de marxistas revolucionarios que tiene presencia en más de 30 países de todos los continentes

A 25 años de la caída del estalinismo, el capitalismo se enfrenta a la crisis más profunda probablemente de toda su historia. Millones de personas se ven condenadas a la inactividad forzosa por que el sistema capitalista, basado en el lucro privado de los propietarios del capital es incapaz de utilizar su energía y conocimientos

Millones de personas se empiezan a cuestionar la validez del sistema y buscan a tientas una salida. Se han producido en los últimos años movilizaciones de masas sin precedentes (en Egipto, en Turquía, en Brasil, en España, en Grecia, etc) que demuestran la voluntad de capas cada vez más amplias de entrar directamente en la escena de la política para transformar su situación

Éstas movilizaciones, que han tumbado regímenes que parecían inamovibles (Ben Alí, Mubarak) y que contaban con un enorme aparato represivo y el apoyo del imperialismo, han demostrado la fuerza de las masas oprimidas cuando se ponen en marcha. Pero al mismo tiempo también han sacado a la luz las limitaciones del espontaneísmo. Las masas saben lo que no quieren, pero no tienen todavía un programa acabado de qué quieren ni una idea precisa de cómo conseguirlo

En nuestra opinión el marxismo revolucionario es justamente esa teoría que concentra toda la experiencia acumulada de las luchas de la clase trabajadora por su emancipación y la dota de un instrumento para la victoria. La Corriente Marxista Internacional lucha porque las ideas del marxismo conquisten la dirección del movimiento revolucionario de los jóvenes y trabajadores del mundo

Nuestro objetivo es modesto, queremos cambiar el mundo de base. La abolición del sistema capitalista significaría, en palabras de Engels, "el salto de la humanidad desde el reino de la necesidad al reino de la libertad"

¡Únete a nosotros en esta lucha!



www.marxist.com/es